

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO IV

OCTUBRE-DICIEMBRE

NÚM. 4

1942

S U M A R I O

ARTÍCULOS

MARÍA ROSA LIDA, *Dido y su defensa en la literatura española*, pág. 313

NOTAS

AMADO ALONSO, *Portugués-castellano*, pág. 383; ELEUTERIO F. TISCORNIA, *Almariarse < marearse + almadiarse*, pág. 383; JULIO CAILLET-BOIS, *Otro manuscrito de Ruy Díaz de Guzmán*, pág. 386

RESEÑAS

AMÉRICO CASTRO, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* (Amado Alonso), pág. 388; JOSÉ E. PERDOMO, *Léxico tabacalero cubano* (Amado Alonso), pág. 390; GUILLERMO ROJAS CARRASCO, *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica* (Ángel Rosenblat), pág. 392; A. BENVENUTO TERRACINI, *¿Qué es la lingüística?* (Raimundo Lida), pág. 393; JULIO REY PASTOR, *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América* (Ernesto Sábato), pág. 396; VITTORIO DE FALCO-ALUIZIO DE FARIA COIMBRA, *Os elegíacos gregos de Calino a Crates* (María Rosa Lida), pág. 399

BIBLIOGRAFÍA : pág. 404.

Printed in Argentine

IMPRESA Y CASA EDITORA CONI. CALLE PERÚ 684, BUENOS AIRES (REPÚBLICA ARGENTINA)



INSTITUTO DE FILOLOGÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BUENOS AIRES

HISPANIC INSTITUTE
DEPARTMENT OF HISPANIC LANGUAGES
COLUMBIA UNIVERSITY
• NUEVA YORK

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

El INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS de Buenos Aires y el HISPANIC INSTITUTE IN THE UNITED STATES DE LA COLUMBIA UNIVERSITY, de Nueva York, editan conjuntamente la REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA en Buenos Aires y la REVISTA HISPÁNICA MODERNA en Nueva York, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. Se publican trimestralmente. La REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA contiene artículos y notas sobre temas de literatura española, exceptuada la época moderna; sobre el español de la Península y de América; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios teóricos y de métodos; información crítica, en reseñas y crónicas; una bibliografía clasificada. La INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA de Buenos Aires, que tiene entre sus fines el fomento de esta clase de estudios, colabora con el INSTITUTO DE FILOLOGÍA contribuyendo a sufragar los gastos de la REVISTA.

DIRECTOR : AMADO ALONSO

REDACTORES

ÁNGEL J. BATTISTESSA	Instituto de Filología
AMÉRICO CASTRO	Universidad de Princeton
FIDELINO DE FIGUEIREDO	Universidad de São Paulo
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA	Instituto de Filología
HAYWARD KENISTON	Universidad de Michigan
IRVING A. LEONARD	Brown University
MARCOS A. MORÍNIGO	Universidad de Tucumán
S. G. MORLEY	Universidad de California
T. NAVARRO TOMÁS	Universidad de Columbia
FEDERICO DE ONÍS	Universidad de Columbia
JOSÉ A. ORÍA	Universidad de Buenos Aires
RICARDO ROJAS	Universidad de Buenos Aires
ÁNGEL ROSENBLAT	Instituto de Filología
RUDOLPH SCHEVILL	Universidad de California
ELEUTERIO F. TISCORNIA	Instituto de Filología

Redactor bibliográfico : SIDONIA C. ROSENBAUM, Universidad de Columbia
Secretarios : RAIMUNDO LIDA y MARÍA ROSA LIDA, Instituto de Filología

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

Anual : 4 dólares norteamericanos; número suelto, 1 dólar
Países de habla española y portuguesa : 10 pesos argentinos; número suelto 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

INSTITUTO DE FILOLOGÍA HISPANIC INSTITUTE

SAN MARTÍN 534
BUENOS AIRES, ARGENTINA

435, WEST 117th STREET
NEW YORK, ESTADOS UNIDOS

REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO IV

NÚM. 4

DIDO Y SU DEFENSA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

II

DIDO SEGÚN LA « VERDAD HISTÓRICA ». JUSTINO. — Junto a la rica influencia del libro IV de la *Eneida* aparece en la Europa medieval y persiste vigorosamente en España durante todo su Siglo de Oro la versión de la leyenda de Dido anterior a la virgiliana, que nada sabe de sus amores con Eneas. La formulación más antigua se halla en un fragmento de la *Historia de Sicilia e Italia* de Timeo (340-256 antes de Cristo), principalmente conocido por la crítica negativa de Polibio (sobre todo en el libro XII), que atacó en él al historiador de gabinete. Las palabras de Timeo, conservadas al pie de un manuscrito de Polieno, dicen así :

Theiossó : dice Timeo que en lengua fenicia se llama Elisa, que fué hermana de Pigmalión rey de los tirios, y que fundó a Cartago en Libia. Cuando su marido fué asesinado por Pigmalión, colocó sus riquezas en una nave y huyó con varios ciudadanos. Tras muchas penurias, llegó a Libia, y a causa de su larga erranza los nativos la llamaron *Deidó*. Después de fundar la ciudad mencionada, el rey de Libia quiso casarse con ella. La reina se oponía, pero, obligada por sus súbditos, so pretexto de que debía celebrar una ceremonia para desligarse de sus juramentos, aparejó una grandísima pira cerca de su palacio, la encendió y se lanzó a ella desde su alcoba ¹.

¹ La completa oscuridad sobre los orígenes del episodio de la *Eneida*, unida a la pérdida de la obra de Timeo, no permite determinar la exacta distancia entre su presentación de Dido y la virgiliana. La *Crónica* de Eusebio de Cesarea (265-340) proporciona sin embargo un dato elocuente, pues observa (I, 45, § 7) que « Timeo de Sicilia, usando no sé qué canon, afirma que Roma surgió al mismo tiempo que se fundaba Cartago ». El sincronismo que introduce Timeo, y cuya base científica dejaba perplejo al Obispo de Cesarea, permite percibir el cómo y el cuándo de la formación de la leyenda. Pues Timeo, natural de Sicilia, a medio camino entre Roma y Cartago, y presa codiciada por ambas, escribe en los años mismos en que estalla la primera guerra púnica. El interés de actualidad reúne las leyendas sobre los orígenes de las dos ciudades rivales, las dos con igual

No es la seca noticia de Timeo la que asegura la perduración de Dido casta, sino el relato incluido en las *Historias filípicas* (XVIII, 4, 5 y 6) de Trogo Pompeyo — coetáneo de Virgilio —, que a fines del siglo II o comienzos del III resumió Justino, goloso de la peripecia sentimental en que de suyo abundaba la historiografía helenística. No puede ser mayor el contraste entre el informe del erudito papelista Timeo y la novelita de Justino, recopilación de todos los motivos acumulados por la tradición popular que convertía la vida de la fundadora de Cartago en una pintoresca sucesión de astucias: astucia para huir de su codicioso hermano; para asegurarse la adhesión de sus compañeros en la empresa; para lograr el emplazamiento de su ciudad, basada en la etimología popular griega de un nombre semítico (fenicio *bosra* 'fortificación' = griego *byrsa* 'cuero'); astucia con que sus súbditos la fuerzan a casarse, y astucia final, con que la Reina los burla, patente en la respuesta equívoca *ituram se quo fata vocarent*, cuyo verdadero sentido ella misma declara en la pira, con un nuevo equívoco: *ituram se ad virum sicut praeceperint*. Justino agrega que Dido disfrutó de culto en su ciudad, hecho histórico confirmado por Silio Itálico y explicable por su condición de fundadora, ya se la juzgue personaje histórico — pues ciertamente parecen serlo los que figuran como su padre y su hermano en Justino, Timeo y Menandro de Éfeso (*ap. Josefo, Contra Apión, I, 125*) — ya se vea en ella una encarnación de la divinidad púnica Tanit. Y otro dato, que contribuyó no poco a autorizar el relato de Justino, es la afirmación — basada Dios sabe en qué cómputo — de que Cartago « fué fundada setenta y dos años antes que Roma », lo que proporciona el preciso color erudito a la defensa de Dido: raro será el campeón de su honra que venza la tentación de asestar el índice al argumento cronológico que da el mentís a la fábula de amores de la *Eneida*¹; y cuando la tal defensa cae en manos de un espíritu tan rigurosamente racionalista y científico como el Padre Feijóo, se reduce, como es lógico, a la sola cronología, desechando todo fantasma sentimental (*Reflexiones sobre la historia, XVII*):

ambición imperialista, las dos con una misma antigüedad genealógica en que justificarla. Sincronizadas las fundaciones, síguese lógicamente sincronizar a los fundadores — a Dido y al primer antecesor de Roma —, lo que a su vez desencadena el proceso, tan grato a las gentes, de resolver en una anécdota sentimental un conflicto político o militar (cf. la historia de Lucrecia o la de la Cava). Nevio, soldado y poeta de la primera guerra púnica, presentó por primera vez, al parecer, a Eneas errante en el Mediterráneo como huésped de la reina de Cartago y quizá, aunque no existe seguridad alguna, haya entretejido en su narración el motivo del huésped ingrato, tal como aparece en las fábulas de Hipsípila, Medea, Filis, caras a la elegía alejandrina.

¹ Antes de Justino, Veleyo Patérculo (I, 6) había indicado la anterioridad de Cartago: *Ante annos quinque et sexaginta quam urbs Romana conderetur, ab Elissa Tyria, quam quidam Dido autamant, Carthago conditur*. Pero Veleyo, perdido durante la Edad Media y descubierto en el Renacimiento, no ejerció influjo importante.

Dido, reina de Cartago. Los amores de Dido y Eneas no nacieron en la ciudad de Cartago, sino en el poema de Virgilio, que quiso adornarle con aquella en parte festiva y en parte trágica ficción. Los más eruditos cronologistas hallan, después de bien echadas las cuentas, que la pérdida de Troya y viaje de Eneas fué anterior más de doscientos años (algunos se extienden a trescientos) a la fundación de Cartago, hecha por la reina Dido.

La inclusión de la versión casta de Dido en las *Historias filípicas* es una primera causa del arraigo de tal versión en España, ya que, desde los orígenes literarios hasta el Siglo de Oro, Justino es extraordinariamente leído, como no podía menos de serlo el único autor de la antigüedad que trata en especial del pasado fabuloso de España¹, y cuyo elogio de su riqueza y fertilidad no parece ajeno al que recogió la épica española (*Crónica general, 558*: « Del loor de Espanna, como es complida de todos bienes »; *Poema de Fernán González, 145 y sigs.*; *Romance de la traición del Conde don Julían*). Pero es ante todo el interés novelesco de sus páginas lo que ha hecho tan grata y popular su lectura. Menéndez Pidal ha demostrado² que la sombría historia de Gripo, rey de Siria, y su madre, es la que ha modelado hasta en sus detalles la leyenda castellana de la Condesa traidora. Las arcas de arena que Dido ostenta como si contuvieran los tesoros de Acerbas

¹ En ese sentido figura entre la lista de autoridades que encabeza la *Muestra de la historia de las antigüedades de España*, de Antonio de Nebrija. Todavía en el siglo XVIII el Padre Feijóo cita con cierta frecuencia a Justino y, señaladamente, recurre al libro XLIV, dedicado todo a la antigüedad española, para sus ensayos *Glorias de España, I* y *Honra y provecho de la agricultura*. Todavía procede de Justino el recuerdo del legendario rey Habis que aparece en el poema didáctico *La caza* (V, 65-66), de Nicolás Fernández de Moratín:

Las hembras de esta especie [los ciervos] han demostrado
que no el materno pecho es muy preciso
para que el hombre llegue a firme estado:
amor, el fiero amor, así lo quiso
con el nieto de Gágoris, de extraña
fortuna, antiguo príncipe de España.

Dió a luz la infanta en parto clandestino
al montaraz Habidis, y una cierva
lo crió al pecho, a ser cazador vino,
y en correr diestro por la verde yerba:
él nos dió leyes; dividió con maña
en conventos jurídicos la España.

Justino, XLIV, 4: *Salus vero Tartessiorum... incolere Curetes quorum rex vetustissimus Gargoris... Huic cum ex filiae stupro nepos provenisset, pudore flagitii variis generibus extingui parvulum voluit; sed per omnes casus fortuna quadam servatus... Cerva adfuit, quae ubera parvulo offerret. Inde denique conversatione nutricis eximia puero pernicitas fuit... Nomen illi impositum Habidis [nótese que Moratín mantiene en español esta forma de genitivo latino] barbarum populum legibus vincit... Ab hoc... plebs in septem urbes divisa.*

² RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Idea imperial de Carlos V, La condesa traidora*, etc. Colección Austral, Buenos Aires-México, 1941. Pág. 68 y sigs.

(XVIII, 4), o las arcas de plomo que Aníbal deposita en el templo de Diana como garantía para los cretenses (XXXIII, 4) — motivo de cuento popular, como nota Menéndez Pidal —, bien pueden ser la raíz clásica, directa, del engaño de las arcas en el *Cantar de Mio Cid*, como las del ejemplo XV de la *Disciplina clericalis* del converso Pedro Alfonso son su raíz oriental. Desde la *Primera crónica* de Alfonso el Sabio, Justino es fuente siempre utilizada en la historiografía española; Quevedo, por ejemplo, incluye largas citas en el *Lince de Italia u zahorí español*, y también patentiza su conocimiento en otras obras; y los cronistas de Indias abundan en continuas referencias a las *Historias* familiares de Justino para situar coherentemente, dentro del marco intelectual que desde el Viejo Mundo traían, la nueva realidad americana: principalmente el excursus sobre las amazonas (II, 4 y XII, 3), singular aporte a la ciencia histórica, reaparece continuamente para explicar la existencia del tal o cual huete femenina, vislumbrada en cada correría de los Conquistadores, y acabó por dejar el nombre al mayor río de la América Meridional. El teatro español, que tan gustosamente recurre a los argumentos históricos, se inspira muchas veces en las amenas páginas de Justino, por ejemplo, para la comedia de Tirso *Amazonas en las Indias*, y para las de Lope, *Las mujeres sin hombres* (o sea las amazonas), *Contra valor no hay desdicha*, sobre las infancias de Ciro, y *Las grandezas de Alejandro*. Exclusivamente ceñido a la narración de Justino compone Lorenzo de Sepúlveda, hostil a los romances viejos, «harto mentirosos y de poco fruto», su romance sobre la historia de Ciro; y la epopeya al gusto renacentista tampoco olvida a Justino cuando, por ejemplo, en las sonoras octavas de la *Jerusalén conquistada* (IX), Mafadal, «mágico genético adivino», se vale del navío de serpientes ideado por Aníbal¹ para impedir el desembarco de los cruzados.

Por consiguiente, la versión que presenta a Dido como dechado de firmeza era secularmente familiar en España, pues se hallaba incluida en el historiador favorito; es fácil imaginar el vivo interés que, entre todos los episodios novelescos de Justino, concentraría el lector en aquel que de tan distinto modo contaba la historia de la heroína de Virgilio; ni es de extrañar la equiparación de los dos testimonios sobre Dido, pues, por una parte, el pertenecer a la antigüedad grecorromana consagra por igual todo escrito,

¹ Justino, XXXII, 4: *Hannibal novo commento auctor victoriae fuit, quippe omne serpentium genus in fictiles lagoenas conici iussit medioque proelio in naves hostium mittit*. A la misma peregrina ofensiva parece referirse también el siguiente soneto burlesco de Lope:

¿ Adónde llevas, infernal cochero,
esa de suegras cáfila enemiga?
¿ De qué Scitia cargaste, infame auriga,
tanta serpiente y basilisco fiero?...
Que si en ir a las islas te conciertas,
y en Amsterdam de Holanda desembarcas,
con tales sierpes quedarán desiertas.

no sólo para el hombre medieval, sino aun muy entrada la Edad Moderna¹; y, por la otra, cuando es menos viva la apreciación de la belleza formal y más inseguro el sentido crítico para discernir entre lo histórico y lo literario, sólo queda de interesante el «cuento» y, en consecuencia, se explica el alinear como cantidades homogéneas la oratoria pseudohistórica de Justino y la poesía de Virgilio.

Con característico eclecticismo medieval (que en el fondo responde a la aceptación del valor múltiple de cada símbolo), Alfonso el Sabio, después de parafrasear en los capítulos 51 a 56 de la *Crónica general* la historia de Dido según Justino, anota: «Pero otros cuentan que esta reyna Dido se mató con grand pesar que ouo de Eneas, so marido, porque la desamparó, así cuemo adelant oyredes», y tras esta mínima transición comienza la historia de Dido según la *Eneida* y las *Heroidas*. Análogamente procede Leomarte, el de las *Sumas de historia troyana*, pues al acabar la versión virgiliana refiere en el título 207 una extraña versión del relato de Justino, que absurdamente achaca a Virgilio y Ovidio, e idéntica yuxtaposición ofrecen *I fatti di Enea*, de Guido de Pisa (primera mitad del siglo XIV). Lydgate, discípulo de Chaucer, en su *Fall of princes*, narra hartamente la versión de Justino (II, v. 1898 y sigs.), y más adelante, al contar el fin de Cartago, recuerda a su fundadora

which was betrashed falsly of Enee.

La boga de Justino perpetúa en España esa situación más allá de la Edad Media: dentro del drama, tan resueltamente virgiliano de Guillén de Castro, el conflicto se intensifica con la muerte generosa de Dido, ya no puro sacrificio de amor, sino también rescate de la ciudad amenazada. Un nombre como el de Celeusia (es decir, Seleucia), la víctima del rigor de Dido, arrastra el eco de los varios Seleucos cuyos turbulentos reinados llenan buena parte de las *Historias filipicas*. Hábilmente encuadrados en situaciones virgilianas aparecen otros recuerdos de Justino (peripecias del viaje, cuento de las tiras de cuero, agüeros del buey y del caballo), que no son sino las consejas que Virgilio omitió con miras a la austeridad épica que requería su poema.

DIDO Y LA CRÍTICA DE LA FICCIÓN POÉTICA. SERVIO, MACROBIO, AUSONIO. — En las postrimerías de la Edad Antigua, autores que presidirán el desarrollo de la estética medieval recuerdan con diverso propósito la forma no virgiliana de la leyenda. Entre ellos, Servio (siglo IV a V), cuyo comentario a

¹ Un ejemplo característico es Martín del Barco Centenera, quien, al celebrar el canto de las sirenas en su *Argentina y conquista del Río de la Plata* (XIII, 35), anota como autoridades en el mismo renglón la *Odisea* y un gramático de segundo orden como Festo Pompeyo.

Virgilio representa la comprensión a que llegó la escuela antigua del poeta que desde tan temprano se convirtió en clásico de escuela. Varias veces que Virgilio insinúa delicadamente en su nueva versión los antiguos temas, y principalmente a propósito del *despectus Iarbas* (IV, 36), Servio apunta a un nuevo criterio: « Rey de Libia que por cierto quiso casarse con Dido y, según cuenta la historia (*ut habet historia*), como ella se negara, atacó a Cartago, etc. » Cada vez más importante será en lo sucesivo el criterio de la verdad histórica que aquí introduce Servio en el examen de la *Eneida*. La difusión del comentario de Servio, repetidas veces copiado y extractado en compilaciones y misceláneas, acentúa junto con la imposibilidad cronológica¹ la diversa índole de la presentación de la *Eneida*, que, dentro del sistema de valores de la cultura medieval, caerá como obra de imaginación en una jerarquía subordinada a la preeminencia de la verdad histórica.

Servio es uno de los interlocutores del diálogo erudito de Macrobio *Las Saturnales* (la acción se sitúa en 385), verdadero testamento literario de la Edad antigua, cuya concepción de Virgilio como poeta omnisciente concede valor de oráculo al más alado verso y encauza en esta adoración la crítica literaria de la Edad Media. En una página inspirada y de memorables consecuencias (V, 18), Macrobio señala el triunfo de aquella creación artística sobre la verdad histórica:

Virgilio ha ordenado la fábula de Dido enamorada con arte tan superior al de su modelo [el episodio de los amores de Medea y Jasón en la *Argonáutica* del alejandrino Apolonio, modelo formal del libro IV de la *Eneida*] que, aunque todo el mundo la sabe falsa, ha logrado no obstante durante tantos siglos apariencia de verdad, y como verdad anda en boca de todos; de tal modo que los pintores, los escultores y los tapiceros emplean este asunto más que ninguno para hacer sus figuras, como si fuera el único argumento, y asimismo lo repiten constantemente los ademanes y cantos de los comediantes: tan poderosa ha sido la belleza de la narración, que, conociendo todos la castidad de la fenicia y no ignorando que había muerto a sus propias manos para no sufrir menoscabo en su honra, toleran complacientemente la fábula, ahogan dentro de la conciencia el testimonio de la verdad y prefieren celebrar como verdadero lo que ha introducido en los espíritus el hechizo del que la inventó.

El énfasis de Macrobio es concluyente: todo el mundo conoce la versión histórica, la versión que ha perdurado localmente en Cartago; pero la única

¹ Lo que principalmente se copia y se extracta de Servio es el dato que ofrece a propósito del verso I, 267 (*At puer Ascanius cui nunc cognomen Iulo*): *Sic autem omnia contra hanc historiam ficta sunt, ut illud ubi dicitur Aeneas vidisse Carthaginem, cum eam constet ante LXX annos urbes Romae conditam; inter excidium vero Troiae et ortum urbis Romae anni inveniuntur CCCXL.*

que en el mundo antiguo tiene vigencia artística es la de la *Eneida*, apoyada en la sola *dulcedo fingentis*. La « verdad » que corre en las escuelas es la ficción de Virgilio, aunque los *doctiores* interrogados por San Agustín (*Confesiones*, I, 13) sobradamente sabían que Eneas jamás había aportado a Cartago. El antiguo reproche, puramente intelectual, de que la Dido de la *Eneida* no es la Dido de la historia¹ se teñirá de colorido moral y justificará el receloso ponerse en guardia ante el arte que, con su halago, se sobrepone a la desnuda verdad de los hechos.

Semejante actitud aparece expresada desembozadamente por primera vez — *primum Graius homo* — en un epigrama anónimo de la *Antología griega* (XVI, 151):

Extranjero, estás contemplando la verdadera figura de la ilustre Dido, imagen que resplandece con divina belleza. Tal he sido, pero no he tenido el alma que oyes contar, pues por mis honestos hechos gané mi fama. Nunca vi a Eneas ni llegué a Libia al tiempo de la destrucción de Troya, sino que, huyendo la violencias de las bodas de Iarbas, clavé en mi pecho filosa espada. Piérides ¿por qué armasteis contra mí al casto Marón? ¡Cómo mintió acerca de mi pureza!

El epigrama, de fecha desconocida, tuvo extraordinaria trascendencia en el Renacimiento, desde que una versión libre latina del siglo xv anduvo impresa entre los epigramas de Ausonio « descubiertos » por el latinista Bartolomeo Mérula. No pueden ser más elocuentes los agregados de esta versión renacentista:

*Illa ego sum Dido, vultu quem conspicias, hospes,
assimilata modis pulchraque mirificis.
Talis eram; sed non Maro quam mihi finxit erat mens
vita nec incestis laeta cupidinibus.
Namque nec Aeneas vidit me Troius unquam,
nec Libyam advenit classibus Iliacis;
sed furias fugiens atque arma procacis Iarbae
servavi, fateor, morte pudicitiam;
pectore transfixo costas quod perculit ensis,
non furor aut laeso crudus amore dolor:
sic cecidisse iuvat. Vixi sine vulnere famae,
ulla virum positus moenibus oppellii.
Invida cur in me stimulasti, Musa, Maronem,
fingeret ut nostrae damna pudicitiae?
Vos magis historicis, lectores, credite de me,
quam qui furta deum concubitusque canunt,*

¹ Insinuado ya en el *contulit* con que Ovidio sugiere felizmente la violencia que la invención de Virgilio hace sufrir a la historia (*Tristes*, II, vs. 533-534):

*Et tamen ille tuae felix Aeneidos auctor
contulit in Tyrios arma virumque toros.*

*falsidici vales, temerant qui carmine verum
humanisque deos assimilant vitiis*¹.

¹ Traducción de Juan de Jáuregui :

Huésped, que mi semblante
miras en esculpido
trasunto y semejante
cuya labor, cuya belleza espanta;
yo soy aquella memorable Dido,
a quien la fama canta;
tal fué mi aspecto, como ves, al vivo:
pero mi mente y proceder esquivo
no fué cual finge y pinta fabuloso
Marón latino, ni sus versos creas,
do mi vivir describe alegre, ufano
con un amor lascivo:
que ni su tucro Eneas
me vió jamás ni al término africano
con flota vino ni bajel troyano:
antes yo, rehuyendo el belicoso
amor de Yarbas y su vano exceso,
a muerte me ofrecí (la acción confieso)
salvando mi propuesta
fe, y la entereza de mi fama honesta.
Mi fe jamás violada,
para romperme el pecho
movió los filos de una casta espada.
No el rabioso dolor y sin provecho
de un agraviado amor no satisfecho.
licita muerte obtuve,
y vida sin ofensa de mi fama:
yo fenecí después que mi deseo
pude cumplir vengando a mi Siqueo;
y después que su templo y hijo muro
en mi ciudad edificados tuve.
¿Por qué a mi honor y su luciente llama
ingrata fuiste, oh Musa, estimulando
la voz de tu poeta
que así ofendió mi celo casto y puro,
siguiendo su ligera fantasía?
Vosotros los que el nombre y la memoria
buscáis de Dido, acreditad la historia,
que me autoriza, y no el confuso bando
que en su falaz poesía
altera la verdad y la interpreta,
y de los dioses canta fabulosos
hurtos y engaños torpes amorosos,
las mentes semejando soberanas
en su vicioso afecto a las humanas.

Sabido es el favor de que gozó Ausonio en la poesía española: entre los versos latinos de Rodrigo Caro cita Menéndez y Pelayo (*Estudios de crítica literaria*, Primera serie. Vida y escritos de Rodrigo Caro) un *Cupido pendulus*, imitación del ya citado *Cupido atormentado*. El dístico final del idilio *De rosis, Collige, virgo, rosis...*, fué traducido por Fray Luis de León, por Fernando de Herrera en las *Anotaciones* a las obras de Garcilaso, y por Agustín de Salazar y Torres; y, asociado con los más fecundos lugares comunes de Horacio y de los

Pulsamos aquí la actitud del hombre que, situado ante la obra de arte, no acepta el delicado clima convencional, único en que florece, y la introduce en su propio plano vital. Ovidio, que entendía no poco de antigüedades romanas — testigo los *Fastos* —, y aun los mismos Servio y Macrobio, quienes por oficio de erudición señalan cómo se aleja la *Eneida* de lo que circulaba como verdad histórica, mantenían en su pedestal de belleza a la creación virgiliana o, para decirlo con la antigua palabra de Gorgias, tenían la sabiduría de dejarse engañar, mientras que el Anónimo de la *Antología*, su intérprete latino y sus numerosos secuaces protestan airadamente contra la calumnia de la *Eneida*, contra « la musa de Virgilio mentirosa » que había manchado la reputación de la Reina, situándose así en la misma posición ingenua con que siglos atrás Aristófanes creó el mito de Eurípides misógino porque por primera vez llenaba el teatro con la pasión de Fedra y de Medea¹.

VERISMO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA. — La interpretación que convierte la obra maestra de Virgilio en maliciosa calumnia justifica moralmente el apóstrofe *vos magis historicis, lectores, credite*, del pseudo-Ausonio, que en rigor anula el plano estético al convertir la verdad histórica y la poética en cuestión de grado. Por otra parte, tal concepción de la poesía como grado imperfecto de la verdad histórica es, como se sabe, típico del modo

elegíacos latinos, y a través de sus numerosas imitaciones en la poesía italiana del Renacimiento, fué recreado por Garcilaso en el soneto « En tanto que de rosa y azucena », por el mismo Fray Luis en la *Imitación de diversos*, por Barahona de Soto en la *Fábula de Vertumno y Pomona*, 33, por Carrillo y Sotomayor en el soneto *A unas flores presentadas*, por Góngora en el soneto, directamente dependiente del de Garcilaso, « Ilustre y hermosísima María », por Villegas en la cantilena « En tanto que el cabello », por Francisco López de Zárate en el soneto elogiado por Lope « Ésta a quien ya se le atrevió el arado », por Moreto en *La misma conciencia acusa*, I, 7, « Cojamos la rosa de la edad veloz », por Calderón en el soneto « ¿ Ves esa rosa que tan bella y pura...? » inserto en el acto I de *Antes que todo es mi dama*. Gran analogía con este último presenta el madrigal de Álvaro Cubillo de Aragón en *La honestidad defendida de Elisa Dido*, II, que como exhortación amorosa dirige Yarbas a la Reina de Cartago. Entre los traductores ilustres de Ausonio se cuentan, además de los citados, Lope con su versión libre del epigrama *Armatam vidit Venerem* en las *Rimas humanas* (« La clara luz en las estrellas puesta ») y en *La rosa blanca*, octava 87; Salazar y Torres que, aparte el mencionado, tradujo este mismo epigrama y los que comienzan *Pone arcum, Paean y Hoc quod amare vocant*, Francisco de Medina, traductor del de la ninfa Eco, *Vane, quid affectas*.

¹ Ilustra singularmente esta actitud el siguiente hecho narrado por los traductores españoles de Ticknor, *Historia de la literatura española*, Madrid, 1854, tomo III, pág. 494: « Henríquez de Calatayud, que tradujo en octavas el poema de Carlo Dolce [*Le prime impresse del conte Orlando*, traducidas por Pedro López Henríquez de Calatayud, Valladolid, 1585 y 1598 o poco después], dice en su dedicatoria a Felipe III que Virgilio, acusándole la conciencia de haber levantado un falso testimonio a Eneas, mandó en su testamento quemar la *Eneida*, pero que Augusto no lo quiso nunca consentir. » Tal remordimiento del poeta *in articulo mortis* es mucho más satisfactorio para la mentalidad de los defensores de Dido que la escrupulosidad de artista que, según las antiguas biografías, dictó a Virgilio aquella resolución.

verista de la mentalidad medieval y de la española, y como tantos otros rasgos medievales perdura hasta los siglos del máximo florecimiento literario. No sólo Berceo al cantar enjuntamente la vida de un santo patrono subraya la estricta veracidad de su relato indicando quién lo « metió en escripto » o interrumpiendo la leyenda para advertir que se ha extraviado un cuaderno (*Vida de santo Domingo de Silos*, 751):

De cuál guisa salió decir non lo sabría,
ca fallasció el libro en que lo aprendía;
perdióse un cuaderno, mas non por culpa mía:
escribir aventura sería grant follía;

o alardeando de su dependencia de un escrito anterior (*Ibidem*, 73):

Anno e medio sovo en la ermitanía,
dizlo la escriptura, ca yo non lo sabía,
quando non la leyese decir non lo querría,
ca afirmar la dubda grant pecado auría...

como Juan Ruiz acaba citando sus autoridades:

que lo feo de la estoria diz Pánfilo e Nasón.

En pleno Siglo de Oro, Ercilla interrumpe una dramática peripecia para remitir el lector a la obra del historiador oficial Calvete de Estrella; Lope termina *El mejor alcalde el rey* nombrando la crónica en la cual encontró el hecho, y análogamente proceden, por ejemplo, Tirso en *El condenado por desconfiado* y Calderón en *El purgatorio de San Patricio*¹, hasta el caso

¹ *La Araucana* IV, 69-70:

Pero, pues hay de Chile historia cierta
allí lo podrá ver el que quisiere,
si gana de saberlo le viniere.
El coronista Estrella escribe al justo
de Chile y del Pirú en latin la historia..

El mejor alcalde, el rey:

Y aquí acaba la comedia
del mejor alcalde, historia
que afirma por verdadera
la corónica de España:
la cuarta parte la cuenta.

El condenado por desconfiado:

Vaya el que fuere curioso
(por que sin ser escribano
dé fe dello) a Belarmino;
y si no, más dilatado
en la vida de los padres
podrá fácilmente hallarlo.

El purgatorio de San Patricio:

Para que con esto acabe
la historia que nos refiere
Dionisio, el gran cartusiano,

extremo de *Los desagravios de Cristo*, el drama de Álvaro Cubillo de Aragón sobre la destrucción de Jerusalén, en cuyo final aparece en escena el propio Flavio Josefo, escribiendo la historia de donde el dramaturgo ha tomado su argumento¹.

con Enrique Saltarenc,
Cesario, Mateo Rudolfo,
Domiciano Esturbaquense,
Membrosio, Marco Marulo,
David Roto, y el prudente
primado de toda Hibernia
Belarmino, Beda, Serpi,
fray Dimas, Jacob Solino,
Mensigano, y finalmente
la piedad y la opinión
cristiana que lo defiende.

Muchas veces el empeño de certificar la verdad de lo representado obliga al autor a abandonar la esfera poética y a dirigirse al auditorio en propia persona para agregar circunstancias fehacientes. Así Alarcón, *Quien mal anda en mal acaba*:

Y aquí pidiendo perdón
da fin esta verdadera
historia que sucedió
año de mil y seiscientos.
En sus rebeldes intentos
preso en Toledo murió
Ramírez y relajado
en su estatua; por su ciego
delito pagó en el fuego
el cadáver su pecado.

Cervantes en *Los baños de Argel*:

No de la imaginación
este trato se sacó,
que la verdad lo fraguó
bien lejos de la ficción.
Dura en Argel este cuento
de amor y dulce memoria,
y es bien que verdad y historia
alegre al entendimiento.

En *El rufián dichoso*, basado en la relación de Fray Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México*, Madrid, 1596, Cervantes llega a valerse de las acotaciones para corroborar la autenticidad del elemento fantástico; por ejemplo, al indicar una danza de ninfas y sátiros con que el demonio tienta al Padre Cruz: « Todo esto fué así, que no es visión supuesta, apócrifa ni mentirosa. » En la jornada siguiente salen los demonios Saquiel y Visiel, « el uno con figura de oso, y el otro como quisieren. Esta visión fué verdadera, que así se cuenta en su historia. » Y más adelante: « Vuelve a entrar Saquiel vestido de oso. *Todo fué así.* » Como era de esperar, en el *Quijote* (II, 26) el otro Cervantes parodia el procedimiento poniendo en boca del muchacho que presenta el retablo de maese Pedro la siguiente certificación: « Esta verdadera historia que aquí a vuestas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles. »

¹ Véase: A. Valbuena Prat, edición de Álvaro Cubillo de Aragón en *Los clásicos olvidados*, Madrid, 1928, pág. LXX.

Tal tendencia verista, como también se sabe, es en España más antigua que España: si invocar el azar vale por una explicación definitiva, llámese azar al hecho de que las dos epopeyas históricas más importantes de la literatura latina sean las de los españoles Lucano y Silio; la patriótica complacencia en la contribución de España a la literatura latina no hizo sino fomentar esta innata inclinación a lo verdadero y a lo moral o intelectualmente provechoso — Séneca o Quintiliano — en desmedro del mero valor estético. Desde ese punto de vista Fernán Pérez de Guzmán en la *Coronación de las cuatro virtudes*, copla 64, destaca el mérito de uno y otro autor:

Si de discretos colores
es desnuda o enxuta [la poesía del propio Fernán Pérez]
árboles ay que dan fruta,
a menos de leuar flores;
más frutificó en los mores
Séneca con obra llana
que no la virgiliana
Eneyda con sus dulçores.

Orgullosamente contrapone en los *Loores de los claros varones de España*, 46-47, el mérito de los ingenios españoles con la belleza de Virgilio y Ovidio, oro soñado que deja vacías las manos:

De filósofos e auctores
vno fué Séneca ispano;
non desdeñan a Lucano
poetas e istoriadores.
Es entre los oradores
insigne Quintiliano:
*España nunca da flores,
mas fruto vtil e sano.*

Vaya Virgilio cantando
su *Arma virumque cano*,
proceso inútil e vano,
a Eneas magnificando,
al César deificando
con singular elegancia,
la poca e pobre substancia
con verbosidad ornando¹.

¹ Ahonda también la oposición entre Virgilio y Lucano, desde el punto de vista del contenido de las *Geórgicas* y de la *Farsalia*, el antiguo poeta catalán Guillem de Cervera en sus *Prouerbis*, 1072 y sigs.:

*Si l bon libre aprens de Virgili, sabras
tots los collinaments de terra y veyras.
De les batalles soma e compte te mostrera
d'Africa e de Roma lo libre de n Lucha.*

La diferencia de tema se interpreta a favor de Lucano en el libro de caballerías del siglo xv, *Tirant lo Blanc*, cap. 181: *Diuerses sentencies foren dels antichs filosofos, qual era lo*

Y el artista máximo de aquella generación, aquel de quien sentó Nebrija: « Por el poeta entendemos Virgilio e Juan de Mena », enlaza esta reprobación moral de la poesía con el caso ejemplar de Dido en sus *Coplas contra los pecados mortales*, no menos aplaudidas que el mismo *Laberinto*. En ellas Mena renuncia a los atractivos de la poesía profana erudita, y se acusa de haber prodigado lisonjas y vituperios:

De fuerte alabo a Tydeo,
a Lucrecia de muy casta;
alos biuos no me basta,
que a los muertos lisongeo.

Y en fin:

A Dido con otras gentes
enfamo muchas vegadas,

Los mismos cargos, apoyados en idéntico ejemplo, reaparecen en la siguiente digresión de *La Gatomaquia* (silva VII):

Porque, si se perdiese la mentira,
se hallaría en poéticos papeles,
como se ve en Homero, describiendo
a la casta Penélope, que admira...
Y lo contrario para ejemplo basta,
haciendo deshonesta
Virgilio a Dido Elisa por Eneas,
como le riñe Ausonio...

El sorprender al máximo poeta levantando un falso testimonio tiene, pues, como consecuencia ética necesaria, el recelo ante toda poesía.

A comienzos de la Edad Moderna, una nueva circunstancia refuerza esta tradicional preferencia por la verdad, histórica o moral: la Edad Media se sitúa normalmente ante la Antigua con respetuosa conciencia de inferioridad; pero las hazañas de descubridores y conquistadores empequeñecen la fábula antigua, y, como resultado, brota una altiva profesión de verdad. Camoens, el más alto poeta de la expansión hispánica, precisamente en virtud de su delicada e íntima compenetración con la belleza grecolatina, ante cada hazaña señala ufano cómo queda sobrepasado el cartabón antiguo. Tethys, por ejemplo, al mostrar a Vasco de Gama las fuentes del Nilo, agrega para valorar el nuevo conocimiento (*Os Lusíadas*, X, 95):

major be de aquest mon. E foren moguts perço com veyen que riqueses eren molt stimades e los richs homens eren per aquelles molt prosperats e reuerits, e de aquests fon Virgili, qui feu libres com se porien riqueses adquerir, e Cesar que posa tota la sua felicitat en les riqueses de aquest mon. Altres digueren que caualleria, car per aquella los cauallers animosos adquerien honor e fama en lo mon, e aconseguien victoria de lurs enemichs e feyen molt nobles conquestes de molts regnes e terres, e de aquest fon Luca que feu libres de caualleria e conquista la major part del mon.

*Olha là as alagoas, donde o Nilo
nasce, que não souberam os antigos.*

Con atención especial al conflicto entre antiguos y modernos, el soneto en elogio de Don João Coutinho opone su renombre al de *dos antigos ilustres*:

*Se com suas acções se colejaram
mil vossas, cada uma tão notória,
vencera a menor delas a mor glória
que êles em tantos anos alcançaram.*

De esta actitud procede la nota insistente en *Os Lusíadas*, enunciada al comienzo de la epopeya (I, 11):

*Ouvi; que não vereis com vãs façanhas;
phantásticas, fingidas, mentirosas,
lowar os vossos, como nas estranhas
musas, de engrandecer-se desejosas:
as verdadeiras vossas são tamanhas,
que excedem as sonhadas fabulosas;
que excedem Rodamonte e o vão Rugeiro,
e Orlando, indaque fôra verdadeiro.*

Si aquí el término de comparación es la hazañería inverosímil de los paladines de Boiardo y de Ariosto, las bellas octavas con que Vasco de Gama termina su relación al Rey de Melinde (V, 86 y ss.) subrayan la superioridad de la proeza marítima de los portugueses por sobre el corto derrotero de Ulises y de Eneas, vanamente hermoseedo con todas las gracias fingidas de Homero y de Virgilio:

*A verdade que eu conto nua e pura
vence toda grandiloqua escriptura,*

Tal conciencia de superioridad mina el respeto supersticioso a la tradición heredada e impulsa activamente a despejar de fábulas no sólo la geografía sino también lo que se entiende por historia. No es puro acaso el que dos conquistadores, el cronista Oviedo y el poeta Ercilla, aniquilen con acopio de argumentos « históricos » la « ficción impertinente » que

a la reina de Tiro, injustamente
infama y culpa su inculpable vida.

Otro motivo para tener en poco la veracidad de Virgilio es que hasta el Renacimiento Europa no conoció la historia de la guerra de Troya a través de los poemas homéricos, que hubieran corroborado la *Eneida*, sino mediante los relatos de los testigos oculares (!) Dictis y Dares, pintorescas supercherías de los siglos IV y V en las que se basa el prolijo *Roman de Troie* de Benoit de Sainte More, de donde a su vez provienen la *Historia tro-*

yana y la obra de « Leomarte », *Sumas de Historia troyana*. La leyenda que explicaba la salvación de Antenor y Eneas como recompensa por haber entregado Troya a los griegos aparece en el *Laberinto*, de Mena (89), con una característica referencia a Virgilio:

Yazes açerca tú, vil Antenor,
triste comienzo de los paduanos:
allí tú le dauas, Eneas, las manos,
avnque Vergilio te dé más onor.

Tales modos de concebir la fábula, arraigados durante siglos, no paran de golpe al trasponerse el umbral de la Edad Moderna: aun una tan clara figura renacentista como Sir Philip Sidney, en su *Defence of Poetry*, contrapone *the fained Aeneas in Virgill* al *right Aeneas in Dares Phrygius*.

Por otra parte, en el mismo Renacimiento, con mayores sollicitaciones estéticas, y cuando la relación entre verdad particular histórica y verdad universal poética se plantea como uno de los problemas centrales de la crítica literaria, un nuevo y poderosísimo influjo confirma a los poetas de España en su adhesión a la Dido « histórica »: Ariosto, en aquella curiosa apología del mecenatismo que pronuncia en el cielo San Juan Evangelista ante el paladín Astolfo, adopta como punto de apoyo para su raciocinio el argumento — formulado por Teócrito en la primera poesía cortesana de la literatura europea ¹ — de que el príncipe sensato debe otorgar su munificencia

¹ A lo que parece, el pensamiento se lee por primera vez en la larga apología inserta por Isócrates en su discurso *La permuta*, 26, 7. Isócrates refiere cómo aconsejaba al general ateniense Timoteo conciliarse los oradores y charlatanes que despreciaba y por cuyas mentiras « ¿cuántos no han caído en desgracia o bien viven sin honores, aunque hayan sido mucho más importantes y más dignos de cuenta que los celebrados en cánticos y tragedias? Pero sin duda a éstos les cupieron en suerte poetas y prosistas, y aquéllos no alcanzaron quienes los celebraran. » Teócrito desarrolla el tema en su *Idilio XVI*, vs. 29 y sigs., enderezado a despertar la generosidad de Hierón, tirano de Sicilia, cuando entre los usos juiciosos de las riquezas recomienda « honrar principalmente a los sagrados intérpretes de las Musas para que, aun oculto en el Hades, quede fama de tu nobleza ». Luego recuerda detalladamente a los opulentos señores de Tesalia, inmortalizados no por sus bienes sino gracias a las odas de Simónides, y prosigue refiriéndose a los poemas homéricos: « ¿Quién hubiera conocido jamás a los príncipes licios, a los priámidas de larga cabellera o a Cieno de tez mujeril, si los poetas no hubieran cantado las guerras de antaño? Ni hubiera logrado gloria verdadera Odiseo, que vagó ciento veinte meses entre todos los hombres y llegó vivo al Hades, término del mundo, y huyó de la gruta del funesto Cíclope; hubiera caído en silencio el porquerizo Eumeo, y Filecio, que cuidaba las greyes de vacas, y el mismo valiente Laertes, si no los hubieran favorecido los cantos del varón de Jonia. » Horacio, que en la Epístola a Lolio (I, 18) codifica la conducta del poeta cortesano, a propósito de este motivo como de tantos otros de la poesía griega, difunde un pensamiento ajeno a través de su ceñida estrofa de elegancia definitiva (Oda al mismo Lolio, IV, 9):

*Vixere fortes ante Agamemnona
multi, sed omnes inlacrimabiles
argentur ignotique longa
nocte, carent quia vate sacro.*

al poeta, sin el cual no puede llegar a la inmortalidad. El poeta es el dispensador de la fama futura; la posteridad verá lo que él, movido de agradecimiento a la dádiva alcanzada o por rencor de la denegada, querrá que vea (*Orlando furioso*, XXXV, 25-26):

*Non sì pietoso Enea, nè forte Achille
fu, come è fama, nè sì fiero Ettore;
e ne son stati e mille e mille e mille,
che lor si puon con verità anteporre:
ma i donati palazzi e le gran ville
dai discendenti lor gli ha fatto porre
in questi senza fin sublimi onori
da l'onorate man degli scrittori.*

*Non fu sì santo nè benigno Augusto
come la tuba di Virgilio suona:
l'avere avuto in poesia buon gusto
la proscrizione iniqua gli perdona.*

No es raro encontrar en el Siglo de Oro español la huella de este pensamiento. Luis Barahona de Soto, en el comienzo del canto II de las *Lágrimas de Angélica*, lo expresa variando la ejemplificación, que acoge al mismo Ariosto:

No fuera, no, Pompeyo quien ha sido
sin triunfos, y mejor su suegro fuera
con ellos; y Scipión agradecido
mejor, mayores cosas emprendiera;
y Homero más hubiera florecido
si su Alejandro o Ptolomeo le viera;
y en vano el gran Virgilio le imitara
si un César o un Mecenas no hallara.

Y sin su Duque, el ferrarés divino,
Luis (digo) Ariosto, cuya gloria
al vuestro para más le abrió camino,
no diera fin glorioso a su alta historia...

Lope, recordando una conocida anécdota de Alejandro en el epitafio de este rey (*La Arcadia*, III), llega a lo esencial del tópico:

Lloré al sepulcro de Aquiles
de Homero los altos loores;
que las hazañas mayores
sin la escritura son viles.

En la misma obra Lope esgrime el recuerdo de Ariosto contra los difamadores de las mujeres, siguiendo la dirección marcada por el mismo Ariosto (XXXVII, 1 y sigs.): «... esas mujeres, a quien escritores satíricos injuriaron por algunos respetos con engañosas fábulas; pues no hubiera sido Ne-

rón cruel ni Octaviano valeroso, si el primero no hubiera muerto a Séneca, y el segundo enriquecido a Virgilio.»

En cuanto a los dos mayores poetas, la *Iliada* y la *Odisea* acumulan triunfos mentidos y alabanzas inmerecidas, mientras la *Eneida* es ejemplo del procedimiento opuesto (XXXV, 28).

*Dall'altra parte odi che fama lascia
Elissa ch'ebbe il cor tanto pudico,
che riputata viene una bagascia,
solo perchè Maron non le fu amico.*

Estas octavas son tan representativas del pensamiento renacentista sobre la fama y sobre el problema de la verdad poética, que su enseñanza se recoge con independencia de la defensa del mecenatismo con que las motivó su autor. Ercilla, antítesis castiza de Ariosto, en una enumeración de mujeres ilustres (*La Araucana*, XXI, 3) introduce a Dido con sola esta caracterización:

la fenisa Dido,
a quien Virgilio injustamente infama.

El Cervantes de *La Galatea*, como ya se ha visto, también rompe una lanza en desagravio de Dido (Libro IV):

que tiene diferente
fama de la entereza y el trofeo
con que su honestidad guardó excelente:
digo de aquella que lloró a Siqueo,
del mantüano Títilo notada
de vano antojo y no cabal deseo.

El mismo Guillén de Castro, que llevó a la escena la Dido virgiliana, adopta por momentos tal actitud nada excepcional en España cuando, por ejemplo, en su comedia *Quien malas mañas ha, tarde o nunca las perderá* (I), Oliveros define en estos términos a Galalón, calumniador de la infanta doña Sevilla:

Pero viene a ser Sevilla,
la reina Dido infamada;
tú, el maldiciente Virgilio.

Saavedra Fajardo, cuya carrera de alta magistratura y diplomacia le pone por encima del pordioseo de los poetas cortesanos, elimina el punto de vista particular de Ariosto y convierte aquella presentación del poder temible del poeta en condenación total de la poesía, reforzada con un único ejemplo individual, el de Dido (*República literaria*, ed. V. García de Diego, *Clásicos castellanos*, 1922, pág. 181):

Es arte afectada y vana, opuesta a la verdad, que se sustenta con la imitación, siempre fingiendo y representando lo que no es; cuya lascivia para disculpa suya hizo cómplices a los dioses en tantas liviandades, estupro y adulterios como inventó dellos [cf. el reproche final del supuesto epigrama de Ausonio *Illa ego sum Dido*]...; cuya lengua maldiciente se sustentaba royendo el honor ajeno. Notorio es lo que por ella padece la reina Dido, habiendo sido, por su honestidad, recogimiento y castidad, ejemplo de viudas.

Así, con una condenación global de la poesía, autorizada por la « difamación » de que hizo víctima a Dido, concluye la órbita iniciada en el elogio fervoroso de Macrobio a la perfección de la poesía virgiliana, que impuso a todos los públicos y a todas las artes su trágica visión de la reina de Cartago, aunque divergía abiertamente de la opaca « verdad » que conocían los anticuarios.

DIDO EN LA TRADICIÓN ECLESIASTICA. — Un curioso eslabón en la historia de Dido casta está constituido por la literatura eclesiástica que la ha alegado como viuda ejemplar. El ascetismo de los primeros Padres de la Iglesia, si transige con el matrimonio, reprueba francamente las segundas nupcias, que sólo admite como remedio de mayores daños. En este punto la palabra de orden, muchas veces citada, es la de San Pablo en la *Epístola a los corintios*, I, 7, 9: « Digo también a los por casar y a las viudas, bueno es a ellos si permaneciesen así como yo; pero si no son continentes, cásense. Porque mejor es casarse que abrasarse »¹. Por eso Tertuliano (*Apología*, 50) al exal-

¹ Traducción de Juan de Valdés, Venecia, 1557. En el comentario Valdés da las dos interpretaciones a que se prestan las últimas palabras del Apóstol: « Parece que dice San Pablo *mejor es casarse que abrasarse*, entendiendo: digo que los que son así incontinentes se casen, porque entiendo que es menor el inconveniente del matrimonio, en el cual se mantiene vivo el apetito carnal por el uso, que el de la continencia, cuando el que quiere vivir en ella no tiene don de Dios para ello; porque en el continuo combate que tiene con su carne, la cual se abrasa en sí propia, se aflige y se inquieta de tal manera que le sería mejor el matrimonio... Algunos entienden que dice San Pablo que es mejor que los incontinentes se casen, que no, dándose a la fornicación por su incontinencia, vengan por ello a ser quemados en el fuego del infierno. » Al precepto alude, por ejemplo, Jaime Roig en el *Llibre de les dones (Segona part de la lliçó de Salomó)*:

*Pais tant te plau,
com dia Sant Pau,
més val casar
que no cremar.*

El famoso *Diálogo en laude de las mugeres intitulado Gynaecopaenos* de Juan de Espinosa (Milán, 1580), en la parte cuarta, que trata por separado los distintos estados de las mujeres, termina con la inevitable cita de la *Epístola a los corintios* el parágrafo dedicado a las viudas. La *Silva curiosa del navarro Julián de Medrano* (1583), tan rica de información folklórica, autoriza su opinión no sólo con las palabras de San Pablo sino con las de un refrán castellano, sin duda surgido a su semejanza: « Yo soy deste parecer: que los que son de natura muy amorosa estén apercebidos para que, luego en sintiendo la flama de

tar los mártires del cristianismo con el recuerdo de las muertes heroicas de Grecia y Roma recuerda la de la antigua patrona de su ciudad natal¹, « que celebró segundas nupcias con la hoguera »: *Aliqua Carthagini conditrix rogo se secundum matrimonium dedit: o praeconium castitatis!* En la exhortación *Ad martyres*, 4, reflexiona que los cristianos deben hacer gala de fortaleza, ya que gentiles y aun mujeres han podido dar su vida por una idea: *Cum feminae quoque contempserint ignes: Dido ne post virum dilectissimum nubere cogetur.* Pero la página decisiva de Tertuliano en este sentido es aquella en que, con ampliación retórica del precepto de San Pablo, exhorta a no repetir las bodas, y aduce gran copia de ejemplos antiguos tomados en la leyenda (Lucrecia, Dido) o en las costumbres (varios sacerdotes que requerían voto de castidad o no admitían a los casados en segundas nupcias). Dicho pasaje se lee en el *Liber de exhortatione castitatis*, 13, y en el *Liber de monogamia*, capítulo último, con variantes de poca importancia: *Exsurgat regina Carthaginensis et decernet in Christianos, quae profuga et in alieno solo, et tantae civitatis cum maxime formatrix, cum regis nuptias ultro optasse debuisset, ne tamen secundas eas experiretur, maluit e contrario uri quam nubere.* Tertuliano, pues, natural de Cartago, donde la versión poética de la epopeya romana nunca desvaneció el recuerdo de la fundadora divinizada, es el primer alegador de su ejemplo, y el retruécano, tan peculiar de su estilo, con que invierte las graves palabras de San Pablo, será como el sello eclesiástico que conserve la defensa de Dido en su andar literario. Así, en las líneas ya citadas del *Donado hablador*, Jerónimo de Alcalá enuncia significativamente el manoseado precepto para introducir la historia de la viuda, « no tan hermosa como la fundadora de Cartago », con quien casa el pícaro.

Pero no es el herético Tertuliano, sino el más leído de los doctores de la Iglesia, por lo menos en España, el que inclina la autoridad eclesiástica hacia la « verdadera historia » de Dido: es San Jerónimo quien, con devoción tan sincera para la fe nueva como para la sabiduría antigua, abre ante las mentes más generosas de la Edad Media el camino de un amplio cristianismo que, lejos de rechazar al extranjero de la casa de Dios, se felicita de encontrar el espíritu de Dios en Sócrates y en Platón. Como es lógico, el

amor encenderse en sus corazones, sigan el precepto de San Pablo, y se casen; porque el mismo Santo dice sobre esto: *Melius est nubere quam uri.* Y el español, por este antiguo proverbio, da a entender lo mismo, y dice: más vale casar que en amores arder y penar. » Y hasta Cervantes, poco aficionado a citas y autoridades, pone el precepto en boca del Compadre que trata de consolar a Cañizares de su disparatado casamiento en el *Entremés del viejo celoso*. Sobre la resonancia del precepto vale la pena recordar la graciosa discusión de la comadre de Bath en los *Canterbury Tales*, v. 49 y sigs.

¹ Tan espontáneo es en Tertuliano el respetuoso recuerdo de la diosa tutelar de Cartago que, como puro ejemplo de mujer virtuosa, junto al *viro iusto Aeaco* nombra la *integrae feminae Didoni* (*De anima*, 33).

Renacimiento no hizo sino difundir la simpatía que hasta entonces San Jerónimo había hallado solamente en una de las corrientes intelectuales de la Edad Media: sus humanistas erigen en manifiesto literario la epístola del Santo al retórico romano Magno en defensa de las autoridades paganas alegadas en sus escritos¹. La carta 123, 8, que exhorta a la joven viuda Ageruquia a no volverse a casar, presenta la argumentación *a fortiori* de Tertuliano con su mismo arreo de ejemplos históricos y legendarios (entre ellos el de Dido), y hasta con el mismo equivoquillo al aplicar a la reina de Cartago las palabras de San Pablo: *Stringam breviter reginam Carthaginiensis, quae magis ardere voluit quam Hiarbae regi nubere*. Para uno de los ejemplos que agrega, el de las mujeres de los teutones vencidos por Mario, San Jerónimo remite a otra obra suya, el tratado *Contra Joviniano*, enderezado contra el monje hereje, que combatía el ascetismo cristiano, y el capítulo I, 43, de este escrito constituye el *locus classicus* de la opinión eclesiástica acerca de la historia de Dido. Aquí San Jerónimo comienza por recordar el ejemplo de la tórtola (*turturis hanc esse naturam, ut si parem perdiderit, alteri non iungatur*), que una generación antes San Gregorio Nacianceno había moralizado ya como ejemplo de firmeza en la viudez², y

¹ Véase el entusiasta elogio del catedrático de Salamanca Cristóbal de Villalón, *El escolástico*, ed. *Bibliófilos Madrileños*, Madrid, 1911. Prohemio: «¿Quién se iguala a Hierónimo entre griegos, egipcios ni latinos, ni aún se le podrá comparar? ¿En cuál solo hombre hallaréis tan gran conocimiento de las letras que dicen humanas como en él? ¿Tan docto en la antigüedad, tan perfecto en todas las lenguas, tan admirable noticia de los lugares y historias, y tan proveído de inimitable elocuencia? ¿Tan claro y despierto juicio para en todo, tan cumplida y abundante memoria de notables cosas, tan encendido pecho de ardor espiritual? ¿Tan sabrosa y dulce mixtura en la industria de su escribir, con aquella astuta y graue severidad con que amonesta y corrige, anima y confabula? Pues así como todos los señalados en elocuencia, comparados con Tullio parecen ser mudos y sin lengua, así todos los otros doctores de nuestra sagrada religión, puestos con Hierónimo difieren del con gran ventaja.» Seguidamente viene la alusión a la carta a Magno, pues para justificar su empleo de historias profanas y clásicas Villalón repite la bella imagen de San Jerónimo que autoriza la fusión de verdad cristiana y arte pagano con el precepto del Deuteronomio (XXI, 11 y sigs.) sobre las bodas entre los israelitas y las cautivas gentiles.

² Lo que da pie a la fábula es el hecho sencillamente anotado por Aristóteles, *Historia de los animales*, IX, 8: «La tórtola y la paloma tienen cada cual un mismo macho y no admiten otro». Esta observación se carga ya de sentido edificante en Eliano, que moraliza la zoología como Plutarco moralizó la historia; y la moralización popular de las costumbres de los animales más la maravillada consideración de la naturaleza (como prueba — estoica y bíblica — de la providencia divina, expuesta ya en Filón), converge en la exposición canónica de la creación, o sea el *Hexamerón* de San Basilio Magno; en él la tórtola ya está señalada como ejemplo para las mujeres (VIII, 6): «Dicen que cuando la tórtola se separa de su cónyuge, jamás admite la compañía de otro, y permanece sola, rehusando el nuevo consorcio en memoria de su primer cónyuge. Oigan las mujeres cómo aun entre los irracionales se antepone lo venerable de la viudez al desdoro de las muchas nupcias.» San Gregorio Nacianceno, discípulo y panegirista de San Basilio, en sus *Consejos a las doncellas*, introduce el ejemplo de la tórtola con una invocación en que se percibe todavía

que tan extraordinaria fortuna había de hallar en la tradición popular. Sigue una nutrida enumeración de vírgenes heroínas de la mitología y de la leyenda, para llegar a la de las viudas que no quisieron sobrevivir, a quienes una vez más encabeza Dido: *Veniam ad maritatas quae mortuis vel occisis viris supervivere noluerunt, ne cogentur secundos nosse concubitus, et quae mire unicos amaverunt maritos; ut sciamus digamiam apud ethnicos etiam reprobari. Dido, soror Pygmalionis, multo auri et argenti pondere congregato, in Africam navigavit, ibique urbem Carthaginem condidit, et cum ab Iarba rege Libyae in coniugium peteretur, paulisper distulit nuptias, donec conde-*

la huella de la primitiva inspiración estoica (vs. 534: «¡Oh naturaleza, madre de todo! Tus maravillas diré, no las mías.») El pasaje fué traducido en el siglo XVII por Antonio de Solís y Rivadeneyra (Poetas de los siglos XVI y XVII, *Bib. Aut. Esp.*, tomo 2º, pág. 440b), con el título *Cómo ha de llorar la viuda su marido difunto*:

Viuda del dulce esposo,
llora la tortolilla su quebranto;
discurre sin reposo,
búscales con el llanto,
llámale con la queja,
gime, y no acaba; llora, y no lo deja.
¡Oh, cuánto enseña con lo bien que siente,
oh verdaderamente
sabíaavecilla, pues tu sentimiento
no es razón y parece entendimiento!

El *Hexamerón* de San Basilio es muy fecundo en Occidente gracias a la versión libre de San Ambrosio, quien, como era de esperar, asocia el ejemplo de la tórtola viuda con el precepto de San Pablo (V, 19): «Dícese que cuando la tórtola enviuda por pérdida del propio esposo, aborrece el tálamo y el nombre mismo del matrimonio, pues su primer amor la ha engañado con la muerte del amado, y fué cuanto a la duración, infiel, y cuanto al agrado, amargo, ya que causó más dolor por la muerte que placer por el amor. Así pues, se niega a repetir la unión, no desata los lazos de su pudor ni la alianza del amado marido; para él solo reserva su cariño; para él custodia el nombre de esposa. Aprended, mujeres, cuán grande sea el prestigio de la viudez, que hasta entre las aves se pregona. ¿Quién, pues, ha dado estas leyes a la tórtola? Si busco a un hombre no lo encuentro. Ningún hombre se atrevió a ello, ya que ni siquiera San Pablo se atrevió a dictar leyes para conservar la viudez, y en fin él mismo dice...: "Bueno es a ellos si permaneciesen así como yo; pero si no son continentes, cásense. Porque mejor es casarse que abrasarse." Desea San Pablo de las mujeres lo que las tórtolas mantienen.» La tan leída *Silva de varia lección* de Pedro Mexía (III, 28) glosa estas palabras de San Ambrosio, y contribuye, pues, a hacer obvia y clara la asociación de ambos temas hasta para el público más lego; la letrilla burlesca de Góngora «¡Cuán venerables que son...!» contra las dueñas — reclutadas generalmente en el gremio de las viudas — enlaza justamente la viuda ejemplar de la leyenda con la del bestiarío:

Venza las tórtolas Dido
en uno y otro gemido,
turbe el agua a lo viudo;
que a fe que el hierro [= espada de Dido, y yerro] desnudo
desmienta al monjil vestido.

De monjil, tela de luto propio atavío de viudas, viste la irreprochable Dido de Cubillo de Aragón.

retur civitatem. Nec multo post exstructa in memoriam mariti quondam Sychaei pyra [nótese la inclusión del nombre virgiliano aun dentro del relato « histórico »] *maluit ardere quam nubere.*

La rectificación del libro IV de la *Eneida* rebasa, pues, los límites de la sabiduría seglar; frente a la artística calumnia, la traducción eclesiástica impone la « verdadera historia », oficialmente admitida en su repertorio de mártires castas. La reputación de Dido corre por cuenta de la Iglesia, y todo español puede ya conciliar su devoción caballescica a la Reina infamada y su admiración por Virgilio, reflexionando, como Gonzalo Fernández de Oviedo, que, pues el poeta « fué gentil e no christiano, cupo en su conciencia esse falso testimonio. »

DIDO EN LA DEFENSA DE LAS MUJERES. — San Jerónimo, con su femenina emotividad, con la cohorte de discípulas de alta condición social, vida austera y no vulgar cultura que él orienta al cristianismo, con la preciosa serie de cartas que escribió para aconsejarlas y dirigir las y en que a cada paso medita sobre la educación de la mujer cristiana, viene a asumir un papel extraordinario en la defensa medieval de la mujer, papel coherente con su actitud conciliadora en las letras, que lo instala como patrono de la mejor intelectualidad medieval. Su enumeración de las mujeres virtuosas del pasado, sus reflexiones sobre la educación, las graves figuras de sus discípulas que desfilan en sus cartas son la mejor réplica al misoginismo literario, característico de la Edad Media como de ninguna otra época, que llena con su presentación pesimista todo un género literario, como el de los *fabliaux*, u obras tan representativas como la de Jean de Meun, como *Les quinze joyes du mariage* o el *Llibre de les dones* de Jaume Roig.

El escrito importante del cual arranca el género literario de la defensa femenina es, según Arturo Farinelli (*Italia e Spagna*, Torino, 1929, vol. I), la Epístola en que Petrarca consuela a la emperatriz Ana de haber dado a luz una hija, y donde incluye una lista de celebridades desde Minerva y Diana hasta la condesa Matilde, sin omitir, por supuesto, a la viuda ejemplar que prefirió abrasarse a casarse. La curiosa inclusión de aquellas dos diosas entre las mujeres célebres marca la dependencia de San Jerónimo, que las había hecho figurar en las filas de las mujeres castas del paganismo en la diatriba *Contra Joviniano*, porque, como tantos Padres de la Iglesia, compartía la concepción evemerista que veía en el panteón grecorromano la divinización de los benefactores de la humanidad. Para Petrarca, tan afecto a la historia romana, el caso de Dido tenía un valor especial, y se explica que le haya merecido especiales vigiliias: en otra epístola ¹ se jacta de haber sido el primero en examinar los hechos en que se funda la

¹ *Epistolae seniles*, 4, 5. Según Cecilia Vennard Sargent, *A Study of the Dramatic Works of Cristóbal de Virués*, Instituto de las Españas, New York, 1930, pág. 58.

versión de la *Eneida*, a la que refuta, basado en la autoridad de la historia — o sea en Justino — y en la autoridad de la Iglesia — o sea en San Jerónimo —, y así expone en su epopeya latina *Africa*, canto III, los resultados de su crítica ¹:

*Così nacque Cartago, e si l'ha salva
la pudica e magnanima regina.
Pure verrà chi d'impudico amore
maculì il santo nome e del suo carme,
splendido carme, veli intessa al vero.
Ma tua fama, Didon, non fia men bella.*

Otra obra de Petrarca más popular que las *Cartas* y el *Africa*, los *Trionfi*, cuya inspiración se remonta a la elegía latina, hacía circular por toda Europa la reivindicación de Dido. En el *Trionfo della castità* Petrarca presenta a Laura acompañada de las virtudes y de las mujeres célebres por su belleza y honestidad; entre ellas, el poeta ve a Dido

*ch'amor pio del suo sposo a morte spinse,
non quel d'Enea, com'è 'l pubblico grido.*

Y nuevamente, con deliberada identidad de vocablos para insistir en la rectificación del vulgo, cuando presenta a la Castidad, encarnada en Laura, que acompañada de las heroínas castas combate contra Amor:

*Poi vide fra le donne peregrine
quella che per lo suo diletto e fido
sposo, non per Enea volse ir al fine:
taccia 'l volgo ignorante: i' dico Dido,
cui studio d'onestate a morte spinse,
non vano amor com'è pubblico grido.*

A la influencia de Petrarca en difundir la « verdadera historia » de Dido se suma la de Boccaccio con sus dos obras más fecundas en español, *De casibus virorum illustrium*, cuya traducción inicial lleva la firma de Pedro López de Ayala, y *De claris mulieribus*; el primer tratado la incluye como víctima de Fortuna ²; el segundo como ejemplo en la defensa de la mujer — tomada probablemente mucho más en serio de lo que su autor se propuso, como lo indica la inclusión de las poco edificantes biografías de Paulina (procedente de Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, 3, 4) y de la papisa Juana. La huella del tratado *De claris mulieribus* en la literatura

¹ Según la versión italiana citada por Cecilia Vennard Sargent, *Ibidem*, pág. 58, nota 5.

² En su *Fall of princes*, versión muy amplificada de la obra de Boccaccio, Lydgate despide a su Dido casta con estos significativos versos (II, 2150 y sigs.):

*Touchyng Dido lat ther be no striff:
thouh that she be accused off Ovide,
afftir Bochas [Boccaccio] I wrot hir chaste liiff.*

española es extraordinaria; así lo refleja la rica sucesión de imitaciones que comienza con la alegoría de los *Doce trabajos de Hércules* del marqués de Villena (1417) para terminar con la *Defensa de damas*, de Diego de Ávalos y Figueroa, impresa en Lima en 1602. A tal serie pertenece el *Triunfo de las donas* (1443), de Juan Rodríguez de la Cámara (o del Padrón), que equipara las mujeres con los hombres aun en el terreno de las armas, y afirma que la virtud masculina se da a conocer por vanidad, y que ha empañado maliciosamente la del otro sexo (*Obras, Bibliófilos Españoles*, Madrid, 1884, págs. 116-117):

¿Quién dubda, si las mugeres quisieran, segund los onbres, mouidos de uana gloria, su fama por scriptura perpetuar, que fechos cauallerosos avn más non se leyesen de donas que de onbres se leen, mayormente si fuesen de todos derechamente las obras examinadas; como las vnas sean, más por fiction que por verdad, escuras, e las otras deuenidas claras?

El ejemplo de la verdad oscurecida por la ficción masculina es, naturalmente, el de la reina de Cartago:

Et quién tiene por leer que la reyna Elisa Dido, fengida por el matrimonio ¹ auer quebrantado la ley de castidat, e non ouo jamás visto al tro-yano Eneas, ante por espada quiso en su juventud casta fenescer que del rey de Mauritania consentirse forçar.

En este género, la obra característica del primer contacto entre España e Italia se enaltece con el prestigio no literario de su autor, el condestable don Álvaro de Luna, que la compuso en sus ocios de estadista. El capítulo XXXV trata, según el relato de Justino (cuyo nombre invoca), « de la Reyna Dido, que fué gran honrra de la castidad de las señoras fijas del Rey Belo », y que dicta al Condestable un verboso apóstrofe:

¡ O voz muy magnífica digna de muy casta mujer! en la qual mostró que era antes de escoger de [sic] la muerte que corromper la castidad, la qual non ay cosa, que más convenga a guardar la honor de la honestidad; assí que aquesta cosa, que trae miedo a todos, que es la muerte, aquella abrazó con corazón fuerte, la qual dió ejemplo de gran memoria; por lo qual si aquestas dos nobles virtudes que en aquesta resplandescieron, conviene a saber, castidat e fortaleza, quisieres acatar en tu corazón e entendimiento, podrás considerar si aquesta será tan pujante fortaleza de corazón como Catón, que se mató por la liuertad de Roma, o tan casta como Favio Máximo Serviliano.

En cambio, representativa del contacto del siglo XVI es el erudito *Diálogo en laude de las mugeres o Gynaecepaenos* de Juan de Espinosa (reimpreso

¹ El sentido del texto castellano, viciado, aparece claramente en la traducción francesa de Fernando de Lucena, ejecutada en 1460: *Dido, fainte par Virgile auoir trespasse la loy de chastete.*

en Sbarbi, *Refranero general español*, tomo II, Madrid, 1875): aquí el marco primitivo, o sea, la enumeración del tratado de San Jerónimo *Contra Joviniano*, se ensancha; objeciones y réplicas se multiplican y extienden, apoyadas en un ejemplario que pone a contribución con característico abigarramiento toda la mitología y toda la historia de la antigüedad ¹ (hasta llegando a citar a autores perdidos), las Sagradas Escrituras, los Padres Santos, las compilaciones con que los eruditos y semieruditos del Renacimiento — Marco Antonio Sabellico, Ravisio Textor, Pedro Mexía — abastecían la avidez nueva del público, y las novedades que ponían en circula-

¹ Principalmente Valerio Máximo, Justino y Plutarco. La obra más popular de este último sobre el tema en cuestión es la llamada *Virtudes de las mujeres*, cuya magra teoría reproducen todas las defensas medievales y modernas. Ante la afirmación de Tucídides de que la mejor mujer es aquella de quien nada se dice, ni en bien ni en mal, sostiene Plutarco la tesis, decididamente antiaristotélica, de que la excelencia de la mujer y del hombre es una y la misma, tesis que requiere como complemento necesario la demostración por ejemplos históricos. Plutarco aseguró el éxito de su opúsculo al presentar tal demostración en forma de una ristra de novelitas sentimentales. Testigo de su difusión europea es el drama *Aretaphile*, primera producción de Pierre Du Ryer, no despreciable contemporáneo de Corneille, y la linda comedia « en fabla » de Lope, *Las famosas asturianas*, sobre la leyenda del tributo de las cien doncellas. La heroína, doña Sancha, al ser conducida con sus compañeras como parte del infamante tributo, desnuda brazos y piernas, pero se cubre al llegar a la vista de los moros, y explica ante el asombro de su enamorado, Nuño Osorio (II, 12):

Atiende, Osorio cobarde,
afrenta de homes, atiende,
por que entiendas la razón
si non entenderla quieres.
Las mujeres non tenemos
vergüenza de las mujeres;
quien camina entre vosotros
muy bien desnudarse puede,
porque sois como nosotras,
cobardes, fracas y endebres,
fembras, mujeres y damas;
y así, no hay por qué non deje
de desnudarme ante vos,
como a fembras acontece.
Pero quando ví los moros,
que son homes y homes fuertes,
vestíme, que non es bien
que las mis carnes me viesen.

En las *Virtudes de las mujeres*, XXVI, Plutarco refiere que visitando Aristodemo, tirano de Cumas, la fosa en que obligaba a trabajar a sus súbditos, una mujer « se esquivó y cubrió el rostro con la túnica. Cuando Aristodemo se hubo marchado, los jóvenes la preguntaban por burla y juego por qué sólo de Aristodemo huía pudorosamente, cuando ante los demás no mostraba en modo alguno el mismo sentimiento. Ella, con mucha gravedad, respondió: Porque Aristodemo es el único hombre de Cumas. » Como en *Las famosas asturianas*, tales palabras despiertan el valor de los hombres, que logran vengar la afrenta impuesta.

ción los cronistas de América. Las breves líneas consagradas a Dido en la parte V son elocuentes por la actitud de reproche a Virgilio y por la seguridad con que alude a los consabidos autores más fidedignos:

A Elisa Dido, reina de los Cartagineses (contra lo que della tan injusta y falsamente escriuió el Poeta Virgilio), terné entre otras por libre de culpa y muy pura: siendo cosa tan probada por otros muy verdaderos autores hauer sido siempre muger castíssima y buena.

Tal defensa de las mujeres asiduamente ejercida desde el siglo XIV hasta el XVII, reducida a unos triviales conceptos y a unos pocos casos mitológicos familiares, se convierte en lugar común del teatro, género popular por excelencia. La defensa afirma por una parte la capacidad intelectual de las mujeres, empuñada a sabiendas por la malignidad masculina⁴, y por otra emprende la reivindicación moral de lo que para la Edad Media era *fossa novissima, vipera pessima, pulchra putredo*. En el primer aspecto viene a insertarse el influjo poderosísimo del Ariosto, quien, bajo la concepción renacentista de que el poeta que celebra la hazaña y no la hazaña misma es lo que concede inmortalidad, achaca la menor fama de las mujeres en talentos y virtudes a que no han ejercitado las letras lo bastante para eternizarse sin recurrir a plumas masculinas; y en Ariosto, como en sus secuaces, es de rigor la presencia de Dido entre los ejemplos (*Orlando furioso*, XXXVII, 1 y sigs.):

*Se, come in acquistare qualch'altro dono
che senza industria non può dar natura,
affaticate notte e dì si sono
con somma diligenza e lunga cura
le valorose donne, e se con buono
successo n'è uscit'opra non oscura,
così si fossen poste a quelli studi
ch'immortal fanno le mortal virtudi,
e che per sè medesime potuto
avesson dar memoria alle sue lode,
non mendicar da gli scrittori aiuto,*

⁴ Véase el párrafo citado del *Triunfo de las donas*, de Juan Rodríguez de la Cámara. Del mismo modo opina la Comadre de Bath en los *Canterbury Tales*. En el *Livre de la cité des dames*, de Christine de Pisan, casi totalmente inspirado en el *De claris mulieribus* de Boccaccio, el ejemplo manido y el alegato retórico se animan con la sinceridad de una apología personal. Cristina, en su última obra contra el misoginismo literario, no defiende una abstracción cuando, parafraseando libremente a su modelo, se lamenta de que las mujeres *se deffient d'elles-meismes et de leur entendement, lesquelles, ainsi que se elles fussent nees es montagnes sans savoir que est bien et que est honneur, se descourraigent e dient que ne sont a autre chose bonnes ne proufitables fors pour acoler les hommes et porter et nourrir les enfans; et Dieu leur a donné le bel entendement pour elles appliquer, se elles veullent, en toutes les choses que les glorieux et excellens hommes font* (I, 28).

*ai quali astio et invidia il cor sì rode
che'l ben, che ne puon dir, spesso è taciuto,
e'l mal, quanto ne san, per tutto s'ode;
tanto il lor nome sorgeria, che forse
viril fama a tal grado unqua non sorse...*

*Ch'Arpalice non fu, non fu Tomiri,
non fu chi Turno, non chi Ettore soccorse;
non chi seguita da Sidonii e Tiri
andò per lungo mare in Libia a porse;
non Zenobia, non quella che gli Assiri,
i Persi e gl'Indi con vittoria scorse:
non fur queste e poche altre degne sole,
di cui per arme eterna fama vole.*

Ya se ha visto que Lope enlaza esta crítica con la concepción del poeta como dador de buena o mala fama.

Idéntico pensamiento e idéntico ejemplo aparece en la dramatización de estas reflexiones en *La vengadora de las mujeres*, en que Lope ha iluminado tantas facetas del tema con esa su « fácil mirada profunda » (Amado Alonso): Laura, la princesa zahareña, instituye una academia que se abre con una sentida defensa de las mujeres (I, 1):

Si Dido quiso matarse
por guardar su castidad
que no la gozase nadie,
luego hay un hombre que diga
que se mató por vengarse
de los agravios de Eneas,
con quien fué huésped fácil.
Desde el principio del mundo
se han hecho tiranos grandes
de nuestro honor y albedrío
quitándonos las ciudades,
la plata, el oro, el dinero,
el gobierno, sin que baste
razón, justicia ni ley
propuesta de nuestra parte.
Ellos estudian y tienen
en las universidades
lauros y grados; en fin,
estudian todas las artes.
¿Pues de qué se queja el hombre
de que la mujer le engañe,
si otra ciencia no le queda
en todas las que ella sabe?
La mujer es imposible
que adquiera, tenga ni guarde

hacienda abogando pleitos
ni curando enfermedades.
Pues en algo esta mujer,
si está ociosa ha de ocuparse,
Dirán que en hacer labor;
no es ocupación bastante,
porque el libre entendimiento
vuela por todas las partes ¹.

Vale la pena observar que, no obstante el calor de estas palabras, en el prólogo de la comedia Lope se adhiere sin reparo al concepto escolástico

¹ En su discurso de apertura, Laura reúne cargos que Lope trata por separado en diversas obras. Por ejemplo, en *La hermosura aborrecida*, II, 7, sobre el pedir de las mujeres:

Costanza. — Lo que no puedo sufrir
es que digáis que gastáis:
si alguna cosa nos dais,
siempre lo habéis de gruñir.
¿Pues no es razón que miréis
que os habéis hecho tiranos
de la hacienda, y en las manos
oro y gobierno tenéis?
Sed vosotros los sujetos
y nosotras las señoras,
veréis con cuántas mejoras
se truecan tales efectos.
No gastaréis, y veréis
cómo nosotras gastamos.
Veréis lo mucho que os damos
sin que vosotros nos deis;
que si tenéis los dineros,
por fuerza habéis de gastar.
Algo nos habéis de dar,
que no hemos de andar en cueros.

Enio. — Pardiez que tiene razón.
Los hombres nos lamentamos
siempre de lo que les damos
sin ver que sujetas son.
Porque, a tener el dinero
y estar sujetos a ellas,
no nos quejáramos dellas
en estilo tan grosero.
Ellas de nosotros sí,
y dijeran que nos daban
su hacienda, y que la gastaban
con nosotros.

Bartolo. — Es así.

Y en *La Dorotea*, V, 10, justifica Gerarda la ciencia de engaños de las mujeres:

Que todo se aprende, hija; y no hay cosa que nos sea más fácil que engañar a los hombres: de que ellos tienen la culpa; porque como nos han privado el estudio de las ciencias, en que pudiéramos divertir nuestros ingenios sutiles, sólo estudiamos una, que es la de engañarlos; y como no hay más de un libro, todas le sabemos de memoria.

de la mujer como animal imperfecto, ya viejo y desacreditado en tiempos de Castiglione. De igual modo, Lope, que en el presente y otros pasajes celebra la castidad de Dido, ha recreado repetidamente la versión de Dido enamorada, y aun creo que es el único en envolver a la heroína en una atmósfera de reproche moral, cuando en el *Auto del viaje del alma* dice el Demonio señalando la nave del deleite:

Aquí César navegó,
Marco Antonio y Masinisa,
Mesalina, Dido Elisa.

Explicar esta extraña inclusión como exigencia de la rima es absurdo en un poeta con el dominio que Lope tenía de los « vasallos consonantes ». No: las opiniones contradictorias sobre las mujeres, como la presentación contradictoria de Dido y la de otros personajes y problemas (herejes y judíos, por ejemplo), no emanan de la reflexión seria ni de la defensa caballeresca de los oprimidos, sino de su maravillosa simpatía de poeta dramático. A fuerza de señalar los singulares valores de la obra de Lope, dejamos pasar por alto su primordial valor teatral. Al fin, el primer mérito de Lope estriba siempre en su versatilidad esencial de dramaturgo, en su proyectarse íntegramente tras cada máscara, instalándose en el peculiar punto de vista de ésta y aquélla y esta otra, y haciéndolas vibrar a todas en toda su compleja interferencia de deseos e intereses. Un drama aparentemente contradictorio como *Las paces de los reyes* o *El niño inocente de la Guardia* atestiguan la shakespiriana objetividad de Lope como creador de personajes teatrales. Y por eso en cada situación recrea con igual fervor la fábula de Dido que mejor se inserta en su actual necesidad poética.

El otro aspecto de la protesta, el problema de la responsabilidad moral, también se plantea primeramente en Italia. Para el siglo XVI tiene importancia capital el libro III del *Cortesano* de Castiglione, destinado a esbozar la dama de palacio ideal. La discusión, en elegante forma de diálogo, con vuelo teórico no superado por sus numerosas imitaciones, refuta el concepto escolástico de la mujer como animal imperfecto — potente en *La Celestina*, en Lope, en Huarte de San Juan — y lo sustituye por la tesis platónica defendida en el mencionado escrito de Plutarco (*essendo, come avemo dimostrato, le donne naturalmente capaci di quelle medesime virtù che son gli òmini*): Castiglione la abona con gran cantidad de ejemplos, tomados muy principalmente de *Virtudes de las mujeres* y otras obras de Plutarco, y manteniéndose siempre en la tradición de San Jerónimo, iniciador del género (*Molte altre ancor, delle quali tanto non si ragiona, da voi stesso potete vedere, massimamente leggendo San Jeronimo*). Mientras Boscán, traductor del *Cortesano*, afirma robustamente la capacidad intelectual de las mujeres en la *Carta* a la duquesa de Soma, Garcilaso, que escribió el prólogo para la versión de Boscán, en la más antigua de sus églogas

pone en boca de la esquivada cazadora Camila tres versos que resumen largos argumentos (*Égloga II*, 823-825):

Aqueste es de los hombres el oficio :
tentar el mal, y, si es malo el suceso,
pedir con humildad perdón del vicio.

Margot Arce Blanco (*Garcilaso de la Vega*, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1930, pág. 25) ha señalado la semejanza entre este terceto y las redondillas famosas de Sor Juana Inés de la Cruz en que culmina la defensa moral de las mujeres, muchas veces predicada en el teatro, así como también la semejanza entre la Camila de la égloga y la pastora Marcela del *Quijote*. Precisamente entre la poesía de Garcilaso y el episodio del *Quijote* se intercala el florecimiento de la novela pastoril. Jorge de Montemayor, que da peso psicológico al cuadro leve y ornamental heredado de la poesía napolitana, se complace en señalar cómo las mujeres están sometidas a la tiranía de la opinión, que trueca malignamente sus realidades en apariencias (*La Diana*, I, en *Orígenes de la novela*, tomo 2º, pág. 260 a), y a su ejemplo, el problema de la conducta femenina se alberga en el último libro de *La Galatea* (soneto « Tanto cuanto el amor convida y llama »), en el episodio pastoril de Marcela y Grisóstomo del *Quijote*, en la primorosa *Diana enamorada* de Gil Polo (libro V, canto de Florisia). Antonio de Torquemada, en el *Colloquio pastoril*, tercera parte, reúne dócilmente los pros y contras incesantemente esgrimidos y rebatidos desde el *De claris mulieribus*, siendo el caso de Dido el único ejemplo que el interlocutor antifeminista no puede desmenuzar (*Orígenes de la novela*, tomo 2º, pág. 579):

Mira lo que hizo la reina Dido por no querer consentir en los amores del rey Yarbas, ni que después de muerte de su marido Sicheo hubiese quien pudiese triunfar de su honestidad, y así escogió por mejor dejar hacer ceniza su cuerpo en el ardiente fuego que no dar lugar a que otro ninguno pudiese gozar de lo que él había gozado; aunque el poeta Virgilio, no sé por qué causa o razón inducido, quiso poner en su bondad y buena fama la mancilla que puso, diciendo que había tenido amores con Eneas, siendo falsedad averiguada, porque Dido fué mucho tiempo antes que Eneas, saliendo de Troya, anduviese peregrinando por el mundo.

OPRAECONIUM CASTITATIS! — En un principio, para Tertuliano y San Jerónimo, Dido vale únicamente como pregón de castidad; muy explícitamente razona el Santo en su tratado *Contra Joviniano*, I, 49:

In hac [scil. pudicitia] muliebriam virtutum principatus est... Viros consultatus illustrat, eloquentia in nomen aeternum effert; militaris gloria triumphusque novae gentis consecrat. Multa sunt quae praeclara ingenia nobilitent. Mulieris virtus proprie pudicitia est. Haec Lucretiam Bruto aequavit, nescias

an praetulerit: quoniam Brutus non posse servire a femina didicit. Haec aequavit Corneliam Graccho: haec Porciam alteri Bruto. Notior est marito suo Tanaquilla.

El razonamiento reaparece crudamente en los siglos medios, por ejemplo en la especie de Suma de vicios y virtudes aplicadas a las edades del hombre que con el título *Des quatre tens d'aage d'ome* compuso el anciano Philippe de Novare († 1270), no, como en el tratado de San Jerónimo, para encarecer el mérito de la castidad femenina, sino para legitimar la conclusión de que no se ha de enseñar a leer a las niñas⁴, pues el solo mérito de la limpieza corporal basta para su gloria, mientras el hombre, sí debe ser *courtois et large, hardi et sage*. Aquella rica figura, vivificada por la fantasía de Virgilio, que movió a los hombres a aprender su « verdadera historia » en Justino, se reduce, por consiguiente, a un nombre entre otros nombres, para recomendar una virtud fisiológica. Así, en la *Loa de la insigne virtud de honestidad (Sátira de felice e infelice vida*, Opúsculos literarios de los siglos XIV a XVI, Bibliófilos Españoles, 1892, pág. 81), declara el Condestable de Portugal: « ¿E quién es aquél que de la Pantasilea, de Sulpicia e Dido, las cuales nunca vió ni conoció, no toma deseosa e amigable recordación con muy preciado amor e cierto e loable querer? » Con ese esquemático

⁴ *A fame ne doit on apanre letres ne escrire, se ce n'est especiaument por estre nonnain; car par lire et escrire de fame sont maint mal avenu.* Las convenciones sociales de la época, negativamente justificadas por casos como el de Heloísa, refuerzan la prohibición:

Ni es convenible a ella ciencia
por el gran trabajo del estudiar,
ni sería onesto a ella la presencia
de los escolares, ni su conuersar

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN, *Doctrina que dieron a Sarra*, 54.

El fundamento teológico en que se apoya tal actitud es el recelo ante la superior inteligencia de Eva, causa de la Caída, como magistralmente lo presenta el *Mystere d'Adam* (siglo XII) que pone estas palabras en boca del Diablo:

Jo vi Adam, mais trop est fols...
Mais neporquant tu es plus sage,
en grant sens as mis tun corrage,
par ço fait bon traire a tei...

Encontramos un ejemplo español en la canción *de arte amandi* de Carvajales, que comienza « Andando perdido, de noche ya era... » (Foulché-Delbosc, *Cancionero castellano del siglo XV*, tomo 2º, N. 1001):

Amad, amadores, mujer que non sabe,
a quien toda cosa parezca ser nueua,
que quanto más sabe mujer, menos vale,
segund, por exemplo, lo hemos de Eua,
que luego comiendo el fruto de vida,
rompiendo el velo de rica ignocencia,
supo su mal e su gloria perdida;
guardáos de mujer que ha plática e sciencia.

valor ensalza Fray José de Valdivielso, entre los rústicos que celebran la Natividad, a

Cintia, zagala que a la nieve afrenta
por bella Helena y por honesta Dido,⁴

siendo la historia alegada de Dido la no virgiliana, como brevemente aclara Lope por boca de unos personajes de *La corona merecida* (III), al comentar la conducta de la heroína que rechaza hasta el martirio el amor del Rey:

— Matarse quiere.
— No hará.
— Lo mismo cuentan de Dido:
matóse encendiendo el fuego
en que se deshizo luego
por honra de su marido.

En *El desdén vengado* (II), de Lope, Dido es ejemplo de la firmeza, superior a la de Penélope, de mujeres que se mantuvieron fieles al amor de un muerto:

Más buenos ejemplos son
Julia, Artemisa y Elisa,

dice Lisena que, pretendida por Rugero, rey de Nápoles, sigue adorando al conde Lucindo, a quien cree muerto, y éste, enterado de la fidelidad de Lisena, interroga (III):

¿ Hay cosa más notable? ¿ Por qué cuentan
valor de Evadnes, Porcia y Artemisa,
ni dar los siglos vanamente intentan
célebre fama a la viudez de Elisa?

Al margen de unos versos de la *Jerusalén conquistada* (I, 79): « Casado estaba Herfrando con Elisa, / hermana de Sibila generosa, / reina en Jerusalén, que a la fenisa / venció si no en ser casta en ser hermosa », Lope, reuniendo eslabones ya conocidos de la historia de Dido, apunta en una de esas notas eruditas que tanto dieron que decir a sus contemporáneos: « Porque Elisa, hermana de Sibila, fué casada cuatro veces, y Dido castísima, como lo refiere aquel elegante epigrama de Ausonio, porque desde ella a Eneas hubo trescientos años. » Como sencillo parangón de amantes castas aparece Dido, con su consabida compañía en *El árbol del mejor fruto* (I), de Tirso, en el diálogo de ternezas que entrecruzan Irene y Cloro:

— Si yo pudiera mostrar
la ventaja que en amar
hago a todas...
— ¡ Estoy loco!
— Ni Cartago honrara a Elisa,
como a Penélope Grecia,
ni hubiera en Caria Artemisa.

⁴ Vida y muerte del patriarca San Josef, XV, 42.

En la extravagante comedia *La vida de Herodes*, Tirso describe, dentro de una evidente reminiscencia de las Casas de la Fama de la ficción medieval, una galería « de alabastro, jaspé y mármol » que se enriquece con los retratos de las beldades célebres. Entre ellas figura Dido, y el autor subraya la altura de su castidad presentándola como supuesto modelo que presidió a la conducta de otra viuda ejemplar de la historia antigua:

Y allí en fin, la hermosa Reina
que África estima y adora,
holocausto de sí haciendo,
ejemplo dejaba a Porcia.

En otra obra del mismo Tirso, *La prudencia en la mujer* (III, 4), don Diego de Haro, el enamorado leal, sale por la reputación de la Reina viuda, y, al replicar al enviado del infante sedicioso don Enrique, la compara con la casta entre las viudas:

No me aborrece a mí porque desprecia
la casta voluntad que en ella empleo,
sino por dar a España otra Lucrecia,
imitando a la viuda de Siqueo.

También en *Las paredes oyen*, cuando don Juan y don Mendo acompañan al Duque y le señalan los balcones de la bella viuda doña Ana de Contre-ras, el forastero pregunta no sin su punta de ironía:

¿ Es la viuda de Siqueo?

Agustín de Rojas, el apicarado autor del *Viaje entretenido*, rinde tributo a la moda de la época incluyendo en su diálogo un debate en pro y en contra de las mujeres; al enumerar las virtudes femeninas recuerda (libro IV; en *Orígenes de la novela*, tomo IV, pág. 520): « la honestidad de la hermosísima Lucrecia, de Tanachil... Minerva y la reina Dido », y la Loa que sigue a este debate y versa sobre el mismo asendereado asunto vuelve a empezar:

Paseándome ayer tarde
triste y solo en una huerta,
después de un prolijo ensayo
de una comedia no buena,
acordéme de Artemisia,
la hermosa Dido y Lucrecia.

Y por si no fuera bastante la compañía de Artemisia y Lucrecia para atestiguar la santa opinión en que Rojas tenía a Dido, en la « Exposición de los nombres poéticos » (índice disparatado, del género de los que cultivó y ridiculizó Lope) leemos esta aclaración:

Dido: reina de Cartago, hija de Belo rey de los tirios, mujer de Siqueo, sacerdote de Hércules; fué honestísima, porque habiéndole muerto

Pigmalión, su hermano, a su marido Siqueo, hombre riquísimo, por robarle sus tesoros, ella, que los tenía escondidos, los sacó una noche, y huyendo se fué a la Tingitania, provincia de África, donde edificó a Cartago, y se vino a matar por no consentir querer casarse con Yarbas, rey de Getulia. Y ésta es su verdadera historia, porque la que cuenta Virgilio en el 1 y 4 de la *Eneida* es falsa y fabulosa.

Por manera negativa Dido aparece en las obras burlescas de Góngora o de sus imitadores como ejemplo de castidad, realzado con inevitables retruécanos. La letrilla « Un buhonero ha empleado » presenta, en la edición de Adolfo de Castro, para el estribillo « nueve higas », esta copla :

A la viuda de Siqueo,
si no es ya de regadío,
pues calienta el lecho frío
con suspiros del deseo...

La letrilla « En el almoneda » advierte :

Viudas de Siqueo
hay, que a quien las ruega
solamente el sí
tienen de Siqueas.

Y el soneto atribuible que moteja a la actriz Jusepa Vaca de virtud forzada :

Mas no es virtud el miedo en que reparas,
por la falta que encubre tu vestido ;
pues yo sé que sin ella fueras Dido
que a tu Siqueo en vida disfamaras.

DIDO BURLADA. — Parecería que sólo la Dido « histórica » provoca simpatía como muestra de castidad, pero un punto de vista muy medieval y muy español permite eximir de responsabilidad moral aun a la misma Dido virgiliana. Es claro que esto implica un falseo esencial del libro IV de la *Eneida*. Virgilio presenta decorosamente la pasión de la Reina : así sus sinceras protestas de fidelidad a la memoria de Siqueo cuando acaba de declarar a su hermana, como una imposible coyuntura, su deseo de unirse al huésped troyano ; así la escena de la gruta, donde con exquisito equívoco, no en las palabras sino en la situación, el primitivo rito de las bodas sacras se asocia con infaustos agüeros. Pero inequívocamente el poeta subraya su reprobación de la conducta de Dido en el reproche (v. 171) *coniugium vocat, hoc praetexit nomine culpam* : el punto de vista del poeta, el que el poeta quiere imponer a sus lectores, no es el que la Reina quiere hacer aceptar ; y, lo que es más, bien claro muestran que Dido no se engaña a sí misma la amarga queja (321-323) *te propter eundem / exstinctus pudor et, qua sola sidera adibam, / fama prior* y la palabra de enérgica condena con que Dido

renuncia a toda esperanza de vida (547) : *quin morere ut merita es*. La anónima comentadora de Virgilio que, al recostarse a la mesa, *moriturae ignoscit Elissae* (Juvenal, VI, 435), resuelve el nudo ético del episodio : el lector perdona — otorga sin reserva toda su simpatía — a Elisa, precisamente porque ella no se ha perdonado su falta, sino que la ha castigado con la muerte « pagando su flaqueza / muerta con su propia mano », como lo entiende tan justamente Alarcón. Virgilio, con la lógica interna que exige su alta poesía, no puede eximirle de responsabilidad moral y convertirla en víctima pasiva, pues de hacerlo la rebajaría de persona a cosa ; y ¿ cómo labrar una heroína trágica, una persona en el más alto grado, en la pasividad de un objeto ? Por eso el torcedor de la honra no es el menor móvil en la versión virgiliana de Dido.

Pero la venganza de la honra, tal como cristaliza en el teatro del Siglo de Oro, y a consecuencia del escaso papel social de la mujer española, por regla general, sólo es conflicto trágico para los hombres : las heroínas que vengan su honor por su propia mano suelen tener visos cómicos, como los tienen *La serrana de la Vera* y *Las hermanas bandoleras* de Lope. La burlada, si se defiende sola, empuña el arma de su travesura, como lo muestra Tirso en *La villana de Vallecas* y sobre todo en *Don Gil de las calzas verdes*. Lógicamente, ya que queda descartada la muerte como solución, los lances sólo pueden ser de regocijo. La estructura normal de los casos de la honra en el teatro reserva la responsabilidad y la acción al burlador (y al vengador), no a la burlada. La pareja Dido-Eneas, para la que no existe el desenlace del casamiento, cae en ese cuadro, como burlada y burlador. Ayuda a tal identificación el halo equívoco de traición que desde muy antiguo envuelve a Eneas y que, recogido por Dictis y Dares, aparece — ya se ha visto — en varias obras españolas, como las de Alfonso el Sabio, los *Castigos e documentos* atribuidos al rey don Sancho, « Leomarte », la *Crónica troyana*, el *Victorial*, Juan de Lucena, a las que se puede agregar, según Ticknor (*Obra citada*, tomo III, pág. 162), el poema en diez cantos sobre la *Destrucción de Troya* que publicó en 1582 Joaquín Romero de Cepeda. La falsedad de Eneas, como la firmeza de Dido, llega a ser encarecimiento proverbial : « Me llamas, Belisa, / más falso que Eneas », protesta el enamorado de la letrilla « El pastor más triste... » de Baltasar de Alcázar ; la traviesa heroína de *El amor médico* de Tirso enrostra a su perseguido don Gaspar una imaginaria seducción con esta escueta referencia (III, 8) :

Si los dos Eneas y Dido
en amor y engaño fuistes.

Lope, en cambio, deslinda pulcramente la piedad e impiedad de Eneas (Égloga *Filis*) :

Piadoso le llamó [Virgilio a Eneas] siendo tirano ;
que si en sacar los dioses fué piadoso,
en ser ingrato a Dido fué villano ;

mientras su amigo Arguijo, en el soneto ya citado, se dirige compasivo a Dido :

Y entregaste en infausto himeneo
al teucro engañador la fe y la mano.

Varias veces tacha Mira de Amescua de ingratitud a Eneas, por ejemplo en *La fénix de Salamanca* (III) y principalmente en *Obligar contra su sangre* (I), en que doña Sancha funda sus negativas en la historia de Dido y Eneas, que repasa con su enamorado :

— Temo (¡ ay de mí !) que has de ser
como el amante fingido
que huyendo estragos de Troya
por los undosos zafiros
le condujo hasta Cartago
leve leño y blando lino.
— Pues ¿ temes que imite a Eneas ?
— Eso temo y eso miro ;
¿ sabes lo que obró inconstante ?
— Huésped fué de Elisa Dido,
vencióse de su belleza,
perdió sin alma el juicio,
palabra la dió de esposo,
gozóla, y después, vencido
de la ingratitud, huyó.
— ¡ Oh cruel, oh fementido !
¿ que huyó después de gozarla ?
— Hasta hoy ha merecido
por eso nombre de ingrato.

Eneas ingrato a la hospitalidad de Dido es lo que se ofrece al pensamiento de la castellana doña Leonor, casada con su huésped portugués que está de partida, en *El príncipe perfecto*, de Lope (Parte I, II, 13) :

Huésped, pudiste vencerme.
Ansí de Eneas se escribe :
la mujer que le recibe
después se ha de hallar burlada ;
que de ordinario la espada
rompe la casa en que vive.

Y, prevenida, Evandra en *El mayor desengaño* (I, 3), de Tirso, no admite como huésped a su pretendiente Bruno :

— ¿ Quieres que sea tu huésped ?
— No, Bruno ; que los engaños
temo que otro huésped hizo
a la viuda de Cartago.

Bruno, al narrar la negativa de su amada, vuelve a decir :

Y escarmientos del troyano
huésped de la amante Elisa
hoy su puerta me cerraron.

Por último, en *El burlador de Sevilla* el cruel ejemplo de Eneas surge de inmediato para acallar el reproche de hospitalidad mal agradecida (I) :

— ¡ Buen pago
a su hospedaje deseas !
— Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.

Presenciamos, como se ve, la formación de un mito — Eneas, huésped engañador — que, para Calderón, llega a autorizar en abstracto una aserción general : « Porque ser ingrato el huésped / es ya uso », declara Hianisbe en *Argenis y Poliarco* (II, 8), donde los detalles de pasar el hecho en la corte de la Reina de África, cuya hermana lleva el mismo nombre que la de Dido, aseguran la asociación con la *Eneida*¹. Exactamente como Calderón, ya Chaucer había extraído la enseñanza contenida en la historia de Dido burlada (*The Hous of Fame*, I, 265 y ss.) :

Lo, how a woman doth amys,
To love him that unknowen is !
.....
Al this seye I be Eneás
And Dido, and hir nyce lest,
That lovede al to sone a guest

Nada más instructivo que la nota de los traductores españoles de Ticknor (tomo III, pág. 494) : « Un poeta del tiempo de Felipe IV, el padre maestro Fray Tomás de Avellaneda² escribió un poema burlesco y en extremo gracioso, con el título de *Fábula de Dido y Eneas*, en el que ingirió trozos de antiguos romances y canciones, en todos los cuales se acusa a Eneas de

¹ Tales detalles, pero no ciertamente el aforismo sobre la condición moral del huésped, se encuentran ya en la novela de Barclay, dramatizada por Calderón, y son, sin duda, los que encaminaron la imaginación del poeta hacia el trillado mito.

² Parece ser el mismo que el maestro Juan de Avellaneda, de quien anota Aureliano Fernández Guerra en su edición de *Cuento de cuentos de Quevedo* (*Bib. Aut. Esp.*, Obras de Quevedo, tomo 2º, pág. 398,) : « la *Fábula de Dido y Eneas*, que el maestro Juan de Avellaneda, fraile jerónimo, escribió en Salamanca, año de 1639, en espinelas, entrando en cada una enteros cuatro versos de Góngora, Quevedo, Calderón o Lope. » Agapito Rey menciona a Juan de Avellaneda, en su citada edición de « Leomarte » (*Centro de Estudios Históricos*, Madrid, 1932, pág. 29), como autor de *Engañada Dido y triunfante Eneas*, poema inédito del siglo XVII, que se encuentra manuscrito en la Biblioteca Universitaria de Coímbra.

aleve y traidor. » Es claro que semejante concepción implica un falseo no menor que la concepción de Dido burlada, ya que, dentro de la arquitectura total de la *Eneida*, epopeya nacional, la aventura de Cartago es una perfidia de Juno para frustrar los destinos de Roma (IV, 105-106). En el episodio virgiliano Eneas no es engañador ni burlador. Virgilio lo ha representado realísticamente olvidado de sus deberes (IV, 221 y sigs.), con suficiente buen sentido para volver a asumirlos cuando se los señala la voz del mensajero de los dioses (IV, 281), o sea la de su propia conciencia; lo bastante sensible para dolerse del mal que va a causar y para reconocer implícitamente que el amor de Dido es de otra hondura que el suyo; lo bastante apocado para tratar de huir a escondidas; lo bastante humano (o demasiado humano) cuando, tras tanto conflicto entre deber, gusto, lástima y responsabilidad de la partida, duerme tan profundamente, mientras Dido vela enloquecida en la atalaya, que otra vez Mercurio ha de bajar expresamente del Olimpo para despertarle. A su normal indiferencia, así como al tormento de Dido, apunta el maravilloso símil de la cierva herida y del cazador que desde lejos, sin saberlo siquiera, le dejó enclavada la saeta (*Eneida*, IV, 69, 73).

La concepción de Eneas burlador viene, pues, a reforzar la de Dido burlada, cuya forma extrema, por la pasividad de objeto a que rebaja a la heroína, es la del romance 487 de Durán, que supone desmayada e inerte a la que en la *Eneida* domina tan soberanamente la indecisa personalidad de Eneas.

Disuena por lo hostil la loa anónima de la *Octava parte* de las *Comedias* de Lope, 1617, que funda en variedad de historias profanas y sagradas su estribillo *que hay muchas mujeres necias* :

Aportó Eneas a Cartago,
después de tantas tormentas
por la desdicha de Troya,
que fué abrasada y deshecha.
Y la favorable Dido,
remediando sus miserias,
le aposenta en sus palacios
con una y otra largueza.
Déjala burlada y vase,
y al mismo punto la Reina
se pone un áspid al pecho,
que hay muchas mujeres necias.

Es curiosa la confusión del autor que atribuye a Dido el fin de otra apasionada reina de África, Cleopatra, en quien la crítica moderna ha rastreado el probable modelo vivo de la heroína virgiliana. Insiste en señalar la bajeza de Eneas como seductor la *Comedia Serafina* de Torres Naharro (III), que termina con una enumeración de seducciones mitológicas un razona-

miento feminista trazado según las directivas conocidas: el eje de la justificación consiste en señalar que las mujeres son las víctimas, y que, si no pregonan la iniquidad masculina es, como no en vano lo glosó Ariosto, porque no se han dado a escribir :

De mujeres blasfemamos
los que malas las hacemos ;
un error suyo diremos,
y dos mil nuestros callamos.
Nosotros las engañamos
con palabras y argumentos,
y nunca estamos contentos
sino cuando las burlamos.
Pues vengamos a sentir
cuáles nos pornían ellas
si caso fuese que a ellas
fuese dado el escribir.
Que si quisiesen seguir
nuestras maneras y talles
podría el tiempo faltalles
y no de nos qué decir.
¿ Quién se burló de Medea ?
¿ Quién rompió a Filis la fe ?
¿ Quién dejó a Penelopé ?
¿ Quién faltó a Dido Penea ?...⁴

Con enumeración más abundante e idéntico modo de pensar, el *Perqué de amores hecho por Juan del Encina* requestando a una gentil mujer, apunta una vez más a la conducta vituperable de Eneas :

— Pues ¿ por qué Cornelia y Graco
no quitan vuestra esquivaza ?
— Porque sé cuán gran vileza
hizo Eneas contra Dido.

⁴ Penea, lat. *Peneia*, es el patronímico de Dafne, la ninfa hija del río Peneo de Tesalia; *Metamorph.*, I, 452: *Primus amor Phoebi Daphne Peneia*; en castellano, Santillana en el soneto citado: « Nin fizo Dido, nin Damne Penea; en *El triumphete de amor*, 17: « Braçayda, Damne Penea. » etc. Pero ya en Mena, *La coronación*, 49, leemos: « Según a Dido Penea / con aquel hijo de Anquises. » Es evidente que Mena equipara Penea a lat. *Poena* 'púnica', con la libertad para formar y deformar sufixos y nombres propios, peculiar de la lengua literaria de su época; cf. *Laberinto*, 37: « Mediterraneo, Jordano »; 93: Enteles < lat. *Entellus*; 120: Filiris < lat. *Philyrides*; y los casos que notó Juan del Encina en el capítulo VIII de su *Arte de poesía castellana*: Agenores por Agenórides, Cadino por Cadmo y lagos metroes por meótides; Santillana, *El infierno de los enamorados*, 55: Lino por Linceo; *Proverbios*, 53: « Atenesas, argianas », por atenienses, argivas. La popularidad de Mena explica la presencia del patronímico Penea junto a Dido todavía en los versos de Torres Naharro

En este mismo empleo de ejemplo vitando pasa el recuerdo de Dido ante Hortensia (en *El soldado Píndaro* de Céspedes y Meneses, VIII), cuando escribe a su galán que la asedia con joyas y conceptos: «...considero que, habiendo de irte tarde o temprano desta tierra, ni tú me has de querer llevar contigo, ni yo entonces sin ti he de poder vivir ausente. No es de despreciar este miedo, ni el grande que me aumenta ver a Dido burlada por Eneas, a Medea por Jasón, y por Teseo a Ariadna». Análogamente la reina de las amazonas en *Las mujeres sin hombres* (III), de Lope, al conocer su deshonor y prometer en su descargo que no le faltará la espada letal de Dido, agrega:

que no quedo menos yo
burlada y enamorada.

La concepción española vulgar acentúa la comicidad de la primera queja que Altisidora confía a su amiga Emerencia (II, 44), y en la que Don Quijote recibe el dictado de «este nuevo Eneas que ha llegado a mis regiones [término que evoca a la soberana fundadora de Cartago, pero que resulta graciosamente desmesurado en la doncella de la Duquesa] para dejarme escarnida.» Y aun cuando en el momento de la despedida la despechada Altisidora reduce sus cargos al fugitivo Eneas al robo de tres gorros y unas ligas, el romance insinúa la concepción vulgar de Dido con el equívoco:

Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella...

DIDO, REINA Y FUNDADORA. — Con la nueva valoración de la vida que trae el Renacimiento, queda invertido el puesto de lo que, para Philippe de Novare, era mérito único y suficiente de las mujeres. Nada más alejado de su actitud que el modo con que en *La perfecta casada* (3), Luis de León explica por qué el Espíritu Santo en el capítulo de la mujer fuerte no trata de la virtud de castidad: «Y como en el hombre ser dotado de entendimiento y razón no pone en él loa, porque tenerlo es su propia naturaleza, mas, si le faltase por caso, el faltarle pondría en él mengua grandísima; así la mujer no es tan loable por ser honesta cuanto es torpe y abominable si no lo es.» Ya para Boccaccio y, por supuesto, para Bernat Metge tan aferrado a él, Dido no es sólo el trivial dechado de casta viudez. En su propia persona el autor de *Lo somni* (IV), replica al difamador Tirecias, con larga lista de méritos femeninos, entre los cuales recuerda: *No pots dir que en Asia donas no hagen hedificades ciutats notables, e que gran part de Asia e de Europa no sia stade subjugada per ellas. Lo imperi de Cartage per virtut de aquella vidua Dido fo fundat.* La dama palaciega que, pareja al perfecto cortesano, fingían los atildados personajes de Castiglione no podía contentarse con el zafio ideal de los moralistas del siglo XIII; Erasmo había abogado ya empeñosamente por la instrucción, y no sólo elemental, de las mujeres, por ejem-

plo en el Diálogo entre el abad y la erudita. La defensa femenina toma a manos llenas, como ya se ha visto, la teoría y el ejemplo de las obras de Plutarco, y acoge gustosamente las nutridas listas de mujeres eminentes por los más variados méritos. A ello se agrega la intervención de la mujer renacentista en la vida de la acción y del entendimiento, que alcanza su máximo brillo en la reina Isabel la Católica, elogiada por el mismo Castiglione, y en la poetisa Vittoria Colonna, en quien Ariosto ve terminada la oscura abyección de las mujeres (*Orlando furioso*, XXXVII, 14 y sigs.). Otro tema en boga, la lista de inventores, tan popular en la literatura española de los siglos XVI y XVII, por las numerosas mujeres que incluye, da testimonio de un ideal femenino más rico. Entonces se ensalza en Dido su actividad de soberana y de fundadora, y por un momento la espléndida presentación del libro I de la *Eneida*, en que la reina dirige los trabajos de la ciudad, administra justicia, recibe a los extranjeros, equilibra la de su pasión en el libro IV. Su recuerdo aparece en el *Arauco domado* (I, 33), cuando Oña pinta la agitación de Lima a la partida de don García Hurtado de Mendoza para Chile:

En esa gran ciudad que Dido funda
para su albergue y último recurso,
no suena tal estrépito y concurso,
tal trápala, tropel y baraúnda.

y, transfigurado con perfección poética, muy por encima del balbuceo de Oña, en el pasaje de las *Soledades* (II, 283), que pinta la actividad de la colmena:

Cóncavo frexno...
verde era pompa de un vallete oculto,
cuando frondoso alcázar no, de aquélla
que sin corona vuela y sin espada,
susurrante amazona, Dido alada;
de ejército más casto, de más bella
república, ceñida, en vez de muros,
de cortezas; en esta, pues, Cartago
reina la abeja, oro brillando vago.

En verdad, Góngora devuelve a su ambiente natural la imagen de la colmena que el poeta de las *Geórgicas* había prestado al de la *Eneida* (I, 430-436) para evocar el bullicio de la naciente Cartago. Pero en la importancia que cobra en los versos de las *Soledades* la abeja, «susurrante amazona, Dido alada» (individualmente realizada, mientras Virgilio, en plural, habla de la comunidad que ejecuta las diversas faenas), se palpa el hondo influjo del episodio de amor de la *Eneida*.

Ya en el elogio de don Álvaro de Luna aflora la admiración ante su fortaleza («aquestas dos nobles virtudes que en aquesta resplandescieron, conviene a saber, castidad e fortaleza...»), y en la *Égloga de Fileno, Zambardo*

e *Cardonio*, de Juan del Encina, luego que el primero ha declamado largamente contra las mujeres, Cardonio recita su lista de las mujeres célebres de la antigüedad — Marcia, Lucrecia, Penélope, Dido — a la que agrega :

y tantos millares de santas que ha habido,
que unas por *castas* y otras por *fuertes*
sufrieron afrentas tormentos y muertes.

Torres Naharro recuerda a Dido al caracterizar la curiosa figura señorial que pinta en la *Comedia Jacinta* (I), comparándola con las mujeres antiguas y modernas, célebres por sus hazañas, desde Semíramis hasta Juana de Arco e Isabel la Católica :

Es dueña tan acabada
que bondad no le fallece,
y en sus cosas me parece
Semíramis la nombrada,
segunda Dido africana,
Pantasilea estimada
y amazona muy lozana,
la Poncela que de gana
con ingleses fue cruel,
la muy famosa Isabel,
nuestra reina castellana.

También Lope, en *El piadoso aragonés*, II (ed. BAE, tomo 10, pág. 267), elogia a Isabel la Católica como

la moza más gallarda
de más ingenio y más brío
que esta edad ni la pasada
vieron jamás en el mundo,
aunque entren Dido y Cleopatra.

El hecho de comparar a Isabel la Católica con Cleopatra revela que el *tertium comparationis* es exclusivamente su talento y actividad de soberana. El mismo encarecimiento aparece en la respuesta de la condesa viuda (Tirso, *El castigo del penseque*, I, 14) a su pretendiente que, como otro Yarbás, la sitia por las armas :

Porque sepa el Conde necio
que si en la constancia imito
a la viuda de Siqueo,
en fortaleza la igualo.

Pero el mito de Dido, como *dux femina facti*, es una nota rara frente a su arraigo como dechado de castidad o de firmeza en amores, y ello se explica por la mentalidad española : no ya en los tiempos de Lope y Calderón,

sino en los primeros decenios del Siglo de Oro, ricos de iniciativas originales, en pleno hervor erasmista, la voz más ilustre de España es, en este punto, una voz de retroceso. Juan Luis Vives, que tanto se ocupó de educación de mujeres estampa en la *Institutio christianae feminae*, I (J. L. Vivis Opera, Basilea, 1555, tomo 2, pág. 674) :

Ante omnia sciet [scil. virgo] castitatem esse principem feminae virtutem, et quae una instar sit reliquarum omnium. Si haec adsit, nemo requirit alias ; si absit, nemo respicit alias.

Recomienda por ello Vives el ejemplo de las mujeres de la Historia Sagrada y transcribe palabra por palabra los ejemplos de mujeres castas del paganismo según el tratado de San Jerónimo *Contra Joviniano*. Más significativo aún, si cabe, de este retroceso de Vives es que en el capítulo siguiente (pág. 677) se adhiere al famoso dicho de Tucídides contra el cual, justamente, había escrito Plutarco su obra *Virtudes de las mujeres*. En lo negativo como en lo positivo, lo que en definitiva se sobrepone en España es el modo medieval.

LA DEFENSA DE DIDO COMO TEMA LITERARIO ESPAÑOL. — En el resto de Europa la reivindicación de Dido cesa con el Renacimiento. Ante todo, porque el Renacimiento trae una mejor comprensión de lo poético, y lo eleva a un plano propio ; luego, porque la crítica moderna, nacida en ese momento, ya no equipara a Virgilio con Justino, aunque ambos hayan escrito en la misma lengua sabia ; porque, en fin, pierde ascendente el ascetismo eclesiástico, con lo cual, por ejemplo, se modifica la jerarquía de la castidad entre las virtudes femeninas. Prueba de ello es que las tragedias italianas que ponen en escena a Dido (*Dido in Cartagine* de Alessandro Pazzi de' Medici, 1524 ; *Didone* de Lodovico Dolce, 1547 ; *Didone* de Giraldo Cinthio, 1583), como más tarde el afortunado melodrama de Metastasio, adoptan como obvio tema central los amores de Dido y Eneas. Y lo mismo en Francia ¹ las tragedias de Jodelle, Hardy y Scudéry, como, al parecer, las *Didos* perdidas de Jacques de la Taille, Guillaume Le Breton y Guillaume de la Grange dramatizan la historia virgiliana. *La vraye Didon ou la Didon chaste* de François le Metel de Boisrobert (1641 ó 1643), que deriva de la versión de Justino, es una excepción que antes confirma que invalida la regla (el adjetivo *vraye* indica la intención polémica de oponerse a la única tradición entonces reinante en Francia), pues su singularidad se debe a que, desterrado de la corte por cierta ligereza, el poeta quiso ganar su admisión con la proeza poético-moral de volver por la honra de una heroína secularmente calumniada y, forzado a abrazar la versión « histórica », toma como mode-

¹ Véase CORTLAND EYER, *Boisrobert's La Vraye Didon ou la Didon Chaste*, en *RRQ*, 1941, XXXII, págs. 329-338.

los principales no a Virgilio ni a Ovidio, ni siquiera al mismo Justino, sino a dos tragedias españolas, la *Elisa Dido*, de Cristóbal de Virués, y *La honra de Dido restaurada*, de Gabriel Lobo Lasso de la Vega. En la Edad Moderna, la defensa de Dido es, pues, un tema privativo de la literatura española.

Los autores españoles no se contentan con insistir en la versión no virgiliana de la heroína virgiliana, traduciendo e imitando los epigramas alusivos de « Ausonio », condenando la falta de veracidad de la *Eneida*, recordando la « verdadera historia » de Justino, ensalzando su virtud, exaltada por los Padres de la Iglesia, al punto de convertirla en ilustración proverbial de la calumnia ineluctable (« Digan, que de Dido dijeron », exclama resignada la Pícara Justina)¹. Llegan a constituir un verdadero género, asiduamente cultivado, que denuncia entre sarcasmos un ingenio tan poco solidario con su generación como Esteban Manuel de Villegas cuando, en sus instrucciones literarias a un mozo de mulas, (*Las eróticas o amatorias*, II, 8: « Así, Bartolomé, cuando camines... »), remite su discípulo a las Academias patrocinadas por linajudos señores:

Allí te informarán si Dido es casta
ingenios que a Marón ponen de lodo,
después de atravesarlo con el asta.

El efecto: en la sesión del 7 de octubre de 1592, debatía el tema la famosa academia valenciana de los Nocturnos, a la que pertenecieron Tárrega, Aguilar, Guillén de Castro, Rey de Artieda y otros. Uno de sus miembros, Temeridad, leyó un *Soneto a la reina Dido furiosa por la ausencia de Eneas*, y otro, Soledad, leyó en respuesta un *Soneto defendiéndola, y a Virgilio*². A principios del mismo año, la academia matritense de los Humildes dirigía al poeta Diego Maldonado unas coplas, acompañadas de declaraciones burlescas donde leemos:

El que columpiaba el cesto [esto es, Virgilio, por alusión a la difundida leyenda medieval que contaron en España Juan Ruiz y el Arcipreste de Talavera] — Éste fué un Lombardo, de quien se escribe que alabó sin para qué al padre Eneas... por el testimonio que levantó a la otra Reina de Berbería que se mató de necia, estuvo colgado en un cesto, sin que le valiese cuanta hechizería sabía.

¹ *Bib. Aut. Esp., Novelistas posteriores a Cervantes*, tomo 2, pág. 95b, al final de la primera parte. Las palabras de la Pícara parecen una expresiva variante de la forma normal del dicho, « Digan, que de Dios dijeron », que aparece al final de la misma obra (*ibidem*, pág. 165a) y figura también en el *Quijote*, I, 25 y en el *Vocabulario de refranes* del maestro Correas.

² HENRI MERIMÉE, *L'art dramatique à Valencia*, Toulouse, 1913, pág. 577.

El académico Balordo, autor de estas declaraciones, vuelve a ocuparse de Dido cuando a propósito de otra copla que finge disculpar a Diego Maldonado, observa con ruda mordacidad:

Esta desculpa, i la defensa que hizo a la honrra de Dido el señor don Alonso de Ercilla, son bien frías i sin propósito. Porque don Diego se pasara sin ésta i la otra media copla antecedente, i Dido llevara antes en paciencia ser bagassa de Eneas en las obras de Virgilio que muger de bien en la *Araucana*¹.

La literatura española moderna mantiene más vigorosa que nunca la defensa medieval de Dido porque, alejada del « arte por el arte », firmemente asentada en la vida y en el hacer, forastera en el mundo de la meditación pura, juzga la delicada convención artística con el canon de lo moral y de lo vital, carea a Virgilio con Justino y lo encuentra culpable. No es fácil sin duda precisar la causa última de tal actitud, observable ya, como se ha visto, en Séneca y en los poetas latino-españoles; pero, si no su causa, la circunstancia que peculiarmente ha determinado esta actitud española es la que magistralmente señaló Lope en la escena de *Porfiar hasta morir* en que el rey Enrique III, en diálogo con el Maestre de Santiago, comenta los versos de Macías. Observa el Rey que la lozanía de la poesía castellana se debe al culto del español por la mujer — siempre hay algo de quijotesco en el empeño con que poetas y prosistas vuelven por la honra de la « agraviada » Dido — y después de leer los supuestos versos de Macías² y comentar sus amores, concluye sentenciosamente (II, 10):

Si el moro no lo estorbara
grandes ingenios hubiera.

Con seguro acierto señalaba Lope desde la escena a su pueblo la circunstancia que negativamente había marcado su destino, al mantener alerta, en urgencia de acción, los talentos que sólo prosperan en el ocio de la paz. Es justamente el cantor de la hora imperial de España, don Luis Zapata, pane-

¹ LUCAS DE TORRE, *De la Academia de los Humildes de Villamanta*, en *BAE* II (1915), págs. 215 y 216.

² En rigor, los versos que a Macías dedica Juan de Mena en el *Laberinto*, 106, « Amores me dieron corona de amores... », más una dirección — dedicatoria, diríamos hoy — en que Lope imita muy felizmente la copla inicial del mismo *Laberinto*:

Al muy poderoso señor de Castilla,
al gran descendiente del magno Pelayo,
de España corona, del África rayo,
de moros alarbes sangrienta cuchilla,
a quien obedezcan Granada y Sevilla,
como en el tiempo que fué de los godos,
Macías ofrece sus versos, y todos
al pie soberano los postra y humilla.

girista de Carlos V, quien como de bulto ostenta, para mayor paradoja, los rasgos medievales del alma española, ante todo su carencia absoluta del sentido del « arte por el arte ». Zapata, que compone los cincuenta cantos de su *Carlo famoso* narrando año por año la vida del Emperador desde 1522, con tan ingenuo respeto por la verdad que se refugia en la tipografía y marca con comillas la parte de invención para separarla de lo rigurosamente histórico, no pierde ocasión en su *Miscelánea* de dar a conocer sus miras poéticas y críticas, particularmente en el inapreciable capítulo titulado *De algunos yerros poéticos*, donde cada crítica es un reproche a una excelsa creación artística, amagado desde un punto de vista tan lejano del que presidió a su creación, que, por su dura incongruencia, mueve a risa.

Zapata conoce de veras a los poetas latinos e italianos, y a Homero sólo de oídas: salvo excepciones, que por su escasez confirman la regla general, tal situación es la característica del mundo de las letras españolas, muy poco helenista. Zapata ha oído decir, pues, que

Homero debe en palabras y versos de tener gran melodía, pues de toda la antigüedad y de Alexandre fué tan alabado; más de las cosas, según vuelto en latín y en español le leemos, ninguna hay que admirar; y como todos los poemas consten de palabras y de cosas, las cosas son en todos los que escriben de más sustancia: que las palabras a charlatanería tiran muchas veces, y papagayos, tordos y picaças, aunque lo que dicen no lo entienden, hablan. Porque bobería es grande decir: « fulano tiene lindo latín o lindo griego »; eso muy poca loa es, porque del tal es su propia lengua materna, en la que lo alaba. »⁴.

Las cosas, pues, no la « gran melodía » de la lengua son base exclusiva para el juicio poético, según el autor de los cuarenta mil y pico de endecasílabos que constituyen el *Carlo famoso*; por eso, dictamina con ortodoxia española:

⁴ Obsérvese la identidad, hasta en el chiste, entre el renacentista Zapata y el medieval Fernán Pérez de Guzmán (*Coplas de vicios e virtudes*, 127 y 128):

Si el seso estoviese en mucho fablar,
los tordos serían discretos llamados:
nin haun está, digo, en bien razonar,
que muchos livianos vi bien razonados;
pues a los que plaze el seso fallar
non curen de flores nin versos ornados,
miren a las obras, dexen el chirrlar
a los papagayos del Nilo criados.

Non dixo el apóstol: « Sed bien fabladores,
seguid la rethórica de Quintiliano »;
mas dixo: « Cautissimí stote factores,
non imitatores », que es acto liviano:
mejor es ser catho que virgiliano;
la vida del vno nos edificó,
mas es delectable que fructificó
el fermoso estilo del gran mantuano.

Dante es tan pesado que jamás pude leer una hoja entera de él, y demás de eso la materia es del Paraíso y del Purgatorio y del Infierno, en lo que no es bien que nadie se entrometa, sino dejarlo a Aquél cuyo es el todo. Petrarca es admirable en su lengua, mas en esto erró en extremo, que con la Silla apostólica no se llevaba bien.

Ariosto, « admirable y no asaz alabado poeta », también pecó, entre otros casos, al presentar a un caballero que endereza la lanza al costado derecho de su enemigo:

Los que justan nunca encuentran el lado derecho, sino el izquierdo, y esto no es cosa superflua; está obligado a saberlo un caballero.

Cabalmente, crítica de caballero, de caballero andante, es la que opone Zapata a la *Eneida*; censura por ejemplo, que a la primera vista de los embajadores de Eneas, Latino ofrezca su hija al advenedizo, y no menos le indigna

un indecoro en el sexto libro, grandísimo. Viendo Eneas a su padre en el infierno, dice que tres veces rodeó a echar sobre el cuello a su padre Anchises los brazos; eso a un esclavo, a un hijo, a un vasallo o a un criado se había con tanta indecencia de abrazar, y a su padre echándosele a le besar los pies y no a rodearle el cuello con los brazos, que las mentiras se han de decir con la decencia que si fuera verdad.

Con tanto más escándalo reprenderá Zapata a Virgilio su delito de lesa historia y de lesa moral en el libro IV de la *Eneida*. Después de recapitular las censuras puramente literarias de Favorino, trasmitidas por Aulo Gelio, añade:

Y San Gerónimo le reprehende otra cosa con mayor causa: que fué hacer mala a la castísima reina Dido, que Dido fué antes que Eneas trescientos años, porque Cartago fué fundada antes del advenimiento de Nuestro Señor mil y treinta y siete años, y Roma después, antes del setecientos y treinta y siete, en lo que a Eneas no dió tampoco mucha honra Virgilio con hacerle burlador y engañador de una mujer y falto de su palabras; en lo que, quitada la autoridad del santo doctor aparte, y aunque él no lo reprehendiera con el gran cargo de conciencia de tal infamia y cargo de gran conciencia, tal revolución y confusión de tiempos se pudiera excusar *quia poterat duci caena sine istis*, y no fuera su alta y excelente obra menos clara.

No sólo el cómico reproche sino también la interpretación es típica del « caballero », pues atribuye a San Jerónimo quien, por supuesto, nada reprende a Virgilio, el elogio de la castidad de Dido en el sentido de una rectificación histórica de la *Eneida*. No es de extrañar, pues, que la « verdadera historia » de Dido, que en la Edad Media española, desde Alfonso el Sabio hasta Álvaro de Luna, es narración, se convierta a partir del Renaci-

miento en reivindicación que reúne varios modos decisivos del pensamiento español: preferencia por la verdad histórica sobre la poética; actitud de rechazo, movida por la calumnia de Virgilio, ante la ficción de la poesía; apelación a la autoridad eclesiástica, respaldada en la incansable repetición del retruécano de Tertuliano *maluit uri quam nubere*.

Donde primero surge la formulación completa de este planteo es en la literatura catalana, cuyo desarrollo precede en el tiempo al de la de Castilla y, al parecer, en la anónima novela *Curial e Guelfa*, que cabalga deliciosamente entre el mundo de Amadís y el del Renacimiento italiano, y en cuya gracia inmadura se funde el artificio trovadoresco con una clara vitalidad y goce artístico. Simbólicamente, el gentil protagonista se aleja de Jerusalén, donde ha departido con un antiguo rival, ascéticamente reformado, y navega por las risueñas aguas de la fábula grecorromana hasta llegar a un Parnaso bonito y tieso, como los cuadros mitológicos de Botticelli. Curial, sentado en las gradas del Templo de Delfos, ve en sueños a las nueve musas que le eligen por árbitro entre Homero, *per la boca del qual se dix tot ço que dir se podia per la lengua grega*, y sus detractores, Dites (= Dictis) y Dares, que le acusan de que *ab l'altesa d'aquell sublime e marvellós estil amulceix los coratges dels hòmens letrats e despuis, per consegüent, dels oydors, en tant que ls fa creure moltes coses que no les hach Achilles, ne passaren axí com ell escriu, d'on la excellència d'aquell incomparable Hèctor perdia fama e renom*.

Tal como en la miscelánea de Zapata, aparece ya el contraste (claramente expresivo de la valoración del autor) entre el mérito de la lengua y el de decir la verdad. Pero el autor de *Curial e Guelfa* no quiere dejar dudas. Apolo mismo es quien retiene a Dictis y Dares y condena sin ambages a Homero, que, reprehensiblemente, usó el don de poesía conferido por Apolo para escribir mentiras que, disimuladas por su maravilloso estilo, pasan ahora por verdades. A continuación viene el más sabido y lamentable ejemplo de ese proceder:

Axò mateix ha fet Virgili, gran ans molt major de tots los poetes latins, qui, axí com tu [Homero], ha cercades e poetant escrite coses tenyides de color de mentira, dient, entre les altres, Dido reyna de Cartago, ésser-se morta per Eneas, la qual cosa no fonch ni és veritat, car Eneas nulls temps viu Dido, ne Dido Eneas, car del un al altre hach prop de trecents anys. E aquella viuda púdica continent e honesta, no rompé la fe a les cendres de Siqueo, son marit, ans com Jarba, rey dels musicans, a força la volgués per muller, e per aquesta rahó molt la gurrejàs e quasi la terra li destruí, veent la noble reyna que en altra manera libertat no podía aconseguir, voluntàriament se matà ans que no consentí les sues carns contra la sua voluntat ésser per mans de homs estrany tractades. Aquesta no. m par trencàs la fe a son marit, ja molts dies havia mort, ans per servir-la, morí; e axí ho scrivi Sant Jerónim, qui non erra, en una sua «Epistola ad Iovinianum». Bo és poetar; mas, contra veritat escriure, no. m par sie loor. (Libre III.)

Vemos presentes cada uno de los elementos estudiados que contribuyeron a arraigar la defensa de Dido en el alma española. En cuanto a Justino, no nombrado, su presencia puede colegirse por un curioso detalle. Curial, al ver a Héctor en sueños, siente tanto miedo

que si Honorada, sa mare, fos stada present, dins lo seu ventre, si pogués, o almenys davall les sues faldes, vergonyosamente fugint, esglayat, se fóra amagat de por.

Pues bien: éste es el gesto con que, en Justino (I, 6), las mujeres persas detienen la fuga de los suyos; de las *Historias filípicas* el incidente pasó a diversas obras de la literatura europea, al *Livre de la cité des dames* de Christine de Pisan (adjudicado a cierta Lillie, madre del valiente caballero Thierry), al romance «En la provincia de Media» de Lorenzo de Sepúlveda (Durán, 492), a la *Elegía XI* de Camoens:

*Fugindo os Persas vão com frio espanto,
mas acham as mulheres no caminho,
mostrando-lhes o ventre, em terror tanto.
Pois do dano fugis, vendo-o vizinho,
fracos! vinde a esconder-vos (lhes diziam)
outra vez no materno e escuro ninho!*

Y al mismo gesto alude decorosamente Lope por boca de Ciro, que increpa a sus soldados con estas palabras (*Contra valor no hay desdicha*, III, 16):

Vivo estoy: ¿qué os descompone?
Las mujeres os infaman
con afrentosas razones.
¿Quién hay que oiga sus afrentas
y a la batalla no torne?

Sin un argumento más, la defensa se repite en el Siglo de Oro acentuando ya el problema propiamente literario de poesía y verdad, ya el moral, que reprueba el cargo calumnioso contra la honra de una mujer agraviada. El primero, claramente planteado ya en el citado epigrama de la *Antología griega* (XVI, 151), es el que inspira a Herrera su hermoso soneto en donde, mantenida todavía la alocución en primera persona, propia del epigrama votivo, Dido se lamenta de que, a la derrota de Cartago, los romanos hayan agregado por boca de Virgilio la calumnia a su reina:

No bastó el daño, al fin, y estrago fiero
del fuerte muro y del sidonio techo
y el cuello haber traído al yugo estrecho
de quien domó al Tesín y al grande Ibero;
sino a un infame dárdano extranjero,
a quien ¡oh Roma! padre tuyo has hecho,

decir que di rendido el limpio pecho
y pagué al impio amor injusto fuero.
¿ Tanto pudo la envidia ? ¿ Pudo tanto
la musa de Virgilio mentirosa,
que osó manchar mi nombre esclarecido ?
Mas la verdad, mayor que su alto canto,
dirá que menos casta y generosa
Lucrecia fué que la fenisa Dido.

En el mismo espíritu y con alusión al poeta cuyo planteo siguen fielmente los autores del Siglo de Oro, enumera Lope en la descripción del palacio del Engaño (*Isidro*, VII) jugando elegantemente con el tema medieval de la mansión alegórica :

Estaba Ovidio y Sidonio,
Virgilio, en Mantua nacido,
con los amores de Dido,
de que dió disculpa Ausonio ¹.

El caso más significativo de la defensa de Dido, engarzada en el problema de los fueros de la poesía y la verdad, es el bello soneto en celebración del drama de Guillén de Castro, *Dido y Eneas*, que Lope incluyó en su dedicatoria de *Las almenas de Toro*, dirigida al dramaturgo valenciano :

Fenisa Dido que en el mar sidonio
las rocas excediste conquistada,
y en limpia castidad jamás violada
conservaste la fe del matrimonio :
perdona el atrevido testimonio,
no por ser de Virgilio celebrada,
mas porque ya de don Guillén honrada
rompe su enojo y su epigrama Ausonio.
La diosa que en la mar nació de espuma
adore por sus versos tu belleza,
pues te levantan a grandeza suma ;
rinde a su dulce ingenio tu aspereza,
que más gana tu fama con su pluma
que pierde en ser burlada tu firmeza.

¹ La satisfacción en el planteo de « Ausonio » se manifiesta también en varias explicaciones eruditas de Lope, por ejemplo en la siguiente nota, que forma parte del pintoresco índice de *La Arcadia* : « Dido... fundó a Cartago, donde oprimida con guerra de Iarbas, rey de Getulia, que pretendía casarse con ella, se mató con sus manos por no ofender las primeras bodas ; que lo que Virgilio escribe de Eneas contra su castidad, ya es notorio a todos que es fabuloso, en cuya defensa hay un elegante y docto epigrama del poeta Ausonio. » Más sucintamente observa en el prólogo de *La Circe* que su héroe « mayor disculpa tiene que la que puede dar la poesía al príncipe de los poetas latinos, haciendo a Elisa Dido tan deshonesto, habiendo sido mujer tan casta, como reprehende Ausonio. »

El toque de la retórica exhortación a Dido para que admita la bella calumnia de don Guillén de Castro es que Lope asienta como verdad incontestable la castidad de la heroína : lo demás es amable hipérbole, intercambio de cortesías entre el campeón del teatro castellano y el mejor de sus discípulos de Valencia.

Ejemplo característico del planteo marcadamente moral es la defensa de Dido que emprendió Gonzalo Fernández de Oviedo en sus *Quinquagenas*, singular espécimen de historia universal ensamblada por pura asociación de ideas, que el viejo conquistador databa en Santo Domingo, 10 de enero de 1555, « de mi propia e cansada mano ». En la Estanza XXIX leemos las siguientes « segundas rimas » ¹ :

Y los que culpan a Dido,
inorando su historia,
traen turbia la memoria
en creer al mantuano,

a los cuales sigue este comentario :

Gran pena merescen los que contra la verdad escriuen, e truecan las verdaderas historias a fábulas e mentiras. *Que Virgilio no dixo verdad en lo que escriuió de Dido*. Este cargo de infamia, puesta contra la casta Elisa Dido, es la culpa de Virgilio, poeta mantuano que, como fué gentil e no christiano, cupo en su conçiencia esse falso testimonio... Y él infamó esta muger, pues dize que se enamoró de Eneas, lo qual es falso, como Francisco Petrea lo dize en estos versos : *Poi vidi fra le donne peregrine / quella che per lo suo dilecto e fido / sposo, non per Enea, vuol se ir al fine : / Taccia il volgo ignorante : i' dico Dido, / cui studio d'honestade a morte spinse, / non vano amor com'el (sic) publico grido...* Así que Eneas nunca la vido, ni se pudieron ver, porque ni fueron en vn tiempo, ni se conosçieron. En fin esto fué fiçión e mentira de Virgilio, como es pública boz e fama. Ella murió por amor de Sicheo, su esposo, no queriendo ser muger de Yarba, rey de los massitanos, y por su propia honestidad no se quiso conceder por esposa al segundo marido, e ella misma quiso más darse la muerte. Auéys entendido, lector, cómo los que ynoran la castidad de Dido traen turbada la memoria en creer al mantuano Virgilio...

Las primeras palabras del comentario revelan que, para el alcaide de Santo Domingo, la versión de la *Eneida* cae bajo la rúbrica de « verdadera historia trocada a fábula e mentira ». Si Virgilio, excelso varón, pudo levantar semejante calumnia, ello se explica por su básica imperfección moral, como

¹ El título de *Quinquagenas* se debe a que las tres partes de que se compone la obra tienen cada una cincuenta estanzas, cada una de las cuales comprende a su vez cincuenta versos. A la forma métrica empleada (octosílabos pareados) bautiza su autor con el nombre de « segunda rima » por analogía con la *terza rima* italiana.

« gentil e no christiano ». El barniz científico de la argumentación es mínimo: apenas una alusión a la imposibilidad cronológica en estas páginas de Oviedo, tan aficionado a cotejar la narración pintoresca de Justino con los hechos que sus ojos aprendían en América. El verdadero argumento es la « pública boz e fama », es decir, la apología de Dido repetida una y otra vez desde los tiempos medios. Al final, un reproche de adulación, enderezado a Virgilio en términos expresivamente familiares¹, enlaza esta defensa de Dido, escrita en el primer reducto de civilización española en América, con la defensa incluida en el famoso poema de la conquista araucana.

Lógicamente subrayan el aspecto moral del caso los que hacen de Dido calumniada un ejemplo para la defensa feminista, como se ha visto ya en Juan Rodríguez de la Cámara, Juan de Espinosa y Antonio de Torquemada. Y el teatro, sede específica del problema del honor, impone semejante cariz aun en los autores que más poseían el afán de alejarse del módulo vulgar. Así lo prueba la *Tragedia de Elisa Dido*, que compuso alrededor de 1580 el esfuerzo clasicista del capitán Cristóbal de Virués, muestra rara en las letras españolas de un poeta que no improvisa al calor de su facilidad y del aplauso popular. Virués, artista teorizador y reflexivo, ejecuta conscientemente lo que se ha propuesto ejecutar, y con orgullo puede prevenir al « discreto lector »:

La última tragedia de Dido va escrita toda por el estilo de griegos y latinos, con cuidado y estudio.

Los reparos anotados contra el primero de los dramaturgos valencianos se han formulado, precisamente, pensando en una forma dramática de la cual se apartaba Virués deliberadamente, ya sea la falta de acción (Moratín), ya la falta de conflicto sentimental (Henri Mérimée). En verdad, y ambos críticos no dejan de reconocerlo, Virués, con su elevado sentido de la imitación de veras clásica, no la del teatro senequista, se abstiene de excitar la impaciencia del auditorio con la tensión de una intriga, y desarrolla un caso conocido, con movimiento majestuosamente lento, propicio al escenario único y grandioso. De ahí que el drama se recorte en situaciones dadas, otros tantos resultados de acciones acontecidas fuera de la escena misma, que a su vez sirven de marco a la narración retrospectiva destinada a relatar todo lo que en la historia de Dido es agitada peripecia. Por esa misma aspiración al efecto monumental del arte antiguo, Virués acentúa el

¹ Después de hablar de la sepultura de Virgilio, Oviedo resume en estos términos su diatriba: « Así que a este poeta es en poco cargo Elisa Dido, pues ella fué casta e famosa muger, como tengo dicho; e Eneas no se lo agradesció a Virgilio, ni tampoco Octauiano Augusto emperador, al qual ese poeta lagoteaua. »

paso lento de su obra con la participación del coro, no como mero ornamento lírico — aunque es notable la belleza de su pura lírica — sino como voz moral y hasta como persona del diálogo. El crítico moderno puede percibir solamente la « estratagema política » en que se debate Dido para asegurar la existencia de Cartago, sin hallar verdadero conflicto trágico; pero sin duda el dilema de la Reina entre salvar a su ciudad y mantener su propósito de viudez — conflicto bien clásico entre el deber del individuo y el deber social —, que desde la Edad Media se venía contraponiendo a la angustia amorosa de la *Eneida* como la verdad histórica a la ficción poética, como ejemplar castidad a calumnia arbitraria, constituía motivación sentimental harto suficiente para los contemporáneos de Virués. De que Virués, clasicista, prefiriera la Dido de Justino a la de Virgilio, no sólo se infiere la difusión extraordinaria de la defensa de Dido, sino también la austeridad de su sentido de la tragedia antigua: a la tragedia de solo amor de la *Eneida*, al conflicto pasional del arte alejandrino, Virués prefiere, y acierta al preferirlo, el conflicto moral del arte ateniense.

La tragedia destaca singularmente la personalidad de su protagonista: asediada por Yarbas, envuelta en la red de amorosas pretensiones de sus propios capitanes, poco es lo que dice y hace a lo largo de los cinco actos. No por eso deja de dominar la escena, pues todo gira en torno suyo, y bastan tres apariciones para fijar el diseño de la tragedia: la primera cuando, al abrirse la escena, Dido asiente a las bodas que le propone Yarbas, para evitar la conquista de la ciudad; la segunda cuando, contradictoriamente, asegura a su confidente Ismeria su fidelidad a Siqueo (acto III), y alude a la secreta solución del conflicto, revelada en el acto final, en que Dido aparece muerta sobre el altar con el pecho traspasado por la espada que le ha enviado en presente Yarbas, y éste, en caballeresco homenaje a la Reina, asume desinteresadamente la protección de Cartago. Precisamente por ser tan deliberada en Virués la intención de alejarse de la forma y del tono sentimental del arte popular, vale la pena recapitular su involuntaria deuda con Virgilio, creador sentimental de Dido — aparte el hecho básico de que la atracción que ejerce Dido casta se remonta, no menos que la de Dido enamorada, a la fuerza poética del libro IV de la *Eneida*. De Virgilio, no de Justino, deriva la aparición sobrenatural de Siqueo, una de las escenas mejor logradas de la tragedia, y el papel melodramático de la espada, también aquí prenda de amor con que muere la Reina. El padre y el marido de Dido llevan los nombres poéticos con que figuran en la *Eneida*, no los históricos de Justino. Por lo demás, la variedad de nombres refleja elocuentemente los varios hilos culturales del autor y de la época: junto a un capitán Seleuco, procedente de los numerosos reyes de Siria de ese nombre historiados por Justino, aparece un capitán Carquedonio (= 'cartaginés' en griego), una confidente Ismeria, cruce quizá entre Ismenia y el gentilicio ismario, una cautiva noble que responde al bíblico nombre de Délbora y,

con pintoresco anacronismo, el embajador de Yarbas, rey de los númidas, recibe el nombre islámico de Abenamida.

Pocos años después de Virués, Gabriel Lobo Lasso de la Vega en su tragedia *La honra de Dido restaurada* (inserta en la *Primera parte del Romanero y Tragedias*, Alcalá de Henares, 1587), « trata los amores de Hyarbas, rey de los Mauritanos, el casto proceder de Dido y el verdadero suceso de su muerte ». El drama más castizo de Lobo Lasso de la Vega, con sus tres actos abarrotados de acción y su despegue del teatro antiguo, expresa con mucho mayor brío la genuina actitud española que la tragedia de Virués, ya que más que obra de arte sobre la Dido no virgiliana es obra de polémica enderezada contra la *Eneida*. Ya desde el prefacio mismo Lobo Lasso de la Vega declara haber compuesto su tragedia « para deshacer la común y errada opinión en que están los que ignoran la verdadera historia de la Casta Dido, a quien Vergilio en su *Eneyda* fabulosamente y con siniestra relación agravia contra la opinión de tantos y grandes autores ». Y después de contar el argumento de su versión, insiste en la verdad de la que ha escogido: « Ésta es la verdadera historia de Dido y el suceso de su muerte, y no el que cuenta Vergilio por Eneas que es falso, y contra la verdadera y común opinión, porque Eneas vino a Italia muchos años antes que Dido naciese...; ésta es la verdadera historia, cuyos autores son Trogo i Justino en el libro décimo octavo y Sabellico en el libro nono de la primera *Enéada*, y los demás que en las coplas últimas desta tragedia refiere la fama, donde también van éstos ». En efecto, ante la « siniestra relación » de la *Eneida*, Lobo Lasso de la Vega no puede dejar de enumerar sus autoridades. Por eso, al final de la curiosa tragedia aparece la bibliografía — hecho bien concorde con las normas de la comedia española: cf. pág. 322 la formidable lista con que remata Calderón *El purgatorio de San Patricio* —, muy lógicamente en tiempo futuro, pues de otro modo mal podrían referirse los contemporáneos de Dido a Virgilio, a Tito Livio, a Justino y hasta a un trivial vulgarizador del Renacimiento como Marco Antonio Sabellico:

Aunque un Vergilio hará
en su *Eneida* artificiosa
falsa relación odiosa
con que a Dido agraviará,
diciendo que Dido fué
con un Eneas liviana,
que de la guerra troyana
se escapó y su amante fué.
Contra lo cual un Justino
y un Tito Livio hablará;
aquí Trogo seguirá
y Apiano Alejandrino,
Sabellico y un sagrado

Doctor Santo, que reprueba
del Marón la falsa prueba
de su inventiva causado ¹.

El « Doctor Santo » no es la única referencia a la parte de la Iglesia en la defensa de Dido, ya que uno de sus personajes sobrenaturales, Diana, se encarga de exaltar el hecho de la Reina que prefirió abrasarse a casarse:

Ten cuenta con este hecho:
por mío, Fama, le canta;
por el mayor le levanta
que jamás mujer ha hecho.

Dentro de este razonamiento, idéntico al de don Luis Zapata, resalta más vívida que nunca la huella de la poesía virgiliana. El vasallaje a la *Eneida* se ratifica aquí, como en el incidente de la espada que Virués traslada de Eneas a Yarbas, en toques aislados: en el último verso de la despedida de Dido, que condensa el patetismo de la situación:

Yo parto, mi Siqueo, aguarda, aguarda,
aguarda, que ya voy; mas ya te veo,
¡ cómo en llegar a ti mi alma tarda!
Bien parece no sigue a mi deseo,
de que mi flaco brazo se acobarda
en no acabarme presto, torpe y reo:
mas ya abrazo a Siqueo cual solía.
¡ Ay dulces prendas cuando Dios quería!

Mayor valor artístico alcanza *La honestidad defendida de Elisa Dido, reina y fundadora de Cartago*, de Álvaro Cubillo de Aragón, impresa en Madrid, 1654, en que la defensa se presenta entretrejida en una fábula barroca de situaciones conocidas: el rey de los númidas, por ejemplo, comparece ante Dido en carácter de su propio embajador, situación frecuente en el teatro del siglo XVII (Tirso, *El castigo del penseque*; Mira de Amescua, *El palacio confuso*; Calderón, *El secreto a voces*, *El acaso y el error*), como advierte el poeta por boca del mismo Rey: « demás de que es engaño repetido ». Ana, la suave confidente de la *Eneida*, cae en el papel de hermana segundona

¹ Las citas de Tito Livio y Apiano, en quienes nada hay referente a la historia sentimental de Dido, así como el citar por separado a Justino y a Trogo, sin duda para abultar la lista de autoridades, dan idea de la erudición del autor. Por eso parece aventurado identificar con tanta seguridad como lo hace Ángel Valbuena Prat (edición de Álvaro Cubillo de Aragón, *Los clásicos olvidados*, Madrid, 1928, pág. LXVII) el « sagrado Doctor Santo » con San Agustín. Tanto podría ser Tertuliano como San Jerónimo, que más explícitamente se ocuparon de Dido. Valbuena Prat apoya su identificación en el reproche del santo a Virgilio, pero también Zapata atribuye infundadamente semejante reproche a San Jerónimo.

codiciosa del galán de la mayor; no falta la escena nocturna del jardín con engañosas apariencias que anudan la intriga. Celos y recelos, desafíos, y, por un momento, la rozada posibilidad del desenlace feliz encuadran esta comedia dentro de las convenciones teatrales de fines del Siglo de Oro. Coherente con la crítica contra el poetizar de Virgilio es el meticuloso verismo (manifiesto, por ejemplo, en el temor del Rey de ser descubierto por Dido, que bien puede conocerle por retrato, precisamente como él ha venido a enamorarse de ella por retrato) y sobre todo aquel afán de fijar indeleblemente el verdadero acontecer de cada cosa, como cuando Dido epiloga su propia historia (I):

Guárdela el bronce y el jaspe,
para que, a pesar de envidias,
no la consuman ni gasten
reveses de la fortuna,
de la emulación embates,
de la codicia intereses,
de la lisonja desaires,
la sorda lima del tiempo,
ni el polvo de las edades.

Afán en que ingenuamente se proyecta el deseo español de resolver la polémica acerca de la verdadera historia de Dido sepultando el testimonio del poeta bajo el peso irrecusable de cronologías y relaciones grabadas en jaspes y bronces.

Porque, en efecto, la polémica es lo elemental de este drama. No le basta a Cubillo, como a Virués o a Guillén de Castro, dramatizar la propia concepción de Dido, sino que, además de numerosas alusiones esparcidas en toda la obra, le reserva un curioso excursus. Más fino obrero que Lobo Lasso de la Vega, no relega tal excursus como apéndice final: lo inserta en la acción misma, a manera de interludio mágico. Al inaugurar Dido su ciudad, se presenta « un filósofo de Atenas, / hombre raro y singular », vestido de pieles, quien, observando las estrellas, pronostica dichas para la ciudad y desventuras para la fundadora:

— Un fabuloso autor
o por lisonja o por tema,
escribirá un gran poema
en ofensa de tu honor.
— ¿Qué dices?
— Si verle quieres
en sombra podré mostrarlo.
— ¿Tanto la mágica puede?
— En lo fantástico, tanto.

(Córrese una cortina y aparece Virgilio escribiendo).

— ¿Quién es este autor?
— Virgilio,
generoso mantüano.

— ¿Y lo que escribe?
— La guerra
entre griegos y troyanos,
y la destrucción de Troya.
— Bien.
— Y hace contemporáneo
tuyo a Eneas.
— ¿Pues no ha más
de ducientos y ochenta años
que pasó?
— Señora, sí;
pero en eso está el agravio.
— ¿A mí me agravia?
— Introduce
a Eneas enamorado
de tu hermosura y a ti
burlada de sus engaños.
— ¡Oh sacrilego escritor!
— Escucha, que aun oirás algo.

La narración insertada ahora en boca de Virgilio se reduce a unos versos del romance anónimo ya mencionado (Durán, n° 485), casi idénticos en la primera cuarteta, rápidamente resumidos en la siguiente, para volver a coincidir en la última y en el estribillo; y el todo, movidamente quebrado por la indignación de la ofendida Reina:

Virgilio. — Contando está sobremesa
aquel famoso troyano
a la viuda de Siqueo,
fundadora de Cartago,
la destrucción de su patria.
Elisa. — ¿Contando dice?
Filósofo. — Contando.
Virgilio. — Y como el piadoso Eneas
del incendio y del asalto,
con retóricos colores
iba las dudas pintando,
Elisa. — ¡Oh pensamientos vanos!
Virgilio. — enmudecieron tirios y troyanos.
Tabanco [gracioso]. — Y aun ahora lo estamos juntamente
viendo un hombre que escribe lo que miente.
Elisa. — ¿Cómo permiten los cielos
que de una pluma los rasgos
a tanta maldad se atrevan?
Fulmine rayos su brazo.
Virgilio. — Era lo mismo que un monte
el engañoso caballo,

y para abortar venganzas,
de vivos griegos preñado,
y al lastimoso cuento nunca oído,
atenta por su mal estaba Dido¹.

Es característico de la preocupación histórica de Cubillo de Aragón que Dido se duele aun más del anacronismo que de los cargos hechos a su honor:

Elisa. — ¡ Yo atenta a la relación
de Eneas tan largos años
después de su muerte! ¡ Yo
oyéndole! Haré pedazos
lo que escribe.

Filósofo. — En vano intentas
vencer la fuerza del hado.

Desaparece entonces Virgilio, y Dido toma sus medidas, exactamente como lo postulaba el anhelo historicista de sus defensores, para registrar en los archivos las fechas correctas que son la demostración objetiva de su honra intachable, y como en profecía alude con palabras discretamente vagas a su futura reivindicación:

No importa que fabuloso
finja y mienta ese escritor,
que no faltará otro autor
más auténtico y piadoso
que castiga y reprehenda
sus torpes adulaciones;
pero, por que en opiniones
nuestra verdad no se ofenda,
en los archivos se escriba
para la posteridad
que se fundó esta ciudad
(que émula del tiempo viva)
por mí, cuya fundación
generosa y opulenta
fué a los doscientos y ochenta

¹ Los versos correspondientes del romance Durán n° 485 dicen así:

Contando está sobremesa
el piadoso troyano
a la viuda de Siqueo,
fundadora de Cartago,
cómo la famosa Troya
era de cenizas campo,
por aquel caballo muerto
de vivos griegos preñado.
Y al triste caso y cuento nunca oído,
atenta por su mal estaba Dido.

años de la destrucción
de Troya, por que después
fabulosos escritores
no califiquen errores,
de la lisonja interés.

Quizá sea este entreacto de pura crítica y erudición lo mejor y más original de la comedia. Grotesco, sin duda, es el final: ante el apremio del Rey, Dido le muestra la pira que tiene a punto:

Corre esa cortina, y vea
vuestra majestad el fuego
donde a ser fénix de honor
me arrebató impulso honesto.

Y espada en mano se arroja a la hoguera la Reina casta, no sin recitar el concepto que es la marca de su paso por los ejemplarios eclesiásticos:

Quemarme por no casarme,
después de romper mi pecho
con aquesta propia espada.

El Rey renuncia a su pretensión, y ella, satisfecha de que ha persuadido a los doctos de su castidad, acepta el casamiento — con una nueva alusión al texto de San Pablo —, para satisfacción del vulgo necio:

y pues el docto
no ignora el heroico hecho,
a devoción del tablado
elijo del mal lo menos,
que es casarme.

Sensatamente el Rey insiste en su renuncia y le ofrece en cambio un galanteo vitalicio que Dido acepta, aunque insistiendo en el valor de sus propósitos de muerte:

Rey. — Al tiempo
remito acciones tan grandes,
con que dure el galanteo;
que amándoos yo no os agravio,
ni sirviéndoos desmerezco.

Elisa. — Dure, pues, mientras mi vida
durare; pero aquel fuego,
este valor y la espada
estarán siempre diciendo
mi honestidad defendida,
contra escritores inciertos.

El autor debió de quedar satisfecho de este final, ya que se jacta al ofrecer la comedia :

Y Álvaro Cubillo aquí,
sin la sangre y el incendio,
a su Elisa defendida
dió fin : perdonad sus yerros ¹.

Como era de esperar, aun en este drama de invectiva literaria contra el « fabuloso autor », el arte de Virgilio revela su presencia en mil recodos. La presentación de Dido en el canto I de la *Eneida* es lo que da vida y carácter a la figura central ; el *iura dabat legesque viris* asociado con un vago recuerdo de *Non ignara mali miseris succurrere disco* aparece, como en el drama de Guillén de Castro, puesto en acción en un sentido eminentemente castizo, dentro de la visión — tan grata al público, quizá por ser la burocracia hispánica lamentablemente lenta e impersonal, como tantas veces lo señala Cervantes, contrastándola con la justicia sumaria de los moros — del rey justiciero que asume como primer deber de la realeza el contacto personal con sus vasallos de toda condición :

Elisa. — Desde el grande al más pequeño
me tienen de ver y hablar :
la ley con decentes modos
al trabajo me obligó ;
todos me sirven, y yo
tengo de ser para todos.

Andronio. — Obligaste, si de vellos
no tienes horror y espanto,
a oír la queja y el llanto.

Elisa. — Y quiero llorar con ellos :
de flaqueza no me arguyas,
ya que mi piedad condenas,
que, como sienten mis penas,
tengo de sentir las tuyas.

De la *Eneida* procede, desde luego, Ana, aunque caracterizada dentro del ambiente de la comedia española ; como también, al principio, el encareci-

¹ ¿ Debe algo este final feliz a la chabacana refundición del drama de Guillén de Castro, fechada en el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid un año antes que la obra de Cubillo ? La huella del auténtico Guillén de Castro puede señalarse quizá en la primera jornada de *La honestidad defendida*, cuando, al dictar Dido sus leyes y provisiones, fija el castigo para la viuda que vuelva a casarse. En Cubillo tal incidente no pasa de puro encarecimiento, ya que su Dido permanece firme en su viudez, mientras en Guillén de Castro es un elemento orgánico del drama y su diseño entronca, como ya se ha visto, con un esquema familiar a la comedia del Siglo de Oro. Un recuerdo verbal de Guillén de Castro es el de los versos « era lo mismo que un monte / el engañoso caballo » en la relación de la caída de Troya, apoyado por lo demás en el texto de la *Eneida*, II, 15 : *instar montis equum*.

miento de la magnificencia del palacio de Dido se inspira en la descripción del templo que la Dido virgiliana eleva a Juno. Por supuesto, no falta la melodramática espada, con su enredada peripecia y cuidadosa filiación, trasladada de Eneas al rey de los númidas. Y en las modificaciones que Cubillo introduce en el romance perdura el eco de algún conocido verso, como « enmudecieron tirios y troyanos » = *conticuere omnes*. Estos pormenores documentan palpablemente cómo la vitalidad del poema latino es lo que ante todo provoca en el peculiar temperamento de los artistas españoles el aplauso negativo que implica la defensa de Dido.

Es claro que el material erudito de la defensa de Cubillo era en su época bien tan mostrenco que no tiene sentido estudiar el problema de las fuentes de este autor particular, ni es admisible señalar un solo libro como suma de los datos que, aparte las obras originales, se ofrecían a todo lector en incalculable cantidad de *Silvas*, *Misceláneas* y *Polianteas* ¹. Pero hay un autor que inserta apasionadamente en su poema — tan deshilvanado como la vida misma — la caballeresca reivindicación de la Reina agraviada ; y ese autor, gustosamente saboreado e imitado merced a la realidad que tan sin elaborar presenta en su *Araucana*, la epopeya veraz, a la manera española, es probablemente el que Cubillo contrapone a la *Eneida*, la epopeya imaginativa por excelencia :

No importa que fabuloso
finja y mienta este escritor,
que no faltará otro autor
más auténtico y piadoso
que castigue y reprehenda
sus torpes adulaciones.

Un hecho resalta de todo lo anotado hasta aquí : no es un azar que sea Alonso de Ercilla el máximo paladín de la defensa de Dido. Pues esa defensa, ese no admitir la independencia de ámbito de lo artístico, ese situar en la vida las cosas del arte, no es sino una faceta de la actitud señalada a propósito de Camoens : de ella ha emanado toda *La Araucana*, y ya se yergue enérgica (como ha observado José Toribio Medina) en el *no* inicial al arte puro, a la pura fantasmagoría de Ariosto :

¹ Así lo hace Ángel Valbuena Prat en su citada edición de Álvaro Cubillo de Aragón, págs. LXVII-LXIX. La fuente señalada es una recopilación contemporánea, el *Teatro de los dioses de la gentilidad*, 1619, de Fray Baltasar de Victoria. Pero no despliega menor aparato de erudición Lobo Lasso de la Vega, y la fecha de su tragedia, 1587, excluye la utilización de la obra de Victoria. Cubillo pudo, pues, utilizar recopilaciones contemporáneas hoy difíciles de rastrear, y pudo, en fin, tomar de *La Araucana* algunos detalles minúsculos, no frecuentes en las historias de Dido y que no derivan de Justino ; así la muerte de Siqueo por envenenamiento, la etimología de Cartago, la explicación de la « calumnia » de Virgilio como adulación a los romanos, que también se halla en las *Quincuagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados...

La ardiente y repetida protesta de verdad no tiene en Ercilla nada de retórico: es posición personal, si bien enlazada con la raíz colectiva de su pueblo, con las expresiones seculares en España de la superioridad de Lucano sobre Virgilio, con la preferencia de Fernán Pérez de Guzmán por el «fruto útil e sano» de la inspiración castellana sobre las «flores» de Virgilio y Ovidio. Desde el primer canto insiste Ercilla en lo que para él era el primer mérito y es, sin duda, su duradera originalidad:

Es relación sin corromper sacada
de la verdad, cortada a su medida. (I, 3)
Dad orejas, Señor, a lo que digo,
que soy de parte dello buen testigo. (I, 5)

No tienen menos color de sinceridad sus protestas¹ — casi lamentos — de no apartarse del austero camino que se ha trazado; el poeta adolescente, que en una de sus más felices octavas celebra la eficacia de la inspiración amorosa (XV, 1), gustaría de

salir al campo y escoger las flores,
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretener mis fábulas y amores. (XV, 5)

¹ En cambio sí parecen retóricas las protestas de Oña, por ejemplo en el *Arauco domado*, XVII, 1-6, sobre la variedad ornamental (o sea, en la epopeya, los episodios ficticios) necesaria para la belleza poética:

que sin adorno falta el aire y brío,
y la materia en carnes tiene frío. (XVII, 4)

Y más aún en el *Vasauro*, VI, 1-4:

El que verdad siguiendo va notoria,
ser dulce con sus versos no presume...
Dichoso el que por sombras, por frescuras,
la vista espacia, el ánimo recrea;
y entre mezcladas fábulas o puras
se va lisonjeando y lisonjea:
mas antes yo sobre asperezas duras
donde el cansado espíritu ijadea
rompiendo iré con pies poco suaves
y con liviana pluma en cosas graves.

En las otras dos octavas, Oña coteja los extremos en la composición artística: Lucano, máxima verdad, y Luciano, máxima fábula, y agrega:

Por medio va el de Mantua, va el de Grecia,
que es el seguro el Dédalo camino...

(El «Dédalo camino» es el camino del medio, *medio limite*, que Dédalo recomienda seguir a su hijo Ícaro, al ajustarle las alas para el vuelo, en las *Metamorfosis*, VIII, 203.)

Pero la ley del género que ha elegido se lo veda, muy a pesar suyo, pues él es el primero en juzgar su poema

escritura larga y trabajosa
por ir a la verdad tan arrimado. (XV, 4)

«Materia tan áspera y de poca variedad», como se duele en el prólogo en prosa a la segunda parte, impone arduo trabajo al autor, mientras que «haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, paréceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme». Los episodios, encajados más bien que entretreídos, están siempre encuadrados entre preámbulos y excusas; nada más significativo que el de Dido, que el poeta cuenta como «alivio de caminantes», para evadirse de su riguroso verismo (XXXII, 50):

Que el áspero sujeto desabrado
tan seco, tan estéril y desierto,
y el estrecho camino que he seguido
a puros brazos del trabajo abierto,
a término me tienen reducido,
que busco anchura y campo descubierto,
donde con libertad sin fatigarme
os pueda recrear y recrearme.

Pero de tal modo responde ese verismo a su temperamento, que el «agradable cuento» con que ameniza el «áspero sujeto» y que con tan prolija apología introduce no es sino otra «historia verdadera», desmentido de la «falsa opinión» sustentada por el mayor de los poetas, no es sino otra lanza rota por la verdad contra la poesía (XXXII, 52):

Y pues una ficción impertinente
que destruye una honra es bien oída,
y a la reina de Tiro injustamente
infama y culpa su inculpable vida;
la verdad, que es la ley de toda gente,
por quien es en su honor restituída,
¿por qué no debe ser siendo cantada
en cualquiera sazón bien escuchada?

Porque su concepción de lo poético no se evade de la realidad, Ercilla reedita el antiguo reproche contra Virgilio. Y por eso, la historia de Dido, que al gusto moderno parece una interpolación, se justificaba obviamente para los contemporáneos. Así lo prueba el hecho de que Pedro Flores, al verter en su *Ramillete de flores*, Lisboa, 1593, la tercera parte de la *Araucana* en romances, lejos de omitir la interpolación, la desarrolla en más de dos composiciones. Y análogamente vuelve a la defensa de Dido el con-

tinuador de Ercilla, Diego de Santisteban y Osorio, en el canto XIII de su *Cuarta y quinta parte de la Araucana*, 1596¹.

En la defensa misma de Dido se acentúa la oposición de Ercilla a la *Eneida* pero, lo que es significativo, mucho más por encono contra su calumnia que como teorización de crítica poética, tal como lo había hecho, por ejemplo, el anónimo autor de *Curial y Güelfa*. Sin una referencia al mérito literario, Ercilla alza la voz contra

el gran testimonio incompensable
a la casta fenisa levantado... (XXXII, 45)
Les dije que, queriendo el mantüano
hermosear su Eneas floreciente,
porque César Augusto Octaviano
se preciaba de ser su descendiente,
con Dido usó de término inhumano
infamándola injusta y falsamente... (XXXII, 46)
Quedaron admirados en oírme
que así Virgilio a Dido disfamase. (XXXII, 47)

La única alusión al problema literario es la contenida en la última octava del episodio, en forma de reprensión final al poeta embustero:

Éste es el cierto y verdadero cuento
de la famosa Dido disfamada,
que Virgilio Marón sin miramiento
falseó su historia y castidad preciada
por dar a sus ficciones ornamento. (XXXIII, 54)

Así, pues, la representación de Dido en la *Eneida* es pura difamación, que obedece al prurito de hermosear el argumento con fábulas de amores o, como declara al empezar, de adular a los romanos en la persona de Augusto, descendiente de Eneas. Y la misma octava (XXXII, 46), en sus dos últimos pareados, contiene la piedra de toque que convence de mentiroso a Virgilio:

¹ A. Rey en su citada edición de Leomarte, pág. 29, nota 3: « La historia de Dido entra como interpolación en su *Araucana*. » Santisteban y Osorio, como imitador que es, en lugar de situar el relato en el pintoresco marco que le dió Ercilla, retrocede al cuadro medieval de la mansión mágica: Belona se aparece en sueños al autor y lo arrebató transportándolo a una cueva maravillosa, decorada con los retratos de las claras mujeres de la antigüedad (Parte quinta, Canto XIII, octava 19):

Vi la primera a la sidonia Dido
de Virgilio infamada injustamente,
que tuvo tanto amor a su marido,
que fué, después de él muerto, continente;
la cual a Yrbas, de su amor vencido,
dió de mano y con ánimo valiente
el cuerpo atravesó con una espada,
queriendo morir libre y no casada.

Con Dido usó de término inhumano,
infamándola injusta y falsamente,
pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

La verdad de Servio y de Justino es, pues, lo que Ercilla opone a la maliciosa deformación de Virgilio, el hecho cronológico irrefutable al drama del Canto IV. Y, en efecto, sus primeras palabras al entrar en materia son:

Cartago antes que Roma fué fundada
setenta años contados comúnmente.

En todo el curso de su « verdadera historia » se aferra Ercilla a la verdad de Justino; así cuenta cómo, muerto Siqueo, Dido finge deseo de pasar con sus riquezas a casa de Pigmalión; cómo éste accede pensando quedarse con las codiciadas preseas y envía naves para el viaje; cómo al encontrarse en alta mar la animosa princesa arroja las arcas de arena que les dice contener los tesoros de Siqueo; cómo se concilia las gentes del Rey, temerosas de volver a su presencia sin las riquezas de Siqueo; cómo tocan tierra en Chipre y se lleva ochenta doncellas; cómo desembarca en África y consigue el solar de su ciudad con la astucia del cuero de buey; cómo funda y hace prosperar a Cartago; cómo Yrbas la pide en matrimonio a sus grandes, con amenaza de guerra; cómo aquellos dicen que Yrbas reclama a un cartaginés para que civilice a sus súbditos y que no hay nadie que consienta en desterrarse de su ciudad; cómo la reina engañada los exhorta a aventurarlo todo por la patria; cómo, seguros de su palabra, los consejeros le revelan la verdadera pretensión del Rey; y cómo, en fin, Dido pide tres meses de plazo, por amor de Siqueo, al cabo de los cuales sube a la pira y se pasa el pecho con el puñal. Si un toque faltaba para remachar el encaje de Ercilla dentro del secular complejo de ideas y valores que en España eleva la defensa de Dido al rango de tema literario, es el llamado a la sentencia definitiva de la Iglesia, expresada con su retórica inmóvil de fórmula litúrgica en la rima con que acaba « la historia juntamente y el camino »:

Pudiéndose casar y no quemarse,
antes quemarse quiso que casarse. (XXXIII, 54)

De más está decir que para Ercilla, como para Cubillo de Aragón, la fuerza poética que anima toda la historia de Dido es el vilipendiado Virgilio, y esa presencia interior está jalonada por mil pormenores fáciles de asir, como, por ejemplo, el hecho de retener el nombre virgiliano de Siqueo, los versos « que alegre y contentísimo vivía / con la ley de hermandad asegurado », simple traducción de *securus amorum / germanae* (*Aen.* I, 350-351); el consabido elogio de la Reina como organizadora y legisladora y, más independientemente — lo que prueba mayor adentramiento en Virgilio —, la reelabo-

ración por dos veces de las bellísimas palabras con que Eneas (I, 198 y sigs), siguiendo la huella de Ulises (*Odisea*, XII, 208 y sigs.), anima a los suyos:

*O socii (neque enim ignari sumus ante malorum),
o passi graviores, dabit deus his quoque finem.*

La primera vez, cuando Dido cae en el lazo que le tienden sus consejeros, y los exhorta a salvar la paz de Cartago (XXXIII, 28):

Diciendo: « Amigos caros, que a los hados
jamás os vi rendidos vez alguna,
y en los grandes peligros esforzados
hicistes siempre rostro a la fortuna...

Y Dido pronuncia tales palabras, previene Ercilla (octava 27):

con alegre rostro y grave risa
aunque sentía en el ánimo otra cosa,

exactamente como Eneas (I, 208-209) dirige aquella exhortación a sus exhaustos compañeros:

*Talia voce refert, curisque ingentibus aeger
spem voltu simulat, premit altum corde dolorem.*

Y las repite en su último momento, junto a la pira (XXXIII, 45):

¡ Oh fieles compañeros que contino
en todos los trabajos lo mostrastes...!

Las ingenuas e impetuosas octavas en que Ercilla desarrolla su defensa de Dido se hermocean no precisamente por su virtud poética, sino por sus circunstancias, ante todo por el sabor de anécdota, de cosa vivida, que es lo que anima toda *La Araucana*; por el vigor con que presenta aquella tropa de conquistadores que discurren sobre la honra de Dido en un perdido rincón americano. Aquí, en la persona del joven capitán, resalta el eje de la conducta caballeresca — lo peculiar del perfil moral español —, tantas veces señalado: el sentido individual de la justicia, el empeño de reestablecer por la acción singular la justicia violada en el orden colectivo. A la defensa de la reina de Cartago sugerida por la firmeza heroica de la india Leuca, sigue el prendimiento y muerte de Caupolicán, que arranca a Ercilla una simpática voz de indignación (XXXIV, 31):

Paréceme que siento enternecido
al más cruel y endurecido oyente
de este bárbaro caso referido,
al cual, señor, no estuve yo presente,
que a la nueva conquista había partido
de la remota y nunca vista gente,
que si yo a la sazón allí estuviera
la cruda ejecución se suspendiera.

Ercilla, que canta el sojuzgamiento de aquel bravo puñado de indios, aprecia más que ninguno la grandeza de este o aquel individuo. Esa misma actitud es la que le fuerza a volver por la honra de Dido, contra la opinión de un joven soldado, lector de la *Eneida*, contra la opinión de toda la partida, contra la unanimidad del « rudo común mal informado. » Y así como en mil momentos surge su sincera oposición al juicio europeo general, hostil al indio, del mismo modo el calor que se echa de ver en la reivindicación, junto con el encarar la poesía de Virgilio casi exclusivamente desde el punto moral, como calumnia interesada, revela lo escasamente especulativo, lo totalmente vital de la posición de Ercilla. De ello poseemos un comprobante claro: sugerido por otro caso heroico, el fiel amor de Tegualda (quien, como otra Argia, se aventura en la noche para enterrar el cuerpo de su marido), Ercilla emprende otra defensa, la de las mujeres todas, concebida también como desmentido a una calumnia « de las mordaces lenguas ponzoñosas »; y los ejemplos históricos que desmienten esa calumnia revelan hasta qué punto arraigaba en él lo que más adelante explaya como historia completa de Dido:

Judic, Camila, la fenisa Dido
a quien Virgilio injustamente infama. (XXI, 3)

Caballerescamente sale el mozo Ercilla no a criticar un modo de concebir la poesía, ni principalmente a rectificar un error histórico, sino a defender la honra de una mujer (XXXII, 52):

Y pues una ficción impertinente
que destruye una honra es bien oída,
y a la reina de Tiro injustamente
infama y culpa su inculpable vida...

y como expresa declaración de propósitos continúa la octava siguiente:

Que la causa mayor que me ha movido,
— demás de ser, cual veis, importunado,
es el honor de la constante Dido,
inadvertidamente condenado¹.

¹ A semejanza de Ercilla, también su Dido está poseída del punto de la honra, muy ajeno a Justino. Muerto Siqueo a manos de Pigmalión, Dido no puede convivir amigablemente con su hermano, pues

viéndome contigo convenida
mi crédito andará de mano en mano
padeciendo mi honor agravio injusto...
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,
mancho la fama y mi opinión destruyo...

(XXXII, 65-66).

Por lo demás, ese sentido de la honra pertenece ya a la Dido virgiliana, como a otros personajes de la *Eneida*, Turno, por ejemplo. En la página más célebre de la *Defence of*

Esa hombría española es la que le hace volver por Dido en una rebeldía equivalente al más rendido acto de vasallaje a la vitalidad de la belleza virgiliana y de la tradición clásica que, dejando atrás el mar de Cartago y de Roma, llegan a cernerse sobre el océano desconocido, « al término del orbe limitado ».

Los hombres de España, aprisionados en la realidad de su tierra, en la lucha por poseerla, remozan el sesgo espiritual que esta circunstancia les crea cuando, apenas ganada la patria, se lanzan a conquistar la tierra nueva de América. Los conquistadores reafirman la esencia activa, no contemplativa, del genio castellano, y por retorno de antiguas condiciones son, sin paradoja, más españoles, más medievales, aquí que en España. A la máxima expresión de aquel antiguo motivo medieval, declamada en las tierras de Arauco, opone España la fina crítica del más moderno y más europeo de sus genios literarios. En efecto, Cervantes no reprime la sonrisa ante el desagravio de la Dido virgiliana (a la que con peculiar dualismo rindió tributo en *La Galatea*, IV), o sea ante la incapacidad de sus defensores de mantenerse en el plano de la verdad artística. Notable es la analogía con que ha tratado a tres campeones de Dido, Torquemada, Zapata y Ercilla: de los tres ha retenido ciertos menudos detalles materiales¹ y a los tres remeda o ridiculiza sin mayor comedimento². Si las incongruencias que

Poesie, Sir Philip Sidney reúne cabalmente, como documentos de moral caballerescas, el *Amadis de Gaula* y la *Eneida*. Versos como *te propter eundem / extinctus pudor et, qua sola sidera adibam, / fama prior* pintan tan a lo vivo una criatura de honor, que sin duda debieron de contribuir poderosamente a defenderla contra el poeta que inmortalizó su pasión.

¹ El *Jardín de flores curiosas* de Torquemada contribuye con varios pormenores fantásticos a la composición del *Persiles*. La broma que Zapata cuenta en su *Miscelánea* como realizada en la casa del conde de Benavente inspira el lavatorio de don Quijote al comienzo de su temporada con los Duques (II, 32). Orompello, guerrero araucano (*La Araucana*, X, 20-31; XXV, 49-56), aparece convertido en pastor en *La Galatea*, III. Una cita ocasional e inexacta, de dos versos de *La Araucana* (« Pues no es el vencedor más estimado / de aquello en que el vencido es reputado », canto I) se lee en el *Quijote*, II, 14. En su edición del teatro de Cervantes, Schevill y Bonilla han señalado varias situaciones de la *Numancia* evidentemente sugeridas por situaciones idénticas de *La Araucana*. Así, la invocación del sacerdote numantino (jornada II, tomo 5, pág. 138 de la citada edición) y la del mago Fitón (*La Araucana*, XXIII, 80-82), el desafío de Caravino a los romanos (jornada III, págs. 151-152) y el del mozo indio a los españoles (*La Araucana*, XXV, 7-12), y las palabras de la Fama en ambas obras (jornada III, pág. 202 y *La Araucana*, XXI, 1).

² El *Olivante de Laura*, libro de caballerías compuesto por Torquemada, condenado por « disparatado y arrogante » va a parar al corral en la escena del escrutinio (I, 6), y cotejado con el *Jardín de flores curiosas*, no sabe decir el Cura « cuál de los dos libros es más verdadero o, por decir mejor, menos mentiroso ». Zapata, después de contar un estupendo milagro (*Miscelánea*, edición citada, pág. 327), comenta: « De esto andan por ahí coplas impresas, que casi que se pueden tener por ciertas; pues las dejaron salir al mundo provisosos y perlados... ». Del ingenuo temple de Zapata, que erige en criterio de verdad la licencia para poner un escrito en letra de molde, ¿ no es burla manifiesta la defensa de los libros de caballerías con que el ventero Juan Palomeque responde a las razones del Cura?

hallaba en dicho autores inspiran la caricatura de Cervantes, es natural que aquel falsear el planteo del arte que implica la defensa de Dido pareciera especialmente risible a su entendimiento aguzado en la crítica renacentista. No parece aventurado presumir que la polémica en torno a la reputación de Dido se refleja en la movida escena (I, 24) en que los dos locos, Cardenio y don Quijote, hasta entonces en pacífico coloquio, riñen a pedradas y puñadas por la honra de la reina Madásima. Pero la mejor respuesta de Cervantes a la actitud vital, no especulativa, medieval, no moderna, de los defensores de Dido es el episodio de Maese Pedro (II, 29), donde don Quijote, en alucinación caballerescas, desbarata el tabladillo de la farsa para salvar de la morisma a la hermosa Melisendra, del mismo modo que los campeones españoles de Dido destrozan con virtuosa indignación el retablo mágico de la *Eneida*, hasta retirar de él una Dido sin agravio y sin pasión, un títere roto.

Las páginas de la literatura española que ha inspirado la máxima creación de Virgilio son a buen seguro mucho más numerosas que las que ocupa

(I, 32): « ¡ Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos que quitan el juicio! » Y a este mismo criterio alude rápidamente don Quijote al replicar al Canónigo (I, 50): « Los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquéllos a quien se remitieron... ¿ habían de ser mentira? ».

En cuanto a Ercilla, aunque el benévolo juicio del Cura representa sin duda la opinión sincera de Cervantes, y aunque las imitaciones señaladas demuestran que el elogio del *Canto de Calíope* por esta vez no es puro cumplido, no es menos genuina expresión de su juicio la parodia de una situación más propia de libro de caballerías que de epopeya histórica « sin corromper sacada / de la verdad, cortada a su medida », que el buen Ercilla poetizó dos veces. En la última octava del Canto XIV se enfrentan el caudillo araucano Rengo y el genovés Andrea, y se precipitan para herirse, « las inhumanas armas levantando ». Las levantadas armas no se bajarán hasta cuarenta y ocho endecasílabos más allá, en los cuales muy sosegadamente el poeta encarece las virtudes del amor, la belleza que comunican a un poema épico los episodios amorosos, y reitera su propósito de renunciar a las gratas digresiones « por ir a la verdad tan arrimado ». Ercilla vuelve a pintar tan peregrina situación, con mayores proporciones aún, entre la segunda y la tercera parte de su poema. Al cantar el combate singular entre Rengo y Tucapel, deja a éste con la espada suspendida sobre su contrincante desde la última octava del canto XXIX hasta la décima del XXX, llenando esta vez el intervalo con un apóstrofe épico a Rengo, un excursillo sobre el duelo, sus causas, ventajas e inconvenientes, para resumir al fin la situación del canto anterior (XXX, 9):

porque viendo
el brazo en alto a Tucapel alzado,
me culpo, me castigo y reprehendo
de haberlo tanto tiempo así dejado.

Así también « con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio » (hazaña que Ercilla certifica de su fiero Andrea), arremete don Quijote contra don Sancho de Az-

en la *Eneida*. En la literatura castellana, como en la literatura europea, la historia de Dido está presente mientras perdura la tutela del arte antiguo. Pero otro modo de presencia, que quizá diga más de la perfección virgiana, define la peculiar reacción española. Ciertos rasgos esenciales de la Edad Media — predominio del punto de vista didáctico sobre el puramente estético y de la verdad histórica sobre la poética, así como el prestigio de la tradición eclesiástica — especialmente marcados y conservados en la Península cuando habían desaparecido ya del resto de Europa, explican el desplazamiento de lo artístico a lo vital, la reivindicación de Dido y condena de la poesía que le había dado vida, ya en pleno Siglo de Oro. En la cabaleresca historia de España la defensa de Dido es una página más de un libro de caballerías: briosamente los adalides rompen lanzas por el limpio honor de la reina de Cartago, movidos por el irresistible sortilegio de un mago — no Virgilio el hechicero, que en la leyenda medieval forjó la mosca de bronce y la lámpara inextinguible, — sino Virgilio el poeta que, al celebrar a Eneas, cantó la pena de una mujer enamorada con acentos ante los cuales han palidecido las glorias del héroe y de sus armas.

MARÍA ROSA LIDA.

peitia, el vizcaíno (paisano, por tanto, de Ercilla que, aunque nacido en Madrid, se jacta en su poema, XXVII, 30, de su origen vizcaíno), que «le aguardaba ansimesmo levantada la espada» (I, 8). La pausa se sitúa al fin de lo que originalmente era la primera parte del *Quijote*, acentuando con la interrupción entre dos grandes divisiones de la obra la identidad de estructura con el segundo ejemplo de *La Araucana*. Y, como Ercilla, Cervantes llena el intervalo con consideraciones literarias ajenas a la acción de la obra: el lector saborea el descubrimiento de la crónica arábiga de Cide Hamete Benengeli — sátira del manido recurso de los libros de caballerías, de presentarse como traducción de un relato escrito en antiquísima lengua —, antes de que los dos rivales reanuden el combate y bajen las espadas. La deliciosa caricatura que es la batalla con el vizcaíno no parece haber agotado para Cervantes el chiste de la situación, ya que nuevamente vuelve a aludir a ella en el *Viaje del Parnaso*, VIII, 22-24:

Guarda, Apolo, que baja, guarde Rengo
el golpe de la mano más gallarda
que ha visto el tiempo en su discurso luengo,

risueña mención del citado apóstrofe épico a Rengo (*La Araucana*, XXIX, 53):

Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda
con gran rigor y furia acelerada
el golpe de la mano más gallarda
que jamás gobernó bárbara espada.

NOTAS

PORTUGUÉS-CASTELLANO

(Adición a *Revista de Filología Hispánica*, IV, pág. 284)

La cita del anónimo gramático de Lovaina, 1559, a propósito del sentimiento reinante sobre si el portugués y el castellano eran variedades de una misma lengua o lenguas diferentes, quedó falta de la continuación, que también es ilustrativa. Lo transcrito fué: «El quarto lenguaje es aquel que io nuevamente llamo Lengua Vulgar de España, porque se habla i entiende en toda ella generalmente, i en particular tiene su asiento en los reinos de Aragón, Murcia, Andalucía, Castilla la nueva y la vieja, León i Portugal: aunque la lengua Portuguesa tiene tantas i tales variedades en algunas palabras i pronunciaciones, que bien se puede llamar lengua de por sí...». La cita quedó aquí malamente interrumpida. Así continúa: «aunque...bien se puede llamar lengua de por sí, todavía no es apartada realmente de aquella que io llamo vulgar, antes son una misma cosa, manaron de una mesma fuente, tienen en todo i por todo una mesma descendencia, salvo que la Portuguesa se parece algo más con la madre de entrambas, la lengua Latina. Por esto no embargante, lícito es a cada uno apartarlas la una de la otra, i, de quatro que io hize, hacer cinco lenguas diferentes» (Ap. Viñaza, *Bib.*, col. 504). Esta continuación de la cita parece, por un lado, elaborar la idea como una opinión personal; por otro, en la cortés concesión de que es lícito a cada uno contarlas por dos lenguas diferentes, parece aludirse a la existencia de la otra opinión como también mantenida por muchos, y esto es lo que recibe apoyo importante de la otra cita del Condestable de Castilla, que aconsejaba a Carlos V casarse con doña Isabel de Portugal «porque es de nuestra lengua». Esperamos de la cortesía de nuestros colegas hispanistas y portugueses la aducción de nuevas citas que aclaren en uno u otro modo esta cuestión.

AMADO ALONSO.

ALMARIARSE < MAREARSE + ALMADIARSE

1. El arabismo *almadía* 'jangada, barca chata de río' (Dozy, *Glossaire* 148), 'balsa de maderos' (Eguílaz, *Glosario*, 207) es vocablo antiguo del español, que todavía vive en algunas regiones de la península, como, p. ej., Aragón (Borao, *Dicc.*, 159), Rioja y Navarra (A. Alonso). Los ejemplos más antiguos, que conozco,

proceden de la Relación del primer viaje (1492), de Colón: «vinieron [los indios] a la nao con *almadias*, que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, en que en algunas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, fasta haber dellas en que venía un solo hombre» (13 de octubre). En los apuntes del 25 de ese mes el Almirante emplea cinco veces la misma palabra y, tres días después, usa por primera vez el antillanismo *canoa*, asimilándolo al vocablo español: «Cuando iba a tierra con los navíos salieron dos *almadias* o *canoas*».

Nada se opone a que Nebrija conociera en seguida estos textos; pero lo curioso es que, al componer su Diccionario (1493), dejase de lado el arraigado arabismo *almadía* e incluyera el novísimo americanismo *canoa*, al que da como equivalente latino el helenismo descriptivo 'm o n o x y l o n', donde resume los datos de Colón. Nebrija es quien da luego la pauta a Covarrubias, que no registró *almadía*, pero sí *canoa* 'varco hecho ordinariamente de una pieza' (*Tesoro*, I, s. v.). Un siglo más tarde, en 1726, la Academia registra ya la voz *almadía* en su primer Diccionario (I, 224).

2. Sobre ese nombre se formó el verbo *almadiar(se)* que tuvo, en un principio, el sentido recto de 'marearse'. No conozco ejemplos anteriores al siglo XVI: en textos del XV, relativos a la navegación, sólo se usa *marear(se)*, y este mismo muy rara vez, como en *Andanças e viajes* (1439) de Pero Tafur, no obstante ser sorprendido, a menudo, por violentas fortunas: «e fuime a reposar bien cansado, e enojado, e *mareado*, e quito de toda ufanía» (pág. 11). Pero desde la segunda mitad del siglo XVI el verbo *almadiarse*, 'marearse en el mar', empieza a abundar en la literatura; por mis ejemplos, *almadiarse* es más frecuente en los escritores vinculados por algún motivo a cosas de América. Así, Eugenio de Salazar hace juegos etimologistas con el vocablo y lo usa tres veces en prosa y una en verso: «la fuerza del mar hizo tanta violencia en nuestros estómagos y cabezas, que padres e hijos, viejos y mozos quedamos de color de difuntos, y comenzamos a dar el alma (que eso es el *almadiar*) y a decir *boac*, *boac*; y, tras esto *bor*, *bor*, *bor*, y juntamente lanzar por la boca todo lo que por ella había entrado aquel día y el precedente»; — «También hay ríos caudales... no llenos de granos de oro, como el Cibao y el Tajo, sino de granos de aljofar más que común, de grandes piojos, y tan grandes que algunos *se almadian* y vomitan pedazos de carne de grumetes»; — «cuando había bonanza para ello, iba penejando [el navío], que cada día *nos almadiábamos* de nuevo en habiendo un poquito de tiempo» (*Cartas*, págs. 36, 38, 47, ed. *Bibliófilos Españoles*). El cuarto ejemplo aparece en un soneto burlón que Salazar dirigió a un tal Castaño, astrólogo y mercader, que quiso pasar de la isla Española a la de Cuba y fué apresado por un corsario francés: «Algunos dicen que iba *almadiada*, / señor Castaño, vuestra astrología / otros, que se mojó la librería / de vuestra judicaria desastrada» (en Gallardo, *Ensayo*, IV, 393).

Juan de Castellanos lo empleó una vez con alusión a los soldados: «Puesto caso que son *almadiados* / del olor y marinos movimientos, / en gran manera van regocijados» (*Elegías*, II, c. I). Otro tanto se ve en el Romance con que Mateo Rosas de Oquendo relata su venida a América: «¡Arriva, que nos perdemos! / que ba a pique la fragata! / Yo venía *almadiado* / como pescado en el agua, / tan pribado de sentido / como lo salí d'España» (texto de A. Reyes, en *RFE*, IV, 344). Finalmente, de la misma centuria, un ejemplo de Fernán González de Es-

lava: «Teresa. — Al diablo os encomiendo: / ¿no veis que vo *almadeada*? / marido, que echo la hiel» (*Coloquios*, VII, 92 a. Comunicación de la señorita Frida Weber).

Algunos escritores del siglo XVII ofrecen también ejemplos: *almadiarse* Fr. Alonso de Cabrera (1600) en los dos textos allegados por Mir y Noguera (*Rebusco* p. 42; *almadearse* que Luque y Faxardo introduce (1603), en un pasaje recogido por Rodríguez Marín (*2500 Voces*, pág. 21).

En todos los ejemplos que tenemos en verso (Salazar, Castellanos, Rosas) el metro exige *almadiado*; este silabeo, y un cruce casi seguro con el sinónimo (y casi homófono) *marearse*, favorecieron particularmente el paso a la conjugación en *-ear*. La confusión de los sufijos *-iar* y *-ear* es un hecho registrado desde los comienzos de nuestra literatura (*camear* por *camiar* 'cambiar' en el *Cantar de Mio Cid*), pero no se generalizó hasta época moderna, en casi toda América y muchas regiones de España.

Por supuesto, *marearse* o *almadiarse* puede ocurrir sin mar y sin *almadía*. Es el especial malestar fisiológico lo significado, cualquiera sea su causa. El *Diccionario histórico* (1933), de la Academia, ha registrado un texto de 1585: «Con aquellas vueltas falsas [del caballo] se desvanece la cabeza [del caballero] y anda *almadiado*» (Suárez de Peralta, *Tratado de la gineta*, f. 65). El P. Bernabé Cobo nos ofrece otro muy expresivo en 1653: «hombres y bestias [caminando de Lima a la Sierra] se entorpecen y *almadean*, como lo hacen en la mar los que de nuevo se embarcan, sin que la persona pueda comer bocado mientras le duran las bascas y revolución que siente de estómago, con que viene a trocar cuanto en él tiene; ... tres veces que he subido de los Llanos a las provincias de arriba... he sentido esta destemplanza de estómago; y la segunda vez *me almadeé* muchísimo con grandes bascas y vómitos, no habiéndome *almadeado* por la mar en muchas navegaciones que he hecho» (*Historia*, L. 2°, c. X, 159).

3. Pero el uso preponderante en los autores, desde el siglo XV, y hoy exclusivo de la gente culta, es el del verbo *marearse*, con los mismos sentidos arriba expuestos. Nos parece innecesario abundar en ejemplos. Allegaremos sólo un pasaje del P. Acosta que pondera los efectos del *marearse*, fuera del agua: «un efecto extraño, que haze en ciertas tierras de Indias el ayre, o viento que corre, que es *marearse* los hombres con él, no menos sino mucho más que en la mar. Ay en el Pirú una sierra altissima que llaman Pariacacca; yo avía oydo dezir esta mudança que causava, y yva preparado de lo mejor que pude, conforme a los documentos que dan allá los que llaman vaquianos, o pláticos, y con toda mi preparación quando subí las Escaleras, que llaman, que es lo más alto de aquella sierra, quasi súbito me dió una congoxa tan mortal, que estuve con pensamientos de arrojarme de la cavalgadura en el suelo... Y con esto luego tantas arcadas y vómitos, que pensé *dar el alma*... (*Historia natural*, lib. III, c. IX, 141). Repárese en que Salazar, haciendo etimología popular, dijo antes, en el primero de sus ejemplos, que *almadiar* era 'dar el alma'.

4. El cruce de *marearse* con *almadiarse* ha dado el vulgarismo *almariarse*. A fines del siglo XVII el hecho se ha cumplido ya en España. Dos casos de *almarearse* extrae Rodríguez Marín de los *Tratados* (1676) de Fr. Domingo Fernández Navarrete. Los textos han sido reproducidos después en el *Diccionario Histórico* I, 459. He aquí uno: «Lo que *se almearon* los compañeros fué increíble; en mí no hacen mudanza estas cosas muchos años ha».

En los repertorios dialectales de España y América, tanto como en la poesía popular, no hallamos ejemplos de *almariarse*. Los pocos que ahora damos pertenecen a la literatura gauchesca, donde significa 'marearse', sea cual fuere el origen del mareo: « Por supuesto, en la cruzada / la muchacha se *almarió*, / y cuasi, cuasi largó / la panza y la riñonada » (*Paulino Lucero*, 247) / « Muy de priesa y *almario* / del maldito movimiento / de la boleta [goleta], al momento de haberme desembarcao / ... te escribo » (*Aniceto el Gallo*, 122), « ¿cuándo, en la vida / ha visto domar usté, / como dicen que se ve / domar allá [Inglaterra] un animal, / poniéndole entre el morral / un misto de cloroflor, / que sólo con el olor / queda *almario* el bagual ? » (*Del Campo, Carta a Aniceto el Gallo. Poesías*, pág. 282); / « Dice [Pacomio] que ella hace mal en consentir que yo vaya a su casa, cuando todito el mundo sabe que usté [Pantaleón], que usté, fíjese bien, criatura, que usté anda *almario*, loco por mí !... Y se riyó [doña Julia] al decir esto... » (*Lynch, Romance de un gaucho*, pág. 44).

Como tenemos ejemplos peninsulares de *almarearse* en el siglo XVII, es posible que la forma rioplatense *almariarse* sea una vieja herencia (aquí *-ear* suena *-iar*); pero es históricamente muy probable que el cruce *almadiarse* + *marearse* > *almariarse* se haya cumplido también directamente en la región rioplatense repitiendo el proceso peninsular. El trueque vulgar *-ri-* por *-di-* (Elario, presirio, etc.) es conocido, y un rural *almadiarse* siempre está expuesto a convertirse en *almariarse* por la concurrencia del urbano *marearse* (pronunciado *mariarse*).

ELEUTERIO F. TISCORNIA.

OTRO MANUSCRITO DE RUY DÍAZ DE GUZMÁN

La *Argentina: Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata*, de Ruy Díaz de Guzmán (c. 1558-1629), es conocida a través de copias tardías, que difieren no poco en el texto. Pedro de Angelis mencionó la existencia de seis manuscritos ¹, de los cuales utilizó tres: 1° el que perteneció al doctor Julián de Leiva, « de una letra moderna e inteligible, con grandes márgenes, en que su anterior dueño, el finado Dr. D. Julián de Leiva, ha agregado de su puño algunas correcciones y variantes »; 2° el del doctor Saturnino Segurola, « el más antiguo de los que hemos consultado — dice de Angelis —, y, por el abuso que en él se hace de duplicar las consonantes, contra las reglas de la ortografía castellana, inferimos que sea la obra de algún jesuita italiano »; y 3° el de José Nadal y Campos, que no describe, y cuyo paradero actual se ignora. De los tres restantes nada nos dice, aunque recuerda que Ruy Díaz envió un original a su protector el Duque de Medinasidonia, y que otro autógrafo que existía en el Cabildo de la Asunción fué sustraído en 1747 por el gobernador Larrazábal, según dato de Félix de Azara. Groussac utilizó cuatro copias para su edición pero no incluyó más que las variantes que le parecieron de mayor impor-

¹ PEDRO DE ANGELIS, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1836, tomo I, Discurso preliminar del editor, págs. IV-V.

tancia ¹: 1° el de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro (15, 2, n° 20), que coincide casi textualmente con la edición de Angelis, y se copió en Córdoba hacia 1781; 2° otro de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro (15, 3, n° 15), que según se conjetura es el que fué de Leyva; 3° uno fragmentario de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, que sólo alcanza al capítulo XII de la Segunda parte; y 4° el de Segurola, ya conocido por de Angelis, depositado en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Groussac señaló la existencia de otras copias perdidas: la que tuvo en su poder el P. Lozano en Córdoba, extraviada con la expulsión de los jesuitas, la que llevó Azara a España, y otra que utilizó Juan Francisco de Aguirre. Groussac conoció pero no pudo usar dos códices: el que copió en Asunción Francisco de la Rosa en 1760, hoy desconocido, que sirvió para la edición impresa en Asunción (1845), y otro existente en el Museo Británico, incluido en el *Catálogo* de Gayangos. Jorge M. Furt anotó la existencia de un manuscrito fragmentario en Córdoba ².

Por nuestra parte indicaremos una nueva copia existente en Lima, con diferencias, según resulta de su descripción sumaria que transcribimos de la obra del P. Rubén Vargas Ugarte, *Manuscritos peruanos de la Biblioteca Nacional de Lima (Biblioteca Peruana, Lima, 1940, II, pág. 176)*: « N° 1032. 337. 4° encuad. pasta, 3 ff y 114 ff. n. Dorso: Dos Mss. peruanos. Port. La Argentina de Ruy Díaz de Guzmán, copiada del texto ms. v. en bl. Dedicada a D. Alonso de Guzmán el Bueno, mi Sr. Duque de Medina Sidonia y Conde de Niebla... 1f. Prologo y argumento al benigno lector. 1f. Sigue el texto. En la portada de letra del copista (D. Francisco de P. Gonzales Vigil) ³ se dice que se han copiado algunos de los defectos ortográficos del original. »

Ya parece oportuno emprender la edición crítica de la obra de Ruy Díaz. Meritísimo fué el trabajo de Groussac, que satisfacía cumplidamente los intereses históricos, pero tenemos reunidos ahora cierto número de manuscritos diversos en el texto y en la época, que reclaman un estudio comparativo que los vincule fijando su respectiva filiación, trabajo que servirá intereses lingüísticos y literarios, hasta hoy aplazados.

JULIO CAILLET-BOIS.

¹ *Anales de la Biblioteca*, Buenos Aires, 1914, tomo IX, págs. XXXV-LI.

² *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires*, tomo I, n° 1-10, 1922-1923, págs. 180-182.

³ Francisco de Paula González Vigil (1792-1875) fué director de la Biblioteca Nacional de Lima en los últimos años de su vida.

RESEÑAS

AMÉRICO CASTRO, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Buenos Aires, Losada, 1941, 159 págs.

En los últimos años Américo Castro ha ido dando a su pensamiento de historiador un vuelo de altura. Le interesa desde luego la averiguación de los hechos particulares, pero solamente como una labor previa para su inscripción ilustrativa en las largas líneas de la historia, o, como él mismo dice, para buscarles el sentido « mediante su articulación con el total complejo de la vida hispánica ». Su concepción de la historia cultural le empuja a relacionar hechos de muy diversos aspectos de la vida colectiva, buscándoles la raíz común, reduciéndolos a un común denominador cuando son de una misma época y descubriendo lo duradero en lo transitorio y accidental cuando son de épocas diferentes. Sus lecciones magistrales se orientan en esta dirección, y, entre sus últimas publicaciones, ejemplo mayor son sus magníficos artículos sobre *Lo hispánico y el erasmismo*, publicados en esta *Revista* (II, págs. 1-34 y IV, págs. 1-66). Estos mismos procedimientos de historiar ha aplicado a la interpretación del lenguaje de Buenos Aires. La cuestión se plantea así: La región del Plata es la de mayor y más vivaz cultura en toda Hispanoamérica. ¿Cómo explicar entonces que el idioma « presente rasgos de desorden y hasta de desquiciamiento »? (pág. 10). Castro ve la respuesta en el modo de ser de la historia total argentina que caracteriza como de « turbulenta vitalidad, global y radical, por tanto, de esencia » (pág. 35), carácter enlazado « con el modo de existir Buenos Aires desde sus comienzos. Puertos espléndidos, como Buenos Aires y Montevideo, se vieron obstruidos para el comercio » (hasta 1778) por la aduana seca de Córdoba, y la única solución, impuesta por la necesidad de vivir, fué « el desorden legal ». « La incipiente ciudad tuvo que hacerse contrabandista, y a ella acudieron pobladores irregulares, portugueses del Brasil, judíos conversos. » (págs. 52-53). Con Rosas, triunfa la masa vulgar, que no es desalojada ni después de Caseros, 1852 (pág. 64). « Cada nuevo alud de advenedizos ha podido cultivar en la Argentina su anárquica espontaneidad, no porque el advenedizo la trajera, sino porque la encontró » (pág. 69) ¹.

Se puede disentir de esta concepción histórica, como Castro disiente explícitamente de la de otros historiadores; se puede rectificar su interpretación de la poesía gauchesca; para el lenguaje mismo, se le puede rebatir con que Nueva

¹ Esta tesis de Castro es réplica a mi modo de ver las cosas en *El problema de la lengua en América*. Más claramente en las págs. 24-25.

York justifica mucho más que Buenos Aires la impresión de campamento, que el castellano de los criollos porteños no es ciertamente de inferior calidad que el portugués de los criollos cariocas o el inglés de los neoyorkinos (ni inferior al español de Santiago de Chile o de la Habana); y que el nacionalismo lingüístico del Brasil y de Norteamérica es más agudo y pertinaz que el argentino ¹. Se puede disentir y discutir todo cuanto se quiera; pero es muy lamentable que algunos comentaristas argentinos hayan tomado este libro meramente como una expresión de desafecto y hayan replicado con enconados ataques personales. Pero no hay tal desafecto. La vehemencia y pasión que Castro pone en su estilo es expresión del más profundo interés y pertenecen, para emplear una palabra del título, a la peculiaridad de su dialéctica. El sincero interés y el deseo de ayudar a mejorar las cosas es lo que le ha hecho trazar su croquis de la historia argentina con las líneas de su turbulenta vitalidad, y cargar de tintas negras la pintura del hablar rioplatense. Obsérvese, sin embargo, que no señala defecto alguno sin que en su misma condena venga implícito el deseo de perfeccionamiento. Sus observaciones nunca son despectivas ni desdeñosas, ni hechas desde un frío apartamiento intelectual. Cuando habla de lo español a sus españoles, Castro emplea la misma vehemencia y mayor causticidad. El cuadro del hablar de los estudiantes universitarios madrileños, que pintó en dos artículos en *El Sol* pocos años antes de la guerra civil, no resultaba menos negro que el que nos da del hablar rioplatense. La auténtica actitud de Castro en esta cuestión se expresa inequívocamente en el breve artículo aclaratorio que publicó a principios de este año en *Nosotros* (enero de 1942, págs. 3-10: *Unas palabras complementarias*); pero bien patente estaba ya en las páginas 107 y 108, que quiero reproducir in extenso, deseoso yo también de intervenir y de ayudar un poco a la comprensión mutua: « Tal estado de cosas podrá remediarse o paliarse en la medida en que las generaciones jóvenes se decidan a tomar posiciones respecto de tan espinoso y complejo asunto, que es independiente de toda política, que es anterior y posterior a cualquier política. Las discusiones en torno al lenguaje usado en la Argentina han solido consistir a menudo en críticas acerca de las incorrecciones de gramática y vocabulario en que incurren los doctos y los semidoctos. Hoy me preocupa más percibir el sentido de tales hechos y proveerlos de una perspectiva histórica. Claro que la ciencia en este caso no puede ser averiguación fría, interesada meramente en fijar la exactitud de unos resultados que acaban por dejar herida la propia sensibilidad del científico. A los países rioplatenses les incumbe, les está incumbiendo, una misión continental, que un día será mundial, como zonas esenciales de la cultura hispánica. Se ha producido en ellos un magnífico brote literario, científico y vital. Muchos escriben y piensan allá con un rigor y una originalidad que abre el ánimo a las más altas esperanzas. No puede, no debiera, la vulgaridad de tipo masa reducir a islotes y a estrictos lagos lo llamado a ser amplia corriente y vasta extensión, a donde no alcanzan « pingos, fletes ni redomones ». Con el localismo ingenuo y pintoresco no se camina lejos. Es problema al

¹ Para el triple paralelo entre « idioma nacional », « lingua nacional » y « national tongue », cfr. mi libro *Castellano, español, idioma nacional*, Buenos Aires, 1938, págs. 145-174.

que valdría la pena que la despierta juventud rioplatense dedicara atención y amor ».

Como ha ocurrido ya en ocasiones análogas, algunos jóvenes escritores argentinos van reaccionando contra la acogida de pura diatriba que se le dió a este libro y van viendo el fondo de verdad — o por lo menos de defendible interpretación — que hay en él. Discrepancias ocasionales no les estorban, ni tampoco el abultamiento dialéctico de las líneas. Estos escritores que digo no son profesionales del purismo, ni sospechosos de poco patriotas, ni ligados en compromiso alguno con Américo Castro. Y no me parece bien declarar ahora sus nombres porque varios de ellos me anuncian la publicación próxima de sus comentarios. Por supuesto, ni al autor ni a la cuestión interesaría la constitución de dos bandos, uno que injurie la totalidad del libro y otro que la ensalce; medítese sobre la perspectiva central y sobre los varios temas sustanciosos que aparecen en rápida revista; acéptese, rechácese, corrijase, amplíese, descuéntese esto o aquello; en suma, critíquese todo, no para decidir si el libro de Américo Castro está bien, o mal o regular, sino por lo que la cuestión atañe a nosotros mismos y a nuestras formas de convivencia. Pues éste de la lengua viva no es un tema de puro conocer, sino que afecta directamente a nuestra conducta social.

AMADO ALONSO.

JOSÉ E. PERDOMO, *Léxico tabacalero cubano*, La Habana, 1940, XII-163 págs. (con varios mapas, fotografías y dibujos demostrativos).

Este libro ha sido hecho por motivos no lingüísticos, pero la lingüística le da la bienvenida. « Las repetidas consultas que se han formulado al autor, en su carácter de Director-Jefe de Propaganda y Defensa del Tabaco Habano, sobre el significado de palabras y frases usuales en el giro del tabaco que no aparecen en los diccionarios de la lengua, nos ha movido a llevar a cabo este trabajo... » (pág. VII). Las dudas sobre la exacta significación de la terminología tabacalera tienen una importancia práctica en el comercio, sobre todo en el exterior, y también lo tiene el saber la legitimidad de las marcas. El *Léxico* recoge unas 920 voces o giros diferentes, de los cuales cerca de 400 son marcas de fábrica (Chaps, Flor de López Hermanos, etc.) En fin, lo que el Director de la Comisión Nacional se ha propuesto es proporcionar un instrumento de confianza que tenga autoridad para fijar el valor de ciertos términos en los contratos. Y se recogen palabras referentes a todas las materias y operaciones, desde los abonos, los diferentes modos de siembra y de cultivo, los insectos que atacan a la planta, la manipulación industrial y el comercio. Aquí es donde la lingüística encuentra su provecho.

D. Fernando Ortiz, en un breve prólogo, pide al autor que en las sucesivas ediciones dé mayor cabida a lo histórico y a lo folklórico. Nos adherimos muy gustosos a ese deseo. Y más: lo extendemos a que se nos dé un *Léxico tabacalero* atendiendo centralmente a los intereses lingüísticos. El estudio del léxico hispanoamericano se ha hecho hasta ahora de un modo desarticulado. Los Vocabularios de cubanismos, mexicanismos, peruanismos o argentinismos se han ido juntando por agregación de cuantas palabras le parecían al autor desconocidas en los

otros países. Diccionarios de curiosidades léxicas, los podríamos llamar. Por supuesto, gracias a ellos se han anotado muchísimas palabras que de otro modo ignoraríamos, y libros así su valor tienen, y buena ayuda nos seguirán prestando durante mucho tiempo. Pero las cosas se pueden hacer ya mejor, con técnica mucho más productiva para la recogida de materiales, con mejores procedimientos descriptivos y con ideas y finalidad más en armonía con la ciencia del lenguaje. Lo que la lingüística busca en el estudio de una lengua particular es conocer un hablar como sistema funcionante. Si nos reducimos al estudio del léxico, lo que deberá buscar el Diccionario de una región es conocer cómo funciona ahí el léxico como un sistema vivo. Decir « sistema » implica que en él todos los elementos se relacionan: una significación sólo nos será bien conocida cuando conozcamos también las otras significaciones con que esté especialmente emparentada. O dicho a la manera de Ferdinand de Saussure: « En el interior de una lengua misma todas las palabras que expresan ideas vecinas se limitan recíprocamente ». Decir que lo que buscamos conocer es el funcionamiento vivo de un sistema lingüístico significa que queremos saber cómo es y cómo opera el sistema léxico en una misma cabeza, o, si se quiere mejor, en el sentimiento que una sociedad dada tiene de su idioma natural y en el uso que de él hace. Un adecuado estudio de vocabulario nos puede mostrar cómo se articula y ordena la realidad continua en « clases » de objetos, cómo se unen y se separan en la mente de los hablantes esas clases de objetos, qué subclases y variedades se reconocen gracias al juego de significaciones, y cómo cada significación fija sus límites y adquiere precisión gracias a las otras significaciones que se le oponen, se le coordinan o se le subordinan. Por ejemplo, en el artículo *Apartador* de este *Léxico* leemos: « En las escogidas de Partido y Vuelta Abajo se les llama escogedores, revisadores, rezagadores y repasadores o también apartadores, según el trabajo que realicen ». Este « según » es el que quisiéramos ver explicado, y no en cada palabra desparramada en el *Léxico* por el azar de su inicial, sino juntándolas todas por el parentesco especial de la operación. Por supuesto, además de las significaciones de las palabras, la lingüística busca fijar los valores no intelectuales que conllevan su grado de aceptación social y su área geográfica de uso. Además, los usos traslaticios que tenga en el país la nomenclatura estudiada (¿ se dice en Cuba, de un hombre de mal genio, que tiene o es de « mal tabaco » ?). Este programa no se puede cumplir tomando el vocabulario entero de una lengua, pero sí con vocabularios parciales, vocabularios especiales de todas clases, cuya unidad se determine por la de un aspecto particular de la vida colectiva: de oficios, de juegos, de la comida, de los vestidos, etc., etc. Dentro de cada vocabulario especial, la división en secciones permitirá aún más ordenar las significaciones tal como ellas están agrupadas en las mentes de los hablantes. Por ejemplo: del tabaco, a) el cultivo; b) la preparación para el trabajo industrial; c) la elaboración industrial (aquí, quizá más de una sección); d) el comercio, e) nomenclatura y fraseología del fumador; f) cualidades buenas y malas de los cigarrillos, etc. La manera de que se nos presente orgánicamente la nomenclatura es que cada sección empiece por una sobria, clara y fiel descripción de la materia misma significada, llamando a cada cosa por su nombre, y ayudándose de dibujos y fotografías — como ha hecho el señor Perdomo — siempre que la materia lo permita. Con descripciones de este tipo nos informamos del valor de las palabras mucho mejor que con el sistema

viejo de las definiciones; el estudio de cada palabra aislada viene a continuación, y ahí es donde se deben poner acumulativamente noticias sobre todos los valores y usos de cada una, noticias históricas y citas de autores, etc. Aun en este estudio de las palabras separadas, conviene ordenarlas según su relación semántica; la ordenación alfabética, necesaria prácticamente, sólo debe aparecer en el índice general al final del libro.

Sería impertinente de mi parte pedir al distinguido Director-Jefe señor Perdomo que altere fundamentalmente la factura de su libro para sujetarla a las técnicas de una disciplina que no es la suya. El libro del señor Perdomo tiene una finalidad explícita, y con este plan que proponemos su actual finalidad quedaría en segundo término, y aun a veces en conflicto con la nuestra. Por ejemplo, el doctor Fernando Ortiz habla del « vernáculo lenguaje *tabaquero* », lo que nos prueba que en Cuba, como en muchas partes, *tabaquero* es adjetivo que alterna con *tabacalero*. Pero el señor Perdomo no registra *tabaquero* en este sentido, sino que lo reserva para el de « obrero del tabaco », sin duda con la intención de ayudar él mismo a la fijación y especialización de la nomenclatura. En fin, que, en cierto modo, el propósito del señor Perdomo es normativo. Y una codificación normativa tiene que aceptar y rechazar, porque sus consultadores quieren saber a qué atenerse. Un estudio lingüístico, en cambio, lo que quiere es conocer y comprender. Por eso no rehuye la complejidad de la vida del idioma, sino que la busca plegándose a sus dificultades. Pero si este programa no cabe en las futuras ediciones del *Léxico* del señor Perdomo, cuya utilidad en la forma en que ha sido concebido es evidente, sí podemos esperar que algún joven universitario lo pueda emprender paralelamente, ayudado por la experiencia del señor Perdomo y por los consejos del doctor Ortiz. Vocabularios de esta clase es lo que más necesita la lingüística hispanoamericana, y fomentar su empresa es nuestro mayor deseo, convencidos de que en esta clase de estudios tenemos un magnífico filón para el estudio de la historia de nuestra cultura.

AMADO ALONSO.

GUILLERMO ROJAS CARRASCO, *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica*. (Primer premio de la Academia Chilena de la Lengua). Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, Impr. y lit. Universo, S. A., 1940, 302 págs.

La obra de don Guillermo Rojas Carrasco trata de presentar « un cuadro general que permita darse cuenta cabal del desarrollo de los estudios filológicos hechos en nuestro país por chilenos y por extranjeros avecindados en él ». Esta afirmación evoca en seguida tres nombres capitales en filología española: Andrés Bello, Federico Hanssen y Rodolfo Lenz. Al autor le ha interesado, más que un índice bibliográfico que atiende a la materia estudiada, presentar un panorama histórico de las actividades filológicas desarrolladas en el escenario chileno. Y lo logra plenamente, articulando lo bibliográfico dentro de la reseña histórica.

Empieza con un estudio del problema ortográfico, desde las tentativas de Bello y de Sarmiento hasta la adopción por decreto, en 1927, de la ortografía académica; luego una reseña de la actividad lexicográfica, que ha sido especialmente

productiva en Chile (enmiendas al *Diccionario* de la Academia, recopilación de barbarismos y chilenismos, estudio de los nombres vulgares de plantas y animales y el *Diccionario etimológico* de Rodolfo Lenz); los estudios sobre las lenguas indígenas desde el *Arte* de Valdivia en 1606; los trabajos de gramática histórica, métrica, etimología y semántica, sobre todo los de Hanssen; los estudios generales y especiales de gramática, en que se destacan la *Gramática* de Bello y *La oración y sus partes* de Lenz; una serie de artículos de lingüística general (este capítulo es en realidad una mescolanza de temas diversos, ninguno de ellos de lingüística general) y una reseña histórica de los trabajos de folklore.

Es evidente el interés del tema y la buena labor del autor. Y todavía los extraños hubiéramos obtenido mayor provecho si en lugar de la difícilísima e imperfecta clasificación por materias, hubiera ordenado la producción filológica chilena por épocas, se hubiera detenido en los tiempos de Bello y en sus polémicas con Sarmiento, nos hubiera esbozado la trascendencia de la labor de Hanssen y Lenz en Chile y nos hubiera presentado los estudios lingüísticos engranados con las corrientes culturales, literarias y pedagógicas de Chile. Sólo así se hubiera justificado la inclusión de trabajos como el de Eduardo de la Barra, que sostiene que el castellano y las otras lenguas románicas son célticas por su gramática y latinas por su léxico (pág. 248), o el de Thayer Ojeda sobre que los idiomas latinos proceden de una lengua ibero-ligur (pág. 249), al que el autor — con evidente generosidad — califica de « estudio simpático e interesante » o de « curiosa suposición ». La materia filológica exige una agrupación adecuada y una jerarquización rigurosa de valores.

Simultáneamente con *Filología chilena* se publicó el tomo VI de nuestra Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana: *El español en Chile*, con los trabajos de Andrés Bello, Rodolfo Lenz y Rodolfo Oroz. En este tomo Rodolfo Oroz publica una *Bibliografía del español en Chile*, en que registra y comenta 131 títulos. El trabajo de Rodolfo Oroz y la obra de Guillermo Rojas Carrasco nos presentan a Chile con un interés vivo, mantenido durante más de un siglo, por los problemas de la lengua.

ÁNGEL ROSENBLAT.

A. BENVENUTO TERRACINI, *¿Qué es la lingüística?* Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras (Cuadernos de Letras, II). Tucumán, 1942, 64 páginas.

En esta breve historia de la lingüística como historia crítica de problemas, Terracini no ha querido darnos una lista linealmente cronológica de escuelas y de doctrinas individuales, ni una clasificación « sincrónica » — para usar la palabra familiar al lingüista — de las tendencias actuales en la materia. El plan elegido por Terracini nos hace asistir al desarrollo mismo de la lingüística moderna como crecimiento de un saber vivo que, siempre en conexión con el sesgo mental de cada época, salva unas veces sus estrictas fronteras para apoderarse de terrenos vecinos, y otras veces se contrae y defiende contra el influjo de las demás disciplinas, o acaba por ceder a él.

De manera parecida se nos muestran, no como oposiciones excluyentes, sino

como juego incesante y fecundo de acción y reacción, otros conflictos de tendencias en la historia de la lingüística: conflictos entre « positivismo » e « idealismo », y en general entre actitudes empíricas y filosóficas. Así vemos cómo unos teóricos concentran la lingüística en un orden estricto de fenómenos (recuérdese la terminante afirmación de Saussure: « la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma »), y cómo extienden otros la noción de lenguaje a toda expresión, con lo cual llega a amenazarse, cuando se pierde de vista el especial sentido en que esa ampliación es lícita, con disolver la lingüística en filosofía. Así vemos también en permanente dualidad el estudio de la tradición idiomática frente al de cada proceso de creación individual, y, como lo ilustra el ejemplo del problema etimológico, la investigación que se orienta hacia la palabra aislada frente a la que encara más bien la lengua como sistema.

En el caso especial de la etimología, según lo analiza el autor, resalta precisamente esa dualidad porque interesa a muy amplios y variados aspectos del lenguaje: tal la oposición entre la validez histórica que el etimólogo ingenuo atribuye a su etimología y, por otra parte, su validez — en plano distinto, en segunda instancia — para el crítico que en esa etimología ve documentado el sentimiento lingüístico del etimólogo, donde tan importante papel desempeña a veces (como en el característico ejemplo del etimologismo estoico) una subyacente actitud metafísica. Hasta en la historia misma del método de investigación etimológica¹ distingue claramente el autor entre un primer momento de reconstrucción externa y un momento ulterior en que la investigación atiende el íntimo y vivo funcionamiento de la palabra en el espíritu del hablante: de la palabra, desde luego, engranada en el sistema total de su lengua. A una común tarea reconstructiva parecen al pronto dedicados tanto un Gilliéron como un Pott — y en general los primeros lingüistas —; pero mientras éstos ven como meta final la reconstrucción misma, entendida como desnuda correspondencia de dos términos, « para Gilliéron es el valor actual del lenguaje, mucho más que su valor fósil, lo que constituye el centro de su interés investigador ». La reconstrucción no es ya fin, sino medio para revivir lo efectivamente sentido, imaginado y pensado por el hablante concreto.

Pero por encima, o por debajo, de todas estas dualidades y correlaciones parciales que mueven la historia entera de las doctrinas lingüísticas, se nos aparece el constante influjo recíproco entre las ideas (y preconceptos) con que los hechos se escogen e interpretan, y los hechos mismos, cuyo descubrimiento transforma sin cesar aquellos previos moldes teóricos. Cada nueva actitud ante los fenómenos psico-espirituales en general, o, en particular, ante los culturales, ante los históricos, ante los psíquicos en sentido estricto, dirige la atención hacia nuevos aspectos de lo idiomático o da nueva importancia a hechos ya conocidos. El lingüista no es un aparato registrador ni aun cuando se proponga serlo. Las valoraciones podrán ser en él más o menos conscientes y más o menos originales; pero sin valoración de los hechos estudiados no hay lingüística. Lo vemos como tácito comentario a lo largo de esta revista histórica, que Terracini evita

¹ Véase sobre este punto el excelente artículo de Terracini en la *Enciclopedia Italiana*, s. v. *etimologia*.

disponer, por cierto, en exacta simetría o vaivén. Marchando con perfecta seguridad entre las ramificaciones de los problemas y de las teorías, ni se engaña él ni engaña al lector con fáciles esquematismos. Y nos muestra de paso, sin que necesite detenerse a subrayarlo con especial énfasis, los equívocos ocultos en lemas peligrosamente claros y « evidentes » que en su día arrebataron tras de sí a multitud de investigadores. O los fecundos efectos imprevistos de ciertas direcciones que, aunque lleguen a reconocerse luego como unilaterales e insuficientes, tienen, mientras gozan de favor, la virtud de hacer avanzar resueltamente el estudio de aspectos de la vida idiomática antes descuidados. O la nueva actualidad de concepciones por mucho tiempo abandonadas, que sólo pueden valorarse con justeza una vez pasado el auge de tendencias opuestas — o complementarias — y que hasta ganan en pureza y eficacia por obra, precisamente, de la crítica que pareció al principio destruirlas sin remisión. Recordemos aquí, como ejemplo típico, la parcial vindicación de los gramáticos tradicionales en el *Cours de Saussure* (3ª edición, pág. 118 y sig.) y en *El lenguaje y la vida* de Bally (traducción de Amado Alonso, pág. 19).

El autor sabe presentar y hasta dramatizar brillantemente la sucesión y los conflictos de escuelas, propósitos, métodos, y hacerlos confluir hacia una concisa caracterización de la lingüística actual (cap. V). Como rasgo peculiar de los investigadores « novecentistas »¹ vuelve a señalar Terracini la viva conciencia de que, en rigor, la historia idiomática empieza justamente en el punto en que termina la mera reconstrucción de formas. Insiste, pues, en la particular atención hoy concedida al examen de las relaciones entre individuo y tradición idiomática, de donde el auge actual de la estilística de hablas individuales. Afán de ahondar en la lengua como sistema concreto a que ha de referirse cada aspecto del habla peculiar que se considere. Ante este común propósito de atender a « los aspectos más íntimos del lenguaje » sitúa Terracini la diversa aportación de Saussure y sus continuadores, de Trubetzkoy y la escuela de Praga, y muestra cómo esa preocupación supone a la vez una nueva manera de comprender la tradición idiomática: nueva manera que, a juicio del autor, « no tiene nada que hacer con el concepto de evolución a que nos habían acostumbrado los comparatistas... » (pág. 47). El papel de la tradición idiomática y el de la creación individual, lejos de invitar a la adopción de puntos de vista excluyentes (a dirigir la investigación hacia el valor vivo de los elementos lingüísticos o hacia su valor fósil), sólo cobran verdadero sentido cuando se conciben como mutuamente implicados.

Sobre estas cuestiones, que tan decisivamente interesan al concepto mismo de teoría lingüística y de historia idiomática, nos da el libro de Terracini seguras noticias y finas distinciones críticas. El autor las ordena en equilibrada articulación, a la vez histórica y lógico-sistemática, que se completa con las oportunas notas de las páginas 59 y siguientes y con la bibliografía auxiliar de las páginas finales. Quien desee ahondar en el estudio del tema hará bien en recurrir a esa

¹ Muestra insigne de la nueva lingüística es para Terracini (véase pág. 44) el *Frankreichs Kultur und Sprache*, a cuyo autor dedica además este decidido testimonio de adhesión (pág. 49): « ...Con Vossler el idealismo... señaló de improviso a la lingüística histórica una meta — la única y verdadera, según mi opinión, pues justamente hacia este rumbo, empujada por su impulso interior, ya iba enderezándose a tuestas la lingüística ».

bibliografía y, en primer lugar, a trabajos anteriores del propio Terracini donde se examinan a fondo muchos de los problemas que este libro presenta sólo en resumen o en rápida alusión. De entre sus últimas contribuciones a la historia de la lingüística, citemos al menos las que bajo el título de *L'héritage de la méthode comparative* ha publicado en *Acta Linguistica*, II, 1940, páginas 1-22 y 69-82. Allí encontrará el lector un minucioso análisis de las concepciones lingüísticas de Meyer-Lübke y de Meillet («le plus sensible à l'histoire parmi les comparatistes de son âge») y rápidas pero certeras observaciones sobre las teorías — y los tácitos supuestos teóricos — de Diez, Brugmann, Ascoli y Saussure: sobre la peculiar actitud de cada uno de ellos ante las concepciones naturalistas y biólogos del lenguaje, ante el problema de la reconstrucción histórico-gramatical, ante el de la sincronía, diacronía y pancronía en lingüística, ante el de las relaciones entre una lengua y la mentalidad de sus hablantes y entre la unidad idiomática y la unidad geográfica (o social) de la correspondiente cultura... Buena idea ha sido la de incluir ahora entre los *Cuadernos* de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán una introducción crítica a los problemas del lenguaje. Y acierto indudable el haber confiado la tarea al sabio profesor de lingüística de esa Universidad.

RAIMUNDO LIDA.

JULIO REY PASTOR, *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1942, 176 págs.

H. G. Wells dice: «Fué una desgracia para la ciencia que los primeros europeos que llegaron a América fuesen españoles sin curiosidad científica, sólo con sed de oro, y que, movidos por ciego fanatismo, todavía exacerbado por una reciente guerra religiosa, apenas hicieron muy pocas observaciones interesantes sobre las costumbres e ideas de estos pueblos primitivos. Los asesinaron, los robaron, los esclavizaron, pero no tomaron ninguna nota de sus costumbres.»

Por su parte, el botánico Hicken emite el siguiente juicio: «Llegaron, pues, los primeros exploradores al Río de La Plata con el bagaje aristotélico, casi completamente analfabetos, con un espíritu milagrero...»

Dejando de lado la peregrina idea sobre la formación aristotélica de los marineros y soldados de la conquista, lo cierto es que las opiniones de Wells e Hicken reflejan el juicio desfavorable que existió durante mucho tiempo sobre los aspectos científico y filosófico del descubrimiento. Cualquiera espíritu medianamente crítico podía pensar, sin embargo, que estas opiniones eran temerarias y en todo caso sorprendentes; no puede imaginarse el descubrimiento de un continente, los largos y riesgosos viajes marítimos, el trazado de cartas geográficas, la explotación de las minas peruanas y mejicanas, sin conocimientos extensos y precisos de astronomía, geografía, náutica, cartografía, metalurgia. Hay motivos de sobra para acusar a H. G. Wells cuando menos de falta de imaginación (lo que es singular) y al doctor Hicken de optimismo exagerado sobre la combinación de aristotelismo y analfabetismo¹.

¹ Pero no deben sorprender demasiado estos errores. Los zoólogos y aún los botánicos europeos han necesitado siglos sólo para convencerse de que las observaciones de los españoles sobre la nueva fauna y la nueva flora eran veraces y atinadas.

Claro que, por otro lado, no contribuyeron a aclarar el problema las apoloías de Picatoste, Fernández Vallín y Menéndez Pelayo. Pero en trabajos posteriores se ha empezado a apreciar con exactitud las cosas. Después de libros como el de Rey Pastor sobre *Los matemáticos españoles del siglo XVI* y el presente sobre el descubrimiento, debe darse por terminada la discusión sobre la ciencia y la técnica en España en los comienzos de la época moderna. Escrito con el brillo y severidad científica que son característicos del maestro español, este libro es una gran contribución al conocimiento de las ciencias exactas y naturales en la península ibérica durante ese período.

En la obra de Rey Pastor se estudian, por una parte, los conocimientos científicos que permitieron un hecho técnico tan portentoso como el descubrimiento y la organización de todo un continente; por otra parte, las consecuencias que este hecho tuvo para el ulterior desenvolvimiento de la ciencia.

La navegación de altura fué posible gracias al legado de la astronomía griega, enriquecido luego por los árabes, judíos y cristianos de la Edad Media, acicateados por necesidades técnicas y por prejuicios astrológicos; las *Tablas Alfonsies* son la recopilación de todo lo que en la época se sabía de esencial en las ciencias astronómicas. En cuanto a su aplicación a la navegación, Rey Pastor reproduce la opinión del eminente matemático portugués Gomes Teixeira: «La Astronomía náutica es ibérica y su origen está en los Regimientos de las navegaciones portuguesas. Resultó de la colaboración de Zacuto con los náuticos de la Junta de matemáticos de Lisboa y en especial con José Visinho, y es una aplicación de las doctrinas de origen grecoarábigo contenidas en la gran obra de Alfonso X.»

En cuanto a la Metalurgia, que permitió la explotación minera en el nuevo continente, provenía de los romanos y había sido perfeccionada por los árabes en las minas de Almadén.

A su turno, los grandes descubrimientos de los siglos XIV y XV destruyen prejuicios y supersticiones astronómicas, geográficas, etnográficas, lingüísticas, climatológicas. Se fortalece así la naciente tendencia al libre examen, y tanto por la revolución mental que provocan como por las transformaciones económicas y sociales, los descubrimientos de esa época hacen posible el hecho cultural del Renacimiento. La invención de la imprenta multiplica la importancia de las nuevas ideas y por todas partes se inicia una era de febril actividad material y espiritual: «Después del éxito del primer ataque a la inmovible fortaleza de la ciencia antigua, y deshecho así el dogma de su infabilidad, que hoy apenas podemos comprender, fué ya tarea fácil a la docta multitud de estudiosos que surgió en todos los países cultos lanzarse por la brecha abierta, para destruir cuanto tenía de deleznable la imponente construcción... La experiencia, la visión directa de los hechos, es desde entonces el criterio supremo de verdad, que destrona al criterio de autoridad.» A partir del descubrimiento, se desvanecen como fantasmas nocturnos los monstruos que Aristóteles, Estrabón y pensadores medievales imaginaban que poblaban el mundo más allá de las fronteras de la ecumene: los basiliscos, grifos y dragones desaparecen con los fabulosos mares y tierras que podían contenerlos: la zona perusta, el pulmón marino, el mar tenebroso. Apenas si el Almirante, que aún cree en las sirenas — como poeta que es — anota en sus cuadernos la aparición de dos o tres, pero que no son ni tan bonitas ni tan atractivas como decían.

Con el descubrimiento y la conquista se inician o cobran un impulso decisivo numerosas ciencias y técnicas: la Alquimia va dejando su lugar a la Química, en la medida en que la piedra filosofal se hace innecesaria y modestamente ineficaz, frente a las fabulosas minas de verdadero oro; la Astrología, por su lado, va cediendo ante la Astronomía, porque ahora, más que los horóscopos, interesa el trazado de rutas marítimas seguras y cartas geográficas exactas: se desarrolla correlativamente la Cartografía, el genial Pedro Núñez (Nonius) resuelve el elegante y a la vez útil problema de la loxodrómica y, por fin, los famosos portolanos son sustituidos por los mapas de Mercator; pero también, como afirma Humboldt, se inicia esa nueva ciencia que hoy se denomina física del globo: se hacen importantes descubrimientos y observaciones oceanográficas, mareográficas, meteorológicos, aerográficos, climatológicos; y, en fin, la metalurgia, la botánica, la etnografía, la lingüística, reciben aportes inapreciables.

El propio Colón estaba dotado — nota el doctor Rey Pastor — de condiciones científicas: agudo espíritu de observación, curiosidad escudriñadora, empeño teórico. Sus observaciones de la declinación magnética bastarían para asegurarle un nombre en la historia de la Física; y si sus teorías sobre el fenómeno son falsas, hay que decir que las actuales no son consideradas como mejores. Incluso los errores del Almirante son en su mayor parte « científicos », y lejos de condenarse por haberlos cometido, son la prueba de su sólida confianza en la ciencia de la época. Si un ingeniero construye un arriesgado puente según los conocimientos de resistencia, y si un pedante asegura que el puente se vendrá abajo, y en efecto eso sucede, ciertamente que la actitud del ingeniero no es condenable y que el derrumbe del puente no es una prueba de las ventajas de la adivinación y de la pedantería.

El error más grande de todos los que cometió Colón es, sin duda, el propio descubrimiento. Al respecto, los manuales escolares han difundido una serie de versiones folletinescas e ingenuas, que siempre terminan en nuestro recuerdo con la visión de Cristóbal Colón discutiendo ante una junta salmantina astuta, ignorante y mal dispuesta (según parece verse en alguno de los rostros teologales). Desde luego, es difícil llegar a establecer lo que en aquella reunión se discutió, pero algo puede presumirse.

No es creíble que se discutiese a Colón la posibilidad teórica de llegar a oriente partiendo de occidente: Rey Pastor muestra documentadamente que en aquella época ninguna persona medianamente instruida negaba la esfericidad de la Tierra. Quizá hubiera dos clases de objeciones: en primer término, no es difícil que algún teólogo manifestase sus dudas de que, sobrepasado cierto límite, los navegantes se « resbalasen » por la pendiente esférica; esa era opinión corriente, pues, como no se tenía la idea de la gravitación hacia el centro, se pensaba que era imposible habitar en regiones un poco alejadas del centro europeo: San Isidoro no admitía siquiera la existencia de habitantes en Libia, por la excesiva inclinación del suelo; mucho menos podía creerse en la posibilidad de dar vuelta al mundo, por la misma razón que se negaba la existencia de los antípodas, esos absurdos habitantes cabeza para abajo. El otro género de objeción que puede haber tenido el Almirante es más serio y era verdaderamente sensato y atendible: los geodestas griegos habían calculado valores bastante diferentes para la circunferencia terrestre y el que Paolo del Pozzo Toscanelli ofreció a Colón en su famoso

mapa estaba basado en los datos de Posidonio, bastante equivocados por defecto, y en sus cálculos exagerados sobre la extensión del viejo continente. En resumen, Colón imaginó que la distancia hasta el oriente no era superior a las 1.200 leguas, recorrido que podría hacer en cinco semanas. Por el contrario, muchos eruditos de la época conocían los cálculos de Eratóstenes, que daban un valor mucho más grande del obtenido por Posidonio y que hacían aparecer el viaje hacia Oriente como excesivamente riesgoso.

A pesar de todo, Colón hizo el viaje y el azar quiso que tardase justamente cinco semanas en llegar al nuevo continente, lo que explica que se afirmase en su idea de haber llegado a las Indias. Hoy sabemos que Eratóstenes había calculado con asombrosa exactitud y que Colón y sus asesores técnicos estaban equivocados. Pero con esta clase de equivocaciones es como avanza la humanidad.

ERNESTO SÁBATO.

VITTORIO DE FALCO-ALUIZIO DE FARIA COIMBRA, *Os elegíacos gregos de Calino a Crates*. São Paulo, 1941. 291 págs.

El libro que motiva esta reseña es resultado de la fecunda colaboración entre un conocido sabio europeo, Vittorio De Falco, profesor de las universidades de Génova y Nápoles, radicado desde 1939 en la de São Paulo, y un ex alumno suyo, el profesor Aluizio de Faria Coimbra, autor de la traducción en verso que acompaña al texto y a todas las citas. El mérito del libro y la novedad de tal mérito en nuestro medio americano son la mejor recomendación de este trabajo en común.

El tomo publicado, que se extiende de Calino a Mimnermo, es el primero de la obra total, planeada hasta Crates. No es simple edición y traducción de los elegíacos griegos; los autores dan en rigor mucho más de lo que el título promete, no sólo en detalle (por ejemplo: págs. 95-96, texto y traducción completos del escolio de Hibrias; pág. 208, traducción del fragmento primero, yámbico, de Semónides de Amorgo), sino también en el plan mismo: la introducción general, con la historia del género elegíaco y estudio del papel que desempeñó cada poeta incluido, las instrucciones parciales y las notas para cada autor constituyen en sí un breve y excelente tratado sobre la elegía griega, con datos bibliográficos recientes y sin omitir la forzosa discusión del fárrago de sabias conjeturas acumulado por la erudición del siglo pasado y del actual. De Falco presenta un rápido examen (que por fortuna no da idea de la intrincada exposición original) de las principales hipótesis, al cual sigue una refutación saludablemente rociada de *provavelmente, ignora-se, talvez*, que por lo general conduce a un retorno atenuado a la tradición antigua. De igual modo, De Falco es sesudamente conservador en cuanto a la fijación del texto, sin excesivo afán por la lección última; muchas veces las explicaciones dadas en nota defienden el texto de enmiendas devastadoras e inútiles (por ejemplo, págs. 162-163 y 259). Tal rechazo de la hipercrítica implica una sincera meditación ante las fuentes de la historia literaria de la antigüedad donde aquella, tildando de necios y falsos a la mayoría de los testimonios antiguos, se desembarazaba de la tradición para fantasear a capricho. Sirva de muestra la introducción general sobre la historia de la elegía como género literario y como forma métrica, terreno que, por lo que tiene de conjetural, se

ha prestado a las más aventuradas cabriolas eruditas. Frente a la actitud de archivo o de portería, demasiado frecuente aún en la filología clásica, el libro de De Falco y de Faria Coimbra depara la sorpresa de un juicio puramente estético sobre un poeta de la antigüedad; las págs. 231-234 traspasan el hedonismo superficial de Mimnermo y dan una apreciación de rara finura sobre este poeta, el más moderno o modernista de los antiguos elegíacos y, por la extensión de sus fragmentos, uno de los pocos que es algo más que un nombre de antigua fama.

La brevedad y sencillez de las introducciones, así como la calidad literaria de la versión, recomiendan la obra al público culto en general, pero el texto griego y las notas indican que, por fortuna, los autores no se han propuesto recrear al círculo perezoso de los aficionados, sino iniciar a estudiantes en la lectura directa de la poesía griega: a este propósito responden los numerosos paralelos en latín, las ilustraciones modernas que, por conocidas, pueden parecer superfluas o tratadas con excesiva atención (cf., págs. 27 y 33, los versos de Schiller y de Gotthold sobre el dístico elegíaco). Al fin didáctico responden también las numerosas notas, siempre muy claras, destinadas ante todo, según parece, a facilitar la traducción, ya subrayando una conexión sintáctica, ya dando el equivalente ático de una forma propia de la elegía, ya explicando una peculiaridad con abundantes ejemplos de lo más claro y clásico de la literatura griega, ya anotando una particularidad métrica, ya señalando la circunstancia real subyacente, ya exponiendo las interpretaciones varias de un mismo pasaje. Por contraste con una edición europea de igual alcance, llaman la atención las largas notas que relatan varios mitos vulgares (pág. 181: Midas; pág. 184: Adrasto; pág. 264: Eos): sin duda, la experiencia de la enseñanza en América ha convencido a los autores de la absoluta necesidad (en São Paulo como en Buenos Aires) de tales notas, que atestiguan la pérdida del patrimonio clásico en el mundo hispánico de hoy.

La consideración del aspecto escolar de *Os elegíacos gregos* lleva al problema de si es apropiada la elección de tales autores como texto para principiantes. Es muy probable que esa elección sorprenda a un docente en Europa, pero es innegable que la organización de la enseñanza en América exige desviaciones de la enseñanza tradicional europea. En la Argentina, por ejemplo, todos los estudiantes de griego y la mayor parte de los de latín son alumnos adultos de vocación humanista. Se impone, pues, la elección de lecturas no pueriles — no Fedro, ni Babrio, ni las simplezas confeccionadas modernamente para ejercitación de principiantes — sino fáciles, y a la vez con valor literario, tal que justifique el penoso aprendizaje. En los idiomas modernos tiene sentido orientar la enseñanza elemental al conocimiento de la lengua hablada o al de la literatura; en el griego y el latín (hoy que el latín ya no es instrumento imprescindible para el hombre culto), no. Estas lenguas valen por sus literaturas; sólo al especialista interesan el griego y el latín como lenguas, aparte su forma artística. Dentro de la precipitación a que obligan los pocos años consagrados entre nosotros a las lenguas clásicas, lo que urge es que el estudiante llegue a entrever el valor cultural de estos sistemas de delicado manejo; la enseñanza de las lenguas clásicas debe proponerse como fin la adhesión a la antigüedad, debe proponerse hacer comprender tradiciones, suscitar respetos que, en el alumno dotado para ello, le llevarán a ahondar el conocimiento de la lengua en la que se ha iniciado.

Un solo reparo importante es el que se ofrece en cuanto a las notas, sobre todo

por estar destinadas a estudiantes. La nota al fragmento IX de Tirteo, verso 36 *νικήσας δ' αἰχμῆς ἀγλαῶν εὖχος ἔλη* [= 'y, vencedor, coge la brillante gloria de la lanza'], explica: «αἰχμῆς está empregado no sentido traslato de guerra. Cf. Píndaro, *Pyth.* I, 68; κλέος αἰχμῆς. No v. 20 da elegia VIII [αἰχμῆ δούρος ἐληλυμένος = 'traspasado por el hierro de la lanza'] aparece no sentido próprio de lança.» Análogamente, la nota al fragmento I de Mimnermo, verso 3: *κρυπταδίη φιλότης καὶ μελιχμὸς δῶρα καὶ εὐνή* [= 'furtivo amor y dulces dones del lecho']: «δῶρα é expressão homérica para traduzir, quando em relação com o nome da deusa, os prazeres do amor (*Iliada*, III, 64; *Hymn. ad Cerer.* 102). Em Platão (*Leges* 796 E) a poesia é, semelhantemente, δῶρον Μουσῶν καὶ Ἀπόλλωνος.» Nos encontramos aquí ante una concepción ingenua del lenguaje que de modo intelectualista identifica significación con objeto mencionado, presentando como matemáticamente sustituibles la multiplicidad de vías con que el poeta apunta a un objeto para destacar ésta o aquella intención, y la unicidad del objeto mismo. Es el mismo descuido en que cae Dámaso Alonso, *Poesía de la Edad Media y poesía de tipo tradicional*, Buenos Aires, 1942, pág. 579, cuando anota: «prisco: albérchigo, cosa de poco valor» para el verso de Juan Ruiz «sin él non vale un prisco», como si 'cosa de poco valor' y albérchigo fueran intercambiables en ese giro. Como este tipo de negación concreta es bastante común y fecundo en la Edad Media, con tal género de explicación podríamos establecer la absurda cadena de igualdades: prisco (Juan Ruiz) = higo (*Mío Cid*) = un dinero pesant = una nuez foradada (Berceo) = un *oeuf pelé* (*Le charroi de Nîmes*) = an *oyster* (Chaucer) = un comino (español moderno), etc. Si δῶρα Ἀφροδίτης = prazeres do amor, el ejemplo de Platón demuestra, contrariamente a lo que De Falco sostiene, que tanto en esa frase como en δῶρον Μουσῶν καὶ Ἀπόλλωνος, δῶρα, quiere decir única y sencillamente «dones». Y lo mismo dígase del ejemplo de la *Iliada*, III, 64, en que con las palabras δῶρα Ἀφροδίτης Paris no se refiere a los prazeres do amor, sino a las gracias y atractivos que la diosa le ha concedido en don. De acuerdo con este sistemático despoetizar de la poesía antigua, desgraciadamente perpetuado por léxicos y comentaristas que para cada imagen brindan su ecuación intelectualista, el editor de Garcilaso o de Góngora debiera anotar junto a «¿Dó la coluna que el dorado techo...?», columna = 'cuello', dorado techo = 'cabeza'; «Velero bosque de árboles poblado» = 'Océano Atlántico'.

En conexión con el destino didáctico del tomo, vale la pena señalar la atención concedida a la bibliografía, general y parcial, acompañada a veces de oportuna calificación. Lo mismo que en la discusión literaria y en la fijación del texto, prima el criterio de lo valioso, aunque antiguo, sobre el de lo reciente inútil. En general predomina, explicablemente, la bibliografía italiana; llama la atención en cambio la escasez de trabajos en lengua inglesa: falta, por ejemplo, el excelente estudio de C. M. Bowra, *Early Greek Elegists*. Harvard, 1938, que cubre todo el campo tratado por De Falco. Un mérito menor, igualmente útil al estudiante que al lector general, es el cuidado en la acentuación de nombres propios, inusitado en las publicaciones en lengua hispánica, donde la acentuación fluctuante de los helenismos constituye una ininterrumpida tradición. Tampoco es para llamado el esmero que debieron de poner los autores al dar a la imprenta este tomo inicial — muy superior por cierto a la elegancia de la impresión misma —: sólo quien anda entre impresiones puede medir el esfuerzo que representa en América del Sur un texto griego prácticamente sin erratas.

La traducción del profesor Faria Coimbra, en endecasílabos sueltos e igual número de versos que el original, es notablemente fiel y logra muy bien lo que el autor se propuso: satisfacer una norma estética perteneciente a la cultura del siglo xviii. El hecho curioso de elegir esta forma muerta, sin el menor enlace con la poesía contemporánea, para una versión fechada en 1941, sólo se explica por el peso histórico de una rutina. El papel del verso blanco como metro específico para la traducción de poesía clásica arranca del Renacimiento: los letrados de esa época lo eligen porque el verso blanco evita la rima, que constituye la diferencia más palpable entre la versificación antigua y la moderna. Como reflejo del verso sin rima, basado en unidades rítmicas, se escoge el endecasílabo para versiones de obras antiguas (*Eneida* de Annibal Caro, *Odisea* de Gonzalo Pérez) y más tarde para obras originales, de inspiración clasicista, de tan alto valor como el *Aminta* de Tasso o los poemas mayores de Milton. Pero en el Siglo de Oro hispánico, las traducciones de más nota (la *arsalia* de Jáuregui, la *Tebaida* de Arjona y Morillo, la *Eneida portuguesa* de João Franco Barreto) prefieren la octava real; ni tampoco adoptan el endecasílabo blanco las grandes creaciones originales: ni Garcilaso ni Lope, que lo cultivaron, hallaron en él su mejor expresión. El siglo xviii, con su riguroso ideal de reacción clasicista, lo acoge decididamente; en conexión con la práctica literaria de la época surgen en español la *Ilíada* de Hermosilla y el *Hesíodo* de José Antonio Conde, ambos amigos de Moratín, cuya *Elegía a las Musas*, en ese metro, es, valga lo que valga, de lo mejor que produjo la lírica española del siglo afrancesado. Como es ésta la única escuela literaria con que emparenta el cultivo del endecasílabo como metro de versión clásica, para el lector hispánico — no ciertamente para el italiano o el inglés, que asocian tal metro con Tasso y Leopardi, Milton y Keats — una traducción en verso blanco suscita hoy en primer término el recuerdo poco grato de la escuela de Montiano y de Nasarre. Por ser creación literaria, la traducción en verso debe afianzarse en la literatura coetánea. No tiene sentido adoptar hoy para la traducción formas tan muertas como el verso blanco, el terceto o la lira, cuando nuestro verso libre, discretamente manejado, es el más propicio para conservar las unidades sintácticas del original y evitar el desagradable « encabalgamiento » a que se hallan sometidos el hexámetro y el pentámetro cuando se les vierte en el molde demasiado apretado del endecasílabo. Por desgracia, la versión de Faria Coimbra se resiente de esta compresión; la traducción de la *Ilíada* VI, 146-149 (pág. 209):

*Os homens passam como as folhas passam :
umas o vento lança a terra ; o bosque
outras, vernais, produz ; destarte cada
humana geração nasce e perece,*

no da idea de la noble y lenta amplitud del original, que reza literalmente trasladado:

Tal como la generación de las hojas, tal en verdad es la de los hombres. Las hojas, unas el viento esparce por tierra, pero el bosque, cuando reverdece, hace brotar otras, y llega la hora de la primavera. Así la generación de los hombres: una brota, la otra cesa.

Lo mismo (un ejemplo entre muchos), la traducción telegráfica *finda essa quadra* (pág. 239) del hexámetro de Mimnermo *αὐτὰρ ἐπεὶ δὴ τοῦτο τέλος παραμειλεται ὄρις* [= « pero así que traspone el término de esta sazón »]. El prestigio seudoclásico del endecasílabo autoriza la extraña usanza de traducir con él toda la variedad de la métrica antigua: ya el ilustre maestro Menéndez y Pelayo juzgó oportuno verter dos tragedias de Esquilo, el picaresco *Oaristys* atribuido a Teócrito y su propia correspondencia con Horacio en el férreo corsé endecasilábico, así como en el Siglo de Oro el prestigio de la lira explica su empleo para traducir la *Ilíada* (el Brocense), Píndaro (Fray Luis de León) y las diversas combinaciones líricas de Horacio. Por su parte, el profesor Faria Coimbra traduce con verso blanco, aparte el dístico elegíaco, hexámetros (por ejemplo, pág. 18), yambos de Arquíloco (pág. 71), escazontes de Hipónax (pág. 58), varios metros pindáricos (págs. 65, 93, 283), el escolio de Hibrias (pág. 96), los asclepiadeos mayores de Alceo (pág. 101) y un gliconio de un coro de Eurípides (pág. 283), aun cuando en otros pasajes evidencia su diestro manejo de diversos metros (págs. 27, 33, 66, 132, 168, 184). Lo grave es que el endecasílabo arrastra consigo su estilo dieciochesco, su léxico falso (pág. 72: *Nem vencido / no lar te prostres*; 79: *femineo pranto*; 141: *combatei*, mancebos; 147: *o umbilicado escudo, ao pungente fim*; 247: *a cruenta lida*), su orden de palabras retorcido (baste la sola página 147: *repele do inimigo as duras filar*; *e, vencedor, / da guerra os louros colhe* [nótese la trillada imagen de los laureles, sustituida a las palabras del original]; *tendo no peito golpes mil de frente*). Para peor, un sentido poco exacto de las limitaciones de la lengua permite transcripciones de epítetos compuestos como *Niobe pulcrícoma* (pág. 68); *Hera calistéfana* (pág. 137); *a dedirósea Eos* (pág. 243).

En suma, salvo cierta rigidez rutinaria, visible tanto en el intelectualismo señalado en la interpretación lingüística como en la forma elegida para la traducción, este primer volumen de *Os elegíacos gregos* sólo merece elogios, y despierta el deseo de la pronta aparición de otros volúmenes que consagren la estu-diosa solidaridad entre el profesor De Falco y sus discípulos brasileños.

MARÍA ROSA LIDA.

BIBLIOGRAFÍA

La presente Bibliografía está en sistemática relación con la de la REVISTA HISPÁNICA MODERNA. Los libros y estudios referentes a Hispanoamérica figuran en la BIBLIOGRAFÍA HISPANOAMERICANA que se publica regularmente en aquella Revista

SECCIÓN GENERAL

OBRAS BIBLIOGRÁFICAS

4679. *Bibliografía*. — RFH, 1941, III, 291-309. — Véase núm. 4421.
4680. LINCOLN, J. N. — Sobre: R. L. Grismer, *A new bibliography of the literatures of Spain and Spanish America*. — RevIb, 1941, IV, núm. 7, 202-206.

GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA

4681. GIRÃO, A. — *Atlas de Portugal*. — Biblos, 1940, XVI, 635-643; 1941, XVII, 359-362.
4682. SILVA RIBEIRO, L. DA — *Etnografía açoriana: Palheiros da Ilha Terceira*. — Por, 1941, XIV, 64-67.

HISTORIA

España

4683. MARAÑÓN, G. — *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941.
4684. MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN — *Idea imperial de Carlos V*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941, 163 págs. (Colección Austral). — Véase núm. 27.

Portugal

4685. *Libro antigo de cartas e provisões dos senhores reis D. Afonso V, D. João II e D. Manuel I do Arquivo Municipal do Pôrto*. Pref. e notas de A. de Magalhães Basto. — Pôrto, Câmara Municipal, Tip. Leitão dos Anjos & Ca., [1940], 275 págs. (Documentos para a Historia do Pôrto).
4686. ESAGUY, J. DE — *Libro de los veedores de Ceuta. (Libro grande de Sampayo). 1505-1670*. — Tánger, Ed. Tánger, 1939, 249 págs., ilustr.

RELIGIÓN

4687. LETURIA, P. — *Génesis de los ejercicios de S. Ignacio y su influjo en la fundación de la Compañía de Jesús (1521-1540)*. — AHSI, 1941, X, 16-59.
4688. CASTELLANI, G. — *La solenne professione di S. Ignazio di Loiola e di cinque primi Compagni in San Paolo fuori le mura (22 aprile 1541)*. — AHSI, 1941, X, 1-16.

4689. HARNEY, M. P. — *The Jesuits in history*. — New York, The American Press, 1941, 4 dólares.

ARQUEOLOGÍA Y ARTE

4690. WEISBACH, W. — *Spanish baroque art*. — New York, The Mac-

millan Company, 1941, ilustr., 2.25 dólares.

4691. BURR, GRACE HARDENDORFF. — *Hispanic furniture. With examples in the collection of the Hispanic Society of America*. — New York, The Hispanic Society of America, 1941, 240 págs., 175 ilustr.
4692. KASTNER, S. — *Contribución al estudio de la música española y portuguesa*. — Lisboa, Edit. Atica, 1941, 407 págs.
4693. CHASE, GILBERT. — *The music of Spain*. — New York, Norton, 1941, 375 págs., ilustr., 4 dólares.

HISPANISMO

4694. ROMERO LOZANO, A. — *Menéndez y Pelayo, modelo de la juventud hispanoamericana*. — UnivCB, 1941, VII, 220-242.
4695. SEGURA, E. — *Adolfo Schulten y Extremadura*. — RCEE, 1940, XIV, 57-64.
4696. FRANK, WALDO. — *Virgin Spain. The drama of a great people. Introduction: Significance and timeliness of « Virgin Spain » by Alfonso Reyes*. — New York, Duell, Sloan and Pearce, 1942, 323 págs., 3.50 dólares.

LENGUA

ESTUDIOS GENERALES

Lingüística

4697. BLOOMFIELD, L. — *Philosophical aspects of language*. — En: *The discipline of the Humanities*, Menasha, Wisconsin, George Banta Pub. Co., 1942, p. 173-177.
4698. HAYAKAWA, S. I. — *Language in action: A guide to accurate thinking in reading and writing*. — New

York, Harcourt Brace, 1941, IX 243 págs.

Fonética general

4699. LIDDELL, M. H. — *The elements of sound and their relation to language*. — Urbana, Univ. of Illinois, 1940, 136 págs. (Illinois Studies in Language and Literature).
4700. KANTER, C. E., & R. WEST. — *Phonetics*. — New York, Harper & Brothers, 1941, 3.50 dólares.
4701. DREW, R. O., & E. W. KELLOGG G. — *Starting characteristics of speech sounds*. — JAcS, 1940, XIII, 95-103.
4702. LEWIS, D., & C. TUTHILL. — *Resonant frequencies and damping constants of resonators involved in the production of sustained vowels « O » and « Ah »*. — JAcS, 1940, XI, 451-456.

FILOLOGÍA ROMÁNICA

4703. TORSTEN, S. — *Étude sur le rôle de la préposition « de » dans les expressions de lieu relatives en latin vulgaire et en ancien gallo-roman*. — Uppsala, A.-B. Lundequistska Bokhandeln, 1941, VIII-344 págs.
4704. HENDRICKSON, G. L. — *Corruptus-corruptus-corrupti-corrucciare*. — ClPh, 1941, XXXVI, 240-245.

HISTORIA DEL IDIOMA

Español

4705. VASCONCELOS, J. — *Fidelidad al idioma*. — LyP, 1941, XIV, núm. 1, 10-22.
4706. SELVA, J. B. — *El habla más correcta*. — BAAL, 1941, IX, 143-151.
4707. PADRÓN, A. F. — *Sobre « Arcaísmos españoles usados en América »*

- [de Carlos Martínez Vigil]. — RBC, 1941, XLVIII, 253-273.
4708. BERMÚDEZ, S. W. — *Sobre « Arcaísmos españoles » por Carlos Martínez Vigil.* — BF, 1940, III, núms. 13-14, p. 135-137.
4709. HERNÁNDEZ, R. — *Filología chilena* [de Guillermo Rojas Carrasco]. — AUCH, 1940, XCVIII, 103-106.
4710. SILVA CASTRO, R. — *Notas sobre un libro de filología chilena.* — RevIb, 1941, III, núm. 6, 399-413 [Sobre G. Rojas Carrasco, *Filología chilena*].
4711. CASTRO, A. — *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico.* — Buenos Aires, Edit. Losada, 1941, 159 págs.
4712. BORGES, J. L. — *Sobre: Américo Castro, La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico.* — Sur, 1941, X, núm. 86, 66-70.
4713. WAGNER, M. L. — *Rodolfo Lenz.* — BF, 1940, III, núm. 13-14, p. 114-119. — Véase núm. 2393.

Portugués

4714. *Crestomatia arcaica.* Selección, prefácio e notas de Rodrigues Lapa. — Lisboa, Textos Literarios, 1940, XVI-81 págs.
4715. SERRA FRAZÃO, F. S. — *Curiosidades da nossa lingua* [en Angola]. — Por, 1941, XIV, 77-78.
4716. ORNSTEIN, J. — *Brazilian or Lisbonese?* — HispCal, 1941, XXIV, 406-408.
4717. CARVALHO, C. DE — *Lingua brasileira e outras falas.* — Plan, 1941, I, núm. 9, p. 14.
4718. MARIANO, O. — *A lingua brasileira.* — Plan, 1941, núm. 1, 12-13.
4719. SÁ NUNES, J. DE — *Lingua vernacula. Gramática e antologia.* 1ª e 2ª séries. 5ª ed. — Porto Alegre, Li-

vraria do Globo, [1940], 444 págs. — Véase núm. 3209.

4720. SYLVEIRA, O. DA — *A influência do espanhol no linguajar paulista do seicentismo.* — Plan, 1941, I, núm. 12, págs. 14 y 16.
4721. SILVA, I. — *O linguajar paulitano.* — Plan, 1941, I, núm. 4, pág. 4; núm. 6, pág. 16.

GRAMÁTICA

Español

4722. SPAULDING, R. K. — *Two problems of Spanish syntax.* — HispCal, 1941, XXIV, núm. 3, 311-315 [Sobre el uso de « quizá » y « quizás. »]
4723. *Construcciones pasivas con « se ».* — BAAL, 1941, IX, 585-587.

Enseñanza del idioma

4724. SHARP, J. B., & CLARA BRESLOVE KING. — *Annotated bibliography of modern foreign language methodology for 1939.* — MLJ, 1940, XXIV, 588-609.
4725. SHOEMAKER, W. H. — *The role of Spanish and teachers of Spanish in American education.* — MLJ, 1940, XXIV, 413-422.
4726. *Cuentos criollos.* — Ed. with introd., notes, exercises and vocabulary by Gertrude M. Walsh. — Boston, D. C. Heath, 1941, 207 págs.
4727. NÚÑEZ CABEZA DE VACA, ÁLVAR. — *Los Naufragios y Relación.* Rewritten and edited by J. E. Espinosa and E. A. Mercado. — Boston, Heath, 1941, 102 págs., 0.48 de dólar.

FONÉTICA

Español

4728. GRASES, P. — *Acerca del grupo ZC en la conjugación castellana.* —

- BAV, 1941, VIII, 195-259; — Caracas, Tip. Americana, 1942, 89 págs.
4729. ARGANARAZ LUQUE, J. H. — *Comentarios de ortografía. Divulgación. Por qué están mal escritos más de un centenar de palabras.* Desarrollo de los temas tratados por el autor en sus conferencias del 8 de agosto de 1938 en la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos y el 3 de nov. del mismo año en la Facultad de Filosofía y Letras de la ciudad de Buenos Aires. — Buenos Aires, A. Pedemonte, 1940, 191 págs.

Portugués

4730. LELLIS CARDOSO, J. — *Fonalidade e audição.* — RAMSP, 1941, VII, 157-182.
4731. CARTER, H. H. — *Sobre: A. de Lacerda & F. M. Rogers, Sons dependentes da fricativa palatal áfona, em portuges.* — HR, 1941, IX, 412-413.

Métrica

4732. CLARKE, DOROTHY CLOTELLE — *The Spanish octosyllable.* — HR, 1942, X, 1-11.
4733. CLARKE, DOROTHY CLOTELLE — *The copla real.* — HR, 1942, X, 163-165.
4734. CLARKE, DOROTHY CLOTELLE — *Redondilla and copla de arte menor.* — HR, 1941, IX, 489-493. — Véase núm. 2763.

LEXICOGRAFÍA

España

4735. AGUILAR, J. R. — *Diccionario de símiles.* — México, Ediciones Lux, 1941, 222 págs., \$ 2 mex.
4736. STEWART, G. R. — *Two Spanish word lists from California in 1857.*

— ASp, 1941, XVI, 260-269. [Reproduce dos listas de palabras españolas publicadas sin firmar en el *Alta California*, San Francisco, el 12 y 19 de oct. 1857.]

4737. DE LAND, G. S. — *A glossary of baseball terms in Spanish.* — MLJ, 1940, XXIV, 342-344.
4738. SPITZER, L. — *O. Sp. « regunzar » again.* — HR, 1941, IX, 397-399.
4739. SPITZER, L. — *In-ossicare.* — RFH, 1941, III, 271-272.
4740. HERRERA, F. L. — *Filología quechua: Etimologías de algunos nombres vernaculares de plantas indígenas en el departamento de Cuzco.* — RMusN, 1939, VIII, núm. 1, 81-98.
4741. FRANCO, A. — *El diablo en algunas expresiones del habla popular argentina.* — Folk, 1940, núm. 2, 15-17.
4742. RAMÍREZ FLORES, J. — « *Gozalá* » y « *Chapala* ». — Prs, 1940, núm. 2, 19-24. [Etimología de estos nombres de lugar.]
4743. MAURICÉA, C. DE — *Nomes geográficos aborígenes. Glossario popular.* — Rio de Janeiro, Fran de Souza-Pinto, 1939, 53 págs.
4744. LEÓN, J. DE — *Etimología de la palabra « Guatemala ».* — StG, 1941, I, núm. 3, 61-63.
4745. GARCÍA ELGUETA, M. — *Etimología del nombre Guatemala.* — ASGHG, 1938, XV, 245-258.
4746. GARCÍA ELGUETA, M. — *Etimología de los nombres de Totonicapán i Momostenango.* — ASGHG, 1939, XV, 504-508.
4747. SPITZER, L. — « *Raza del sol* ». — HR, 1942, X, 64-66. [Sobre esta expresión española.]
4748. CORBITT, D. C. — *How Matías Pérez flow.* — HispCal, 1941, XXIV, 277-280. [Sobre la expresión cubana « voló como Matías Pérez ».]

4749. SELVA, J. B. — *Cómo ha de mentarse la « cara mitad »* (Disquisición filológica). — RJAV, 1941, XV, 296-299.

Portugal

4750. MERÊA, P. — *Sobre a palavra « anqueira »*. — Biblos, 1940, XVI, 623-634.
4751. PERDIGÃO, E. — *Linguajar da malandragem*. Pref. de E. de Moraes. — Rio de Janeiro, Ed. del autor, 1940, XIX-123 págs.
4752. SOUSA VIEIRA, J. DE — *Moderno dicionário português-francês*. — Pôrto, Domingos Barreira, 1941.
4753. AUMULLER, A. — *Novo dicionário técnico e químico inglês-português*. — Rio de Janeiro, Kosmos, 1941, 341 págs.
4754. IHERING, R. VON — *Ensaio geografico sobre o vocabulário zoológico popular do Brasil*. — RBG, 1939, I, 73-88.
4755. CRUZ, C. — *Os fundamentos económicos nas origens dos nomes « Brasil » e « América »*. — RAMSP, 1941, VII, 79-102.
4756. GONÇALVES RODRIGUES, A. — *Machim, Machico, Melo e Madeira*. — Biblos, 1940, XVI, 567-571. [Etimología del nombre de Madeira.]

DIALECTOLOGÍA

Extrapeninsular

4757. ALONSO, AMADO — Sobre: P. M. Benvenuto Murrieta, *El lenguaje peruano*. — RFH, 1941, III, 160-166.
4758. WEBER, FRIDA — *Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires*. — RFH, 1941, III, 105-139.
4759. *Breves apostillas al « Prontuario de voces del lenguaje campesino uruguayo » por el doctor Adolfo Berro García*. — BF, 1940, III, núms. 13-14, págs. 140-142.

LITERATURA

LITERATURA GENERAL

Teoría y métodos

4760. LOVEJOY, A. E. — *The meaning of romanticism for the historian of ideas*. — New York, Journal of the History of Ideas, College of the City of New York, 1941.
4761. MAINENTI, P. — *Che cosa fu il Romanticismo?* — Napoli, Guida, 1937, 44 págs.

LITERATURA HISPANOÁRABE

4762. *Poemas arábigoandaluces*. Sel. por E. García Gómez. — Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1940, 181 págs. (Colección Austral).
4763. *Historia de los amores de Bayād y Riyād: Una « chantefable » oriental en estilo persa*. Versión española A. R. Nykl. — New York, The Hispanic Society of America, 1941, X-50-LIV págs.
4764. HOLMES, JR., U. T. — Sobre: *Historia de los amores de Bayād y Riyād*. Ed. por A. R. Nykl. — Sp, 1941, XVI, 501-503.

LITERATURA HISPANOJUDAICA

4765. BURSTEIN, A. — *Judah Halevi in Granada*. — New York, Bloch Publishing Co., 1941, 1.50 dólares.
4766. E. A. M. — Sobre: *Essays on Maimonides. An octocentennial volume*. Ed. by S. W. Baron. — JPhil, 1941, XXXVIII, 582-584.
4767. GOYANES Y CAPDEVILA, J. — *La personalidad médica de Maimónides*. — Jud, 1941, IX, 217-236.
4768. SCHATZKY, J. — *El teatro de los*

sefardíes de Holanda. Trad. del idisch por S. Resnick. — Jud, 1941, IX, 99-110.

HISTORIA LITERARIA

4769. VOSSLER, KARL — *Literatura española. Siglo de oro*. Pról. de J. F. Montesinos. — México, Edit. Séneca, 1941, 180 págs., \$ 3.00 méx.
4770. ROMERA-NAVARRO, M. — *Quereñas y rivalidades en las academias del siglo XVII*. — HR, 1941, IX, 494-499.
4771. ADAMS, N. B. — Sobre: E. A. Peers, *A history of the romantic movement in Spain*. — HR, 1941, IX, 500-507.
4772. NORTHUP, G. T. — Sobre: E. A. Peers, *A history of the romantic movement in Spain*. — MPhil, 1941, XXXIX, 106-108.
4773. RÉPIDE, PEDRO DE — *Letras hispánicas. Recuerdos literarios de los del 98 a los del año 7*. — RNC, 1941, II, núm. 28, 64-78.
4774. RÉPIDE, PEDRO DE — *Recuerdos literarios: Las tertulias de los cafés*. — RNC, 1941, II, núm. 29, 61-76.

RELACIONES LITERARIAS

Influencias hispánicas

4775. MATHEWS, E. G. — *Gil Polo, Desportes, and Lyly's « Cupid and my Campaspe »*. — MLN, 1941, LVI, 606-607. [Influencia de *La Diana enamorada* en la *Diane* de Desportes, fuente del poema de Lyly.]
4776. ALLEN, D. C. — *Jacques' « Seven Ages » and Pedro Mexía*. — MLN, 1941, LVI, 601-603. [Posible influencia de Mexía en Shakespeare.]
4777. RIVET, MARY MAJELLA — *The influence of the Spanish mystics on the works of Saint Francis Sales*. —

Washington, D. C., The Catholic University of America Press, 1941, 113 págs.

TRADUCCIONES

4778. LORENZ, CHARLOTTE M. — *Translated plays in Madrid theatres (1808-1818)*. — HR, 1941, IX, 376-382.
4779. HOMERO — *La Iliada*. Trad. directa del griego de J. Gómez Hermosilla. — Buenos Aires, Edit. Sopeña Argentina, 1940, 320 págs., \$ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopeña.)
4780. STENDHAL — *La Cartuja de Parma*. Versión reducida por F. Ayala. — Buenos Aires, Edit. Atlántida, 1941, 144 págs., ilustr., \$ 1.20 arg. (Biblioteca Billiken. Colección Roja.)
4781. IRVING, WASHINGTON — *Cuentos de la Alhambra*. Trad. directa del inglés por J. Ventura Traveset. Pról. del traductor. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 216 págs. (Colección Austral.)
4782. DIEZ-CANEDO, E. — *Una novela de Jorge Santayana*. — CuA, 1942, I, 217-222. [Sobre: *El último puritano. Memoria en forma de novela*. Trad. de R. Baeza.]
4783. SANTAYANA, GEORGE — *Diálogos en el limbo*. Pról. de R. Lida. — Buenos Aires, Edit. Losada, 1941, 244 págs. (La Pajarita de Papel). [Fragmentos seleccionados de diversas obras del autor. Trad. de Raimundo Lida, Jorge Mañach, Antonio Marichalar, Enrique Apolinar Henríquez y Pedro Henríquez Ureña.]
4784. XIRAU, J. — Sobre: George Santayana, *Diálogos en el limbo*. — FyL, 1941, I, núm. 3, 130-132.
4785. LEHMANN, ROSAMOND — *La casa de al lado*. Trad. por Carmen Gallardo. — Buenos Aires, Edit. Losada,

1941, 292 págs., \$ 3.00 arg. (Colección Las Grandes Novelas de Nuestra Época).

AUTORES Y OBRAS DE GÉNEROS DIVERSOS

4786. TORRE, G. DE — *El Duque de Rivas o el romanticismo visto de nuevo*. — Nac, 18 enero 1942.
4787. BLASCO GARZÓN, M. — *Perfil y ambiente de Unamuno*. — ALi, 29 enero 1942.
4788. ENGLEKIRK, J. E. — *Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana*. — RevIb, 1941, III, núm. 5, 19-37.
4789. JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN — *Ramón del Valle Inclán [Castillo de Quema] 1899-1925*. — En: *University of Miami Hispanic American Studies*, n° 2, Coral Gables, Florida, 1941, p. 108-118.

POESÍA

España

4790. MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN — *Poesía árabe y poesía europea. (Con otros estudios de literatura medieval)*. — Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1941, 184 págs. (Colección Austral). — Véase núm. 1505.
4791. CORBATÓ, H. — *La sinonimia y la unidad del « Poema del Cid »*. — HR, 1941, IX, 327-347.
4792. GRASES, P. — *Don Andrés Bello y el « Poema del Cid »*. Fragmento. — BAV, 1941, VIII, 127-185; — Caracas, Tip. Americana, 1941, 91 págs. [Su edición del *Poema del Cid*, preparada casi toda entre los años 1823 y 1834, retocada algo en 1862, salió a luz póstumamente en 1881, formando el tomo II de las obras de Bello.]
4793. TABORDA, S. — *Jorge Manrique*

and the cult of death in the cuatrocientos [por Ana Krause]. — Sus, 1941, II, 617-620.

4794. PIERCE, F. — *The Spanish « religious epic » of the Counter-Reformation: A survey*. — BSS, 1941, XVIII, 174-182.
4795. TERZANO, ENRIQUETA — Sobre: Lope de Vega, *Poesía lírica*; Fray Luis de León, *Poesía; Los Manriques, poetas del siglo XV*, sel., estudio y notas por J. de Entrambasguas. — RFH, 1941, III, 183-185.
4796. CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA — *Poesías*. Sel. y pról. de Elena Amat. — Valencia, Tip. Moderna, 1941, 60 págs., 1.50 pts. (Colección Flor y Gozo).
4797. CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA — *Poesías completas*. Advertencia de E. Abreu Gómez. — México, Ediciones Botas, 1941, 583 págs.
4798. MOGLIA, R. — *Un antecedente de « A buen juez mejor testigo »* [de Zorrilla]. — RFH, 1941, III, 271.
4799. CASAL, J. J. — *Rosalía de Castro. Canción y paisaje*. — Nac, 27 julio 1941.
4800. SÁNCHEZ-TRINCADO, J. L. — *Discusión de la poesía*. — UniversalCar, 30 nov. 1941. [Sobre la crítica que han hecho alrededor de la poesía contemporánea poetas y críticos españoles.]
4801. *Antología de la poesía española contemporánea. (1900-1936)*. Sel., pról. y notas críticas de J. J. Domenchina. Epil. de E. Díez-Canedo. — México, D. F., Ed. Atlante, 1941, 454 págs.
4802. BLASCO GARZÓN, M. — *Antonio Machado*. — ALi, 22 enero 1942.
4803. JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN — *De mi « Diario poético » 1937-1939. (Fragmentos)*. — UDLH, 1941, VI, núms. 36-37, pp. 7-24. — Véase núm. 324.
4804. MORENO VILLA, JOSÉ — *Puerta*

- severa*. — México, Tierra Nueva, 1941, 57 págs.
4805. VALLEJO, C. M. DE — *Juan José Domenchina, irrealista paladín del castellano*. — UniversalCar, 21 set. 1941.
4806. DÍAZ-PLAJA, G. — *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra*. — Barcelona, Ed. Juventud, 1941.
4807. FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. — Sobre: G. Díaz Plaja, *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra*, y Ramón de Basterra. *Las alas de lino*. — ABC, 26 oct. 1941.
4808. PLEAK, FRANCES AVERY — *The poetry of Jorge Guillén. Including some translations*. Introd. by A. Castro. — Princeton, Princeton University Press, 1942, 234 págs., 1.75 dólares.
4809. DIEGO, GERARDO — *Primera antología de sus versos*. — Buenos Aires. Espasa-Calpe Argentina, 1941, 190 págs. (Colección Austral.)
4810. *Federico García Lorca (1899-1936): Vida y obra. Bibliografía, Antología, Obras inéditas, Música popular*. — New York. Hispanic Institute in the United States, 1941, 149 págs., 2 dólares.
4811. SUÁREZ CALIMANO, E. — Sobre: A. Berenguer Carisomo, *Las máscaras de Federico García Lorca*. — Nos, 1941, VI, núm. 67, 108-111.
4812. BLASCO GARZÓN, M. — *Federico García Lorca*. — ALi, 5 feb. 1942.
4813. LÓPEZ ARANGUREN, DOLORES — *Federico García Lorca: Su paisaje y sus tipos*. — AmerE, 1941, XI, 13-26.
4814. GONZÁLEZ LANUZA, E. — Sobre: Rafael Alberti, *Entre el clavel y la espada*. — Sur, 1941, X, núm. 86, 71-76.
4815. A. C. — *Un bienio de poesía en Rafael Alberti*. — Sus, 1941, II, 663-666. [Sobre: *Entre el clavel y la espada*.]

4816. ALBERTI, RAFAEL — *La arboleda perdida (Libro primero de memorias) y otras prosas*. — México, Edit. Séneca, 1942, 260 págs., \$ 4.00 mex. (Árbol). Véase núm. 4005.
4817. PRIETO, L. T. — *Palabras para Emilio Prados*. — ALi, 22 enero, 1942.

Portugal

4818. CARTER, H. H. — Sobre: Luis de Camoens, *The Lusíads*. Transl. by R. Fanshawe. Ed. with an introd. by J. D. M. Ford. — RRQ, 1941, XXXII, 418-421.
4819. *Poesía do século XVIII*. — Lisboa, Liv. Avelar Machado, 1941, 100 págs. (Coleção Avelar « Autores Nacionais ».)
4820. COSTA, J. — *Antero de Quental y Amiel*. — AmerE, 1941, XII, 218-237.
4821. AMORIM DE CARVALHO — *O amor, tema eterno, na poesia de Fausto Guedes Teixeira*. — Por, 1941, XIV, 87-89.

TEATRO

Teatro antiguo

4822. VICENTE, GIL — *Geistliche Spiele Jeadermann und Niemand, das Spiel von den Barken, das Spiel von der Seele*. Deutsche Uebertragung von Margarete Kühne. — Coimbra, Inst. Alemão de Univ. de Coimbra, 1940, 183 págs.
4823. VIEIRA, M. H. — *Crítica social de Gil Vicente, através da farsa « Quem tem farelos? »*. — Por, 1941, XIV, 82-85. — Véase núm. 4579.
4824. JOINER, VIRGINIA, & EUNICE JOINER GATES — *Proverbs in the works of Gil Vicente*. — PMLA, 1942, LVII, 57-73.
4825. VILLELA DE CHASCA, E. — *Lope de Rueda's « Comedia de los engaños*

- dos ». An edition. — Chicago, Private edition, distributed by The University of Chicago Libraries, 1941, 192 págs.
4826. SERÍS, H. — *Tres entremeses desconocidos del siglo XVII por Pedro Ordóñez de Ceballos*. — PhQ, 1942, XXI, 97-106.
4827. LOHMANN VILLENA, G. — *Francisco Pizarro en el teatro clásico español*. — MP, 1941, año XVI, vol. XXIII, 549-556.
4828. ENTWISTLE, W. J. — Sobre: S. G. Morley & C. Bruerton, *The chronology of Lope de Vega's comedias*. — MLR, 1941, XXVI, 418-419.
4829. MORLEY, S. G. — Sobre: J. A. Moore, *The «Romancero» in the chronicle-legend plays of Lope de Vega*. — HR, 1941, IX, 507-509.
4830. MORLEY, S. G. — *Lope de Vega's prolificacy and speed*. — HR, 1942, X, 67-68.
4831. WILSON, W. E. — *A note on «La moza de cántaro»* [de Lope de Vega]. HR, 1942, X, 71-72.
4832. BORK, A. W. — *Lope's «Don Lope de Cardona», a defense of the Duke de Sessa*. — HR, 1941, IX, 348-358.
4833. OWRE, J. R. — Sobre: Alice Huntington Bushee, *Three centuries of Tirso de Molina*. — RRQ, 1941, XXXII, 424-425.
4834. KENNEDY, RUTH LEE — *Certain phases of the sumptuary decrees of 1623 and their relation to Tirso's theatre*. — HR, 1942, X, 91-115.
4835. SCHONS, DOROTHY — *The Mexican background of Alarcón*. — PMLA, 1942, LVII, 89-104.
4836. HEATON, H. C. — Sobre: Lucy Elizabeth Weir, *The ideas embodied in the religious drama of Calderón*. — HR, 1942, X, 171-174.
4837. HILBORN, H. W. — *Calderón's*

- agudos in Italianate verse*. — HR, 1942, X, 157-159.
4838. NORTHUP, G. T. — Sobre: Agustín de Rojas, «*El natural desdichado*». Ed. by J. W. Crowell. — HR, 1942, X, 85-86.

Teatro moderno

4839. GATTI, J. F. — *Moratín y Marivaux*. — RFH, 1941, III, 140-149. [*L'école des mères de Marivaux* como fuente de *El sí de las niñas*.]
4840. DUFFEY, F. M. — *Juan de Grimaldi and the Madrid stage*. — HR, 1942, X, 147-156.
4841. CHART, I. E. — *Antonio Hurtado and the development of the «zarzuela»*. — HispCal, 1941, XXIV, 429-441.
4842. SMITH, W. F. — *Contributions of Rodríguez Rubí to the development of the «alta comedia»*. — HR, 1942, X, 53-63.
4843. MORBY, E. S. — *Notes on [Joaquín] Dicenta's material and method*. — HR, 1941, IX, 383-393.
4844. CASTELLANO, J. R. — *Alejandro Casona. Expatriado español*. — HispCal, 1942, XXV, 49-54.

NOVELÍSTICA

Autores antiguos

4845. NYKL, A. R. — *Arabic phrases in «El Conde Lucanor»*. — HR, 1942, X, 12-17.
4846. *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Ed. with an introd., notes and a vocab. by J. E. A. Alexis. Third edition. — Lincoln, Nebraska, Midwest Book Co., 1942, 139 págs.
4847. MARASSO, A. — *La elaboración del «Lazarillo de Tormes»*. — BAAL, 1941, IX, 597-616.
4848. CERVANTES, MIGUEL DE — *El in-*

- genioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Notas originales y seleccionadas de varios autores, por A. Millares Carlo. — México, Edit. Séneca, 1941, 1457 págs., \$ 39 mex. (Colección Laberinto).
4849. CASTRO, A. — *The prefaces to «Don Quijote»*. — PhQ, 1942, XXI, 65-96.
4850. KNOWLES JR., E. B. — *Allusions to «Don Quijote» before 1660*. — PhQ, 1941, XX, 573-586.
4851. SOS GAUTREAU, C. — *Nota cervantina: Quijote ¿nombre significativo ya que no músico y peregrino?* — Cer, 1941, XVI, núms. 9-10, p. 25 y 56.
4852. LA GRONE, G. G. — *Salas Barbadillo and the «Celestina»*. — HR, 1941, IX, 440-458. [Sobre su obra *La hija de Celestina*.]
4853. VÉLEZ DE GUEVARA, LUIS — *El diablo cojuelo. Novela de la otra vida traducida a ésta*. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1940, 158 págs., \$ 0.80 arg. (Colección Orbe).

Autores modernos

Española

4854. ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN — *Escenas andaluzas*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 168 págs. (Colección Austral).
4855. SÁNCHEZ, J. — *Fernán Caballero. Barrantes correspondence*. — HR, 1941, IX, 402-404.
4856. VALERA, JUAN. — *El Comendador Mendoza*. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1940, 160 págs., \$ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopena).
4857. VALERA, JUAN. — *Doña Luz*. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1939, 160 págs., \$ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopena).
4858. ALARCÓN, PEDRO ANTONIO DE — *El sombrero de tres picos*. — Buenos Aires, Edit. Atlántida, 1940, 200 págs., \$ 1.50 arg.
4859. PEREDA, JOSÉ MARÍA DE — *Escenas montañosas*. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1939, 176 págs., \$ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopena).
4860. PEREDA, JOSÉ MARÍA DE — *Sotileza*. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1940, 192 págs., \$ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopena).
4861. SÁNCHEZ, J. — *Freedom of choice in marriage in Pereda*. — HispCal, 1941, XXIV, núm. 3, 321-329.
4862. PÉREZ GALDÓS, BENITO — *Gloria*. — Buenos Aires, Edit. Araujo, 1941, 328 págs. (Colección Nueva).
4863. PALACIO VALDÉS, ARMANDO — *Santa Rogelia*. Ed. with notes and vocab. by H. L. Schug and F. M. Kercheville. — New York, Crofts, 1941.
4864. CLAVERÍA, C. — *Flaubert y «La Regenta» de Clarín*. — HR, 1942, X, 116-125.
4865. LIVINGSTONE, L. — *Unamuno and the aesthetic of the novel*. — HispCal, 1941, XXIV, 442-450.
4866. *Visitas de «Santo y Seña»: Pío Baroja* — SyS, 1941, I, núm. 1, págs. 1 y 2.
4867. VALLE-INCLÁN, RAMÓN DEL — *Tirano Banderas*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940 (Colección Austral).
4868. LEÓN, RICARDO. — *Las niñas de mis ojos*. Ed. with questions, notes and vocab. by A. Vázquez. — Boston, D. C. Heath, 1942, 228 págs.
4869. PÉREZ DE AYALA, RAMÓN. — *La pata de la raposa*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1941, 247 págs. (Colección Austral).
4870. PÉREZ DE AYALA, RAMÓN. — *El ombligo del mundo*. — Buenos Aires, Ed. Losada, 1941, 176 págs.
4871. POSADA, ADOLFO. — *De mis recuer-*

dos: «*El tigre Juan*» o «*Don Juan el tigre*». — Nac, 25 enero 1942. [Alrededor de los personajes de Pérez de Ayala.]

4872. XAMMAR, L. F. — *Palabras de presentación pronunciadas en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, al iniciarse el ciclo de conferencias de don Ramón Pérez de Ayala*. — TresL, 1941, núm. 8, 98-100; — MP, 1941, XXIII, 284-287.
4873. GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN — *El doctor inverosímil*. — Buenos Aires, Edit. Losada, 1941, 220 págs., \$ 2.00 arg.

Portugal

4874. CASTELO BRANCO, CAMILO. — *Amor de perdição (Memorias duma familia)*. Nova edição, revista por A. C. Pires de Lima. — Porto, Domingos Barreira, 1941, XV-250 págs. (Coleção Portuguesa.)
4875. EÇA DE QUEIROZ, JOSÉ MARÍA. — *La ciudad y las sierras*. Trad. directa del portugués de F. Lanza. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1940, 160 págs., \$ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopena).
4876. EÇA DE QUEIROZ, JOSÉ MARÍA — *El mandarín*. Trad. directa del portugués e introducción por F. Lanza. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1939, 160 págs., \$ 0.80 arg. (Biblioteca Mundial Sopena).
4877. NABUCO, A. — *Eça de Queiroz. Algumas contradições na sua biografia e a reificação de um pequeno engano*. — Plan, 1941, I, núm. 14, p. 8.
4878. COUTINHO, G. — *Eça de Queiroz, propagandista de Portugal*. — Plan, 1941, I, núm. 2, p. 1.
4879. CAMARA, REYS — *As questões morais e sociais na literatura*. — Lisboa, Seara Nova, 1940, 148 págs. [Sobre Eça de Queiroz.]

HISTORIA

España

4880. VEGA, INCA GARCILASO DE LA. — *Comentarios reales*. Selec., pról. y notas de L. A. Sánchez. — Santiago de Chile, Ercilla, 1941, 266 págs.
4881. VEGA, INCA GARCILASO DE LA — *Obras completas* [en realidad es una selección]. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1940, 158 págs., \$ 1.50 arg. (Colección Orbe).
4882. ESPINOSA BRAVO, C. A. — *Ante el cuarto centenario del nacimiento del inka Garcilaso*. — MenL, 1940, núms. 10 y 11, págs. 7-29.

Portugal

4883. LOPES, FERNÃO — *Texto anotado*. Com prefácio e glossário de J. Ferreira. — Pôrto, Domingos Barreira, 1940, 125 págs. (Coleção Portugal).

LITERATURA RELIGIOSA

Mística

4884. REYES, A. — *Teresa [de Jesús] ante la vida y en el verso*. — Caracas, Impresores Unidos, 1941.
4885. OROZCO DÍAZ, E. — *Mística y plástica (Comentarios a un dibujo de S. Juan de la Cruz)*. — BUG, 1939, XI, 273-295.

TRATADOS, ENSAYOS Y DISCURSOS

Autores antiguos

España

4886. VANDERFORD, K. — *El «Setenario» y su relación con las «Siete Partidas»*. — RFH, 1941, III, 233-262.
4887. ARNOLD, H. H. — *Sobre: El arcepreste de Talavera o sea El Corbacho*, nuevamente editado según el códice escorialense por L. Byrd

Simpson. — HR, 1941, IX, 405-410.

4888. BELTRÁN DE HEREDIA, V. — *Nebrija y los teólogos de San Esteban de principios del siglo XVI*. — CV, 1941, LXI [LX], 37-65.
4889. MONTOYA, CELIA O. DE — *Juan Luis Vives y la madurez de la conciencia pedagógica moderna. Evolución interior y pensamiento pedagógico*. — UnivSF, 1941, núm. 9, 111-135.
4890. ÁLVAREZ PASTOR, J. — *La juventud de Luis Vives*. — NEsp, 1941, núm. 13, 109-118.
4891. SCHODER, R. V. — *Suarez on the temporal power of the Pope*. — SIQ, 1941, XXX, 425-438.
4892. SÁNCHEZ Y ESCRIBANO, F. — *Juan de Mal Lara. Su vida y sus obras*. — New York, Hispanic Institute in the United States, 1941, 222 págs.
4893. QUEVEDO VILLEGAS, FRANCISCO DE — *Prosa satírica*. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1940, 158 págs., \$ 1.50 arg. (Colección Orbe).
4894. QUEVEDO VILLEGAS, FRANCISCO DE — *Prosa festiva*. — Buenos Aires, Edit. Sopena Argentina, 1940, 158 págs., \$ 1.50 arg. (Colección Orbe).
4895. GRACIÁN, BALTASAR — *El crítico*. II. — Buenos Aires, Ed. Losada, 1941, 317 págs. (Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal. Publicadas bajo la dirección de P. Henríquez Ureña). — Véase núm. 4403.
4896. NORTHUP, G. T. — *Sobre: Baltasar Gracián, El crítico*, ed. by M. Romera-Navarro. Tomos I y II. — MPhil, 1941, XXXVIII, 463-464.
4897. ROMERA-NAVARRO, M. — *El humorismo y la sátira de Gracián*. — HR, 1942, X, 126-146.

Portugal

4898. *Dom Duarte e os prosadores da Casa de Avis*. Pref. e anot. por Rodrigues Lapa. — Lisboa, Textos Literarios, 1940, XVI-56 págs. [Antología].
4899. COSTA, J. — *O Infante D. Pedro e a «Virtuosa Bemfeitoria»*. Análise duma grande figura moral da história portuguesa. — Pôrto, Imprensa Portuguesa, 1940, 114 págs.
4900. PINTO DE CARVALHO, A. — *Uma oração latina de Mestre João Fernandes*. — Biblos, 1941, XVII, 213-240. [Composición que recitó con motivo de la visita del Infante D. Luis (hermano del rey D. João III) a la Univ. de Coimbra en 1548.]

Autores modernos

España

4901. CADALSO, JOSÉ DE — *Cartas marruecas*. Sel. estudio y notas por J. Tamayo. — Zaragoza, Ed. Ebro, 1941, 125 págs.
4902. SHEARER, J. F. — *The «Poética» and apendices of Martínez de la Rosa: Their genesis, sources and significance for Spanish literary history and criticism*. — Princeton, Lithotyped, 1941, XIV-135 págs. [Tesis doctoral.]
4903. LARRA, MARIANO JOSÉ DE — *Artículos de costumbres y de crítica*. Sel. y ed. por E. H. Hespelt. — New York, Crofts, 1941, 211 págs.
4904. GRAU, JACINTO — *Estampas*. — Buenos Aires, Librería Hachette, 1941, 221 págs. (Biblioteca de Bol-sillo. Serie azul).
4905. YUNQUE, A. — *Sobre: Jacinto Grau, Estampas*. — Nos, 1942, VII, 118-121.
4906. MARAÑÓN, GREGORIO — *Vida e historia*. — Buenos Aires, Espasa-

- Calpe, 1941, 168 págs. (Colección Austral.)
4907. ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. — *Moedades*. — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 176 págs. (Colección Austral).
4908. ORTEGA Y GASSET, JOSÉ. — *Trip-tico*. (*Mirabeau o El Político. Kant. Goethe*). — Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1941, 176 págs. (Colección Austral).
4909. APARICIO V., F. — Sobre: José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*. — MP, 1941, XXIII, 533-536.
4910. SOLALINDE, JESUSA ALFAU DE — *Las ideas de Ortega y Gasset sobre la Edad Media*. — FyL, 1941, I, núm. 3, 79-118.
4911. ITURRIAGA, J. E. — *La germanofilia de Ortega [y Gasset]*. — LetrasM, 1941, III, núm. 9, p. 7.
4912. LORD, D. — *José Bergamín: Heir of Unamuno*. — BAb, 1941, XV, 407-411.
4913. A. [DEL] R[to]. — Sobre: Pedro Salinas, *Reality and the poet in Spanish poetry*. — RHM, 1940, VI, 287-289.
4914. RIO, A. DEL — Sobre: Pedro Salinas, *Reality and the poet in Spanish poetry*. English text by Edith Fish-tine Helman. — RRQ, 1941, XXXII, 306-307.
4915. PAGÉS LARRAYA, A. — Sobre: Pedro Salinas, *Literatura española, siglo XX*. — Nos, 1941, VI, núm. 67, 105-108.
- Portugal*
4916. GONÇALVES RODRIGUES, A. — *O protestante lusitano. Ensaio biográfico e crítico sobre o Cavaleiro de Oliveira*. — Biblos, 1941, XVII, 117-160. [Francisco Xavier de Oliveira.]
4917. SOUSA, J. F. DE — *O alcance religioso da obra literária de Antero de Quental*. Conferencia. — Lisboa, Imprensa Portugal-Brasil, 1940, 62 págs.
4918. GIUSTI, R.F. — *Fidelino de Figueiredo*. — Nos, 1941, XIV, 59-64. [Sobre: *Ultimas aventuras*.]

MEMORIAS, EPISTOLARIOS Y VIAJES

4919. GONÇALVES RODRIGUES, A. — Sobre: M. Ribeiro, *Vida e morte da Madre Mariana Alcoforado*. Com uma tradução nova das Cartas Portuguesas. — Biblos, 1940, XVI, 680-684.
4920. OSSORIO, ÁNGEL. — *La España de mi vida. Autobiografía*. — Buenos Aires, Edit. Losada, 1941, 240 págs., \$ 3.50 arg.

FOLKLORE

4921. ESPINOSA JR., A. M. — *The field of Spanish folklore in America*. — SFQ, 1941, V, núm. 1, 29-35.
4922. CERNUDA, L. — *Poesía popular*. — BSS, 1941, XVIII, 161-173.
4923. GILLET, J. E. — Sobre: Sister Mary Paulina St. Amour, *A study of the Villancico up to Lope de Vega: Its evolution from profane to sacred themes and specifically to the Christmas carol*. — HR, 1941, IX, 410-411.
3924. *Calendari popular. Diades i festes principals de Barcelona durant l'any. Estampes del nostre folkore*. — Catalunya, 1941, XII, núm. 133, 16-48.
4925. ALMAGRO SAN MARTÍN, M. — *Deceso y loas de las verbenas*. — Nac, 16 nov. 1941.

REVISTA HISPÁNICA MODERNA

El HISPANIC INSTITUTE IN THE UNITED STATES, de Nueva York, y el INSTITUTO DE FILOLOGÍA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, de Buenos Aires, editan conjuntamente la REVISTA HISPÁNICA MODERNA y la REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA, ambas complementarias en su objeto común de estudiar y difundir la cultura hispánica. La REVISTA HISPÁNICA MODERNA publica trimestralmente artículos, reseñas de libros y noticias sobre la literatura de hoy; textos y documentos para la historia literaria moderna; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en este continente; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

DIRECTOR: FEDERICO DE ONÍS

REDACTORES

AMADO ALONSO	Instituto de Filología
JOSÉ M. ARCE	Dartmouth College
ÁNGEL J. BATTISTESSA	Instituto de Filología
M. J. BERNARDETE	Universidad de Columbia
JUAN GUERRERO	Universidad de Columbia
IRVING A. LEONARD	Brown University
FÉLIX LIZASO	Dirección de Cultura, La Habana
JORGE MAÑACH	Universidad de Columbia
ARTURO MARASSO	Universidad de La Plata
JOSÉ A. ORÍA	Universidad de Buenos Aires
ÁNGEL DEL RÍO	Universidad de Columbia
F. C. TARR	Universidad de Princeton
ARTURO TORRES-RIOSECO	Universidad de Columbia

Redactor bibliográfico: SIDONIA C. ROSENBAUM

Secretario de redacción: ANDRÉS IDUARTE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN Y VENTA

4 dólares norteamericanos al año; número suelto: 1 dólar
Países de habla española y portuguesa: 10 pesos argentinos al año;
número suelto: 2,50 pesos argentinos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

HISPANIC INSTITUTE INSTITUTO DE FILOLOGÍA

435 WEST 117th STREET, NEW YORK CITY SAN MARTÍN 534, BUENOS AIRES

Los suscriptores y anunciantes de los países de lengua española y portuguesa deben dirigirse a la administración de Buenos Aires, y los de los Estados Unidos y demás países a Nueva York. La correspondencia sobre asuntos de redacción debe dirigirse a Buenos Aires para la REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA y a Nueva York para la REVISTA HISPÁNICA MODERNA.